

HISTORIA DE LAS REVUELTAS PANAFRICANAS

C.L.R. James




katakrah
liberak

En la editorial Katakarak hemos decidido apostar por las licencias Creative Commons para los libros que publicamos. La utilización de esas licencias implica que los textos se pueden copiar y difundir libremente. Esa es la razón por la que has podido descargar este pdf, y lo puedes reenviar o imprimir de manera gratuita.

Este libro es una pequeña parte del acervo de la cultura libre, que se produce siempre de manera colectiva, por acumulación y como consecuencia de relaciones diversas. No ha sido fácil que nuestros libros tengan licencias Creative Commons y, por desgracia, no lo hemos conseguido con todos aunque sí con la gran mayoría del fondo de la editorial.

En el momento actual, las tecnologías permiten que la copia privada de archivos digitales se pueda realizar a coste cero, lo cual supone un gran avance para su difusión y para un acceso más democrático a la cultura. Sin embargo, esto no significa que la producción de estos textos no haya tenido costes: para que estos libros estén disponibles gratuitamente en formato digital ha sido necesario un duro trabajo y la inversión de dinero en la compra de derechos, traducción, diseño, maquetación y edición. Por ese motivo, te sugerimos que hagas una donación para poder seguir impulsando la producción de textos que luego sean libres.

C. L. R. James

***HISTORIA
DE LAS REVUELTAS
PANAFRICANAS***

Introducción: Robin D. G. Kelley
Traducción: Gema Facal Lozano

C. L. R. James

***HISTORIA
DE LAS REVUELTAS
PANAFRICANAS***

Introducción: Robin D. G. Kelley
Traducción: Gema Facal Lozano



katakarak
liburuak

Título original: *A History of Pan-African Revolt*

Autoría: Cyril Lionel Robert James

Traducción: Gema Facal Lozano

Licencia original: © PM Press, 2012

Fotografía: Biblioteca del Congreso de EE. UU. *Part of crowd in Harlem chants and taunts police on Lenox Ave*, de Stanley Wolfson

Licencia de la fotografía: Dominio Público

Diseño de portada: Koldo Atxaga Arnedo

Primera edición: mayo de 2021

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Calle Mayor 54-56

31001 Iruñea-Pamplona

editorial@katakarak.net

www.katakarak.net

@katakarak54



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución- NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra solo con fines no comerciales.

No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: 978-84-16946-49-5

Depósito legal: NA 978-2021

Impresión: Gráficas Alzate

ÍNDICE

PRÓLOGO. CHARLES H. KERR (1995)	11
INTRODUCCIÓN. ROBIN D.G. KELLEY	15
1	
EL SANTO DOMINGO FRANCÉS	57
2	
LOS ANTIGUOS EE. UU.	75
3	
LA GUERRA DE SECESIÓN	81
4	
REVUELTAS EN ÁFRICA	93
Las «viejas» colonias	98
Revueeltas religiosas en las Nuevas Colonias	104
El Congo	109
La Unión Sudafricana.....	113
5	
MARCUS GARVEY	123

6

EL MOVIMIENTO NEGRO EN LOS ÚLTIMOS AÑOS 133

EPÍLOGO. HISTORIA DE LAS REVUELTAS

PANAFRICANAS. UN RESUMEN 149

I. África 151

II. Sudáfrica..... 163

III. EE. UU. 166

IV. El Caribe..... 170

V. «Fuera de África para siempre» 174





PRÓLOGO

Es un verdadero honor para la editorial Charles H. Kerr publicar una nueva edición de este clásico del gran historiador, teórico y activista revolucionario C.L.R. James. Publicado por primera vez en 1938 en Inglaterra y ampliado en 1969, el libro ha circulado hasta ahora de forma «clandestina». Esperamos que esta nueva edición de Charles H. Kerr contribuya a que reciba la atención que merece.

Cuando el camarada James nos dio permiso para reeditar dos de sus obras descatalogadas, tenía la intención de escribir un nuevo prólogo para cada una de ellas. Para la reedición de *State Capitalism and World Revolution* [Capitalismo de Estado y revolución mundial], escribió un texto titulado «Fully and Absolutely Assured» [Completa y absolutamente seguro] que, a pesar de su brevedad, supone una importante ampliación de su visión. Lamentamos profundamente que esta edición aparezca sin dicho prólogo, debido a nuestros retrasos en la publicación, por motivos económicos, y a la muerte de C.L.R. en 1989. No obstante, por suerte cuenta con una valiosa introducción de Robin D.G.

Kelley, catedrático de Historia y estudios africanos de la Universidad de Nueva York. Autor de *Hammer and Hoe: Alabama Communists in the Great Depression* [La hoz y el martillo: los comunistas de Alabama durante la Gran Depresión] (University of North Carolina Press, 1990) y *Race Rebels: Culture, Politics, and the Black Working Class* [Race rebels: cultura, política y la clase trabajadora negra] (Free Press, 1994), y coautor (junto a Sidney Lemelle) de *Imagining Home: Class, Culture, and Nationalism in the African Diaspora* [Imaginando el hogar: clase, cultura y nacionalismo en la diáspora africana] (Verso, 1995), Kelley es un erudito moderno poco común, cuya amplitud de miras, claridad y visión nos recuerdan a James.

En su introducción, Kelley habla de los editores previos de esta obra: FACT, la revista del Partido Laborista Independiente, la editorial Drum and Spear de Washington, D.C., y el colectivo londinense *Race Today*. Este nos parece el lugar adecuado para familiarizar a los lectores con nuestra editorial.

Fundada en Chicago en 1886, unas pocas semanas antes de los disturbios de Haymarket, la editorial Charles H. Kerr Company se convirtió en menos de una década en la principal editora de libros y folletos radicales de EE. UU. En 1900 ya se había unido a las filas del socialismo internacional de clase trabajadora. Durante el primer cuarto del siglo XX, «esa combativa editorial socialista de Chicago», como la llamó Jack London en *El talón de hierro*, era la mayor editorial de literatura revolucionaria de habla inglesa.

Desde un principio, una de las prioridades de Kerr Company fue la publicación de clásicos revolucionarios, y nunca ha dejado de serlo. Entre los años 1906 y 1909, Kerr publicó, por primera vez en inglés, los tres

volúmenes de *El Capital* de Karl Marx, así como otras obras de Karl Marx y Friedrich Engels. La edición de *El manifiesto comunista* de esta editorial ha estado disponible, en incontables ediciones, desde 1902. Antonio Labriola, Paul Lafargue, Eugene V. Debs, James Connolly, Peter Kropotkin, Edward Bellamy, William Morris, «Mother» Jones, William D. Haywood, Sen Katayama, Louis B. Boudin, Mary E. Marcy y Austin Lewis son solo algunos de los importantes autores revolucionarios publicados por Charles H. Kerr.

La Gran Depresión y la Guerra Fría fueron periodos excepcionalmente difíciles para esta editorial de clase trabajadora pionera en EE. UU. pero, de algún modo, los compañeros consiguieron seguir publicando un buen número de clásicos socialistas. Cuando Fred Thompson y otros consiguieron sacar a flote la cooperativa a principios de la década de 1970, el Consejo de Administración resolvió hacer todo lo posible para reeditar los clásicos descatalogados y, en la medida en que sus limitadas finanzas lo permitieran, añadir nuevas obras.

Un apunte sobre el texto

El texto de esta edición se basa en el de sus predecesoras, excepto en la ortografía (que se ha americanizado) y ciertas correcciones menores. Solo hemos cambiado dos palabras. James se dirige a los lectores de las islas británicas y en una ocasión menciona de pasada el Parlamento estadounidense; para evitar confusión, lo hemos sustituido por el Congreso. La segunda modificación se encuentra en el epílogo. Este epílogo fue dictado, no escrito por James y en su transcripción en la edición de *Drum and Spear* se omitió una parte de una frase, que no se corrigió en la edición de *Race*

Today. Como no existe un manuscrito de este texto y se desconoce el paradero de la grabación, nos hemos tomado la libertad de completar dicha frase para que resulte comprensible.

Charles H. Kerr
1995

INTRODUCCIÓN

Si los acontecimientos mundiales se lo permiten, sin duda destruirán a los que les tienen cogidos por el cuello, igual que los negros de Santo Domingo destruyeron la plantocracia francesa.

—C.L.R. James¹

1

Estamos todos en deuda con la editorial Charles H. Kerr por reeditar este libro de C.L.R. James, importante pero poco conocido: *Historia de las revueltas panafricanas*. Publicado inicialmente en 1938 con el título *A History of Negro² Revolt* [Historia de las revuel-

-
- 1 *Historia de las revueltas panafricanas*, p. 146. Estoy profundamente agradecido a Franklin Rosemont y David Roediger por invitarme a escribir una nueva introducción para *Historia de las revueltas panafricanas*, a Scott McLemee, por compartir conmigo sus investigaciones, a James Early, por sacar tiempo, a pesar de estar muy ocupado, para localizar a algunos miembros del colectivo «Drum and Spear», a Charlie Cobb, por proporcionarme valiosa información sobre cómo Drum and Spear reeditó este libro en 1969 y a Paul Buhle, Robert Hill y Cedric Robinson, por orientarme sobre la vida e ideas de James.
 - 2 El término inglés *negro* es un identificador racial utilizado hasta la década de los 60 del siglo XX para referirse a los afrodescendientes, especialmente en EE. UU. Desde entonces se ha favorecido el uso de otros términos (como *black* o *African American*) por considerarse ofensivo, ya que está muy ligado a la larga historia de esclavitud,

tas panafricanas], esta breve pero sugerente historia global de la resistencia negra apareció el mismo año que la obra maestra de James (*Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*) y ha vivido a su sombra desde entonces. Aunque pequeñas editoriales activistas la reeditaron con un nuevo epílogo del propio James en 1969 y en 1985, *Historia de las revueltas panafricanas* (como pasó a titularse en estas ediciones posteriores) ha seguido siendo uno de los secretos mejor guardados entre un puñado de marxistas y militantes negros. Nunca se vendieron muchos ejemplares, pero cualquiera que esté familiarizado con las ideas de James o con el resurgimiento del panafricanismo en los sesenta conocerá su influencia. El difunto Walter Rodney, gran historiador y revolucionario guyanés, dijo que era «una mina de ideas muy avanzada para su época».³

Avanzada, sin duda. Publicada cinco años antes que *Las revueltas de los esclavos negros norteamericanos* de Herbert Aptheker y solo tres años después de la aparición de *Black Reconstruction in America* [La reconstrucción negra de América] de W.E.B. DuBois (otro libro, por cierto, muy adelantado a su tiempo), *Historia de las revueltas panafricanas* condena el imperialismo y coloca a los trabajadores negros en el centro de los acontecimientos mundiales en un momento en el que los historiadores aún pensaban que los africanos eran salvajes, el colonialismo una misión civilizadora y la esclavitud una institución en cierto modo benévola. James sabía que estaba desafiando las ficciones establecidas. «El único

segregación y discriminación de este grupo poblacional. En el momento de la publicación del libro (en 1938) era un término de uso habitual, sin carga negativa [N. de la T.].

3 Walter Rodney, «The African Revolution», en *C.L.R. James: His Life and Work*, ed. Paul Buhle, edición especial de *Urgent Tasks* 12 (Summer 1981), p. 5.

lugar donde los negros no se rebelaron», escribió en 1939, «es en las páginas de los historiadores capitalistas».⁴ Se propuso contar la historia de las llamadas masas «inarticuladas», de los trabajadores y campesinos negros que luchan contra sus amos europeos, de esa ambivalente pequeña burguesía negra que nunca termina de tomar partido frente al capitalismo y la dominación colonial. James definió de forma amplia a los trabajadores negros como todos aquellos que trabajan o todos aquellos a los que los poderes coloniales quieren convertir en esclavos mal pagados o en campesinos dominados por el mercado. De esta forma, desplegó una enorme red que incluía revueltas de esclavos, huelgas, movimientos milenaristas y un amplio espectro de protestas antirracistas.

Al tratarse de un estudio de las rebeliones «negras», *Historia de las revueltas panafricanas* analiza atentamente la historia africana y de la diáspora centrándose en el pueblo. Por supuesto, hay líderes, pero al igual que sucedió con Toussaint L'Ouverture en el Santo Domingo francés, el pueblo y los tiempos que les toca vivir son lo que forma a los líderes. James se esfuerza por describir cómo el pueblo defiende a sus líderes, los libera de la cárcel, los esconde en chozas y sótanos, golpea a sus detractores para que callen. Son las masas, y solo las masas, las que pueden hacer realidad los discursos utópicos de Simon Kimbangu, John Chilembwe, Marcus Garvey o Kwame Nkrumah.

4 James, «Revolution and the Negro» [El negro y la revolución], reeditado en *C.L.R. James and Revolutionary Marxism: Selected Writings of C.L.R. James, 1939–1949*, eds. Scott McLemee and Paul LeBlanc (Atlantic Highlands, Humanities Press International, 1994, p. 77). En esencia, este ensayo es una sinopsis de *Historia de las revueltas panafricanas*, escrito bajo el pseudónimo de J.R. Johnson para la revista *New International* (diciembre de 1939).

Sin embargo, *Historia de las revueltas panafricanas* no es solo consecuencia de la brillantez y visión de James. Se trata de un esfuerzo colectivo, un producto de campañas, debates e intercambios intelectuales y políticos con algunos de los principales pensadores radicales negros del siglo XX. No es un libro de historia más, es un documento histórico por derecho propio, un testimonio de las corrientes de pensamiento radical que convergieron en los cafés, las librerías y los pisos de mala muerte de Londres, donde durante la década de 1930 se reunían jóvenes antillanos y africanos: en la misma década en la que el fascismo y una economía deprimida pusieron en tela de juicio el destino de la humanidad.

2

Cyril Lionel Robert James apenas tenía treinta años cuando empezó a moverse entre los negros radicales de Londres. Y, teniendo en cuenta su origen, ni sus padres ni él mismo tenían en mente que su vida fuera a ser la de un intelectual marxista con inclinaciones panafricanas. Hijo de un maestro de escuela, nacido en 1901 en el pequeño pueblo de Tunapuna, en Trinidad, James se crió en una sólida clase media, al menos en términos de capital cultural, aunque no económico. Leyó con entusiasmo a Thackeray y Shakespeare y, por influencia de su madre, se convirtió en un lector empedernido de historia, literatura y, en menor medida, política. Sin embargo, se negó a permanecer dentro de los límites de la cultura burguesa. Le encantaba el carnaval, el calypso y el jazz (a pesar de las advertencias de su puritana madre) y adoraba el críquet. Tras conseguir su certificado escolar del *Queen's Royal College* en 1918, decidió quedarse en Trinidad y convertirse en

maestro de escuela. En su tiempo libre escribía y daba conferencias sobre muchos temas (calypso y críquet, entre otros) y pronto se ganó fama de ser un joven y brillante erudito con mucho que decir sobre la cultura popular caribeña. Empezó a sentir interés por la política nacionalista cuando el capitán Arthur Cipriani, el célebre líder obrero trinitario de ascendencia criolla francesa, le pidió que escribiera artículos sobre críquet y otros temas culturales y políticos para el *Socialist*, órgano de la Asociación de Trabajadores de Trinidad (TWA). James llegó a escribir un texto titulado *The Life of Captain Cipriani: An Account of British Government in the West Indies* [La vida del Capitán Cipriani: un informe del Gobierno británico en las Indias Occidentales], publicado en Trinidad en 1932. (Un año más tarde apareció en Inglaterra una versión abreviada titulada *The Case for West Indian Self Government* [Un argumento a favor del autogobierno en las Indias Occidentales]). Tanto el panfleto como su trabajo con el *Socialist* forman parte de una etapa temprana en la politización de James, que aún estaba muy lejos del militante antiimperialista que llegaría a ser. James nunca fue un activista de la TWA, más bien se sentía identificado con el Partido Laborista y creía firmemente en la política parlamentaria.⁵

Pero Inglaterra lo cambió todo. En 1932, James se marchó de su lugar de origen como asistente de Sir Learie Constantine, el magnífico jugador de críquet antillano, que se convertiría luego en abogado, para es-

5 Más información sobre los primeros años de la vida de James en Paul Buhle, *C.L.R. James: The Artist as Revolutionary* (Londres, Verso, 1988, pp. 7–37); *C.L.R. James, Beyond a Boundary* (Durham, NC, Duke University Press, 1993, pp. 4–46); Robert A. Hill, «In England, 1932–1938», en *C.L.R. James: His Life and Work*, ed. Paul Buhle (Londres, Verso, 1988, pp. 19–22); Anna Grimshaw (ed.), *The C.L.R. James Reader* (Oxford, Blackwell, 1992, pp. 4–5); Kent Worcester, *C.L.R. James: A Political Biography* (Oxford, Blackwell, 1993).

cribir un libro sobre el críquet y la sociedad británica.⁶ Para llegar a fin de mes, James aceptó un trabajo como corresponsal de críquet para el *Manchester Guardian* y se estableció en Lancashire. Allí se inició su rápido giro a la izquierda. Sus conversaciones con los trabajadores locales le volvieron más crítico hacia el capitalismo y le llevaron a estudiar los «clásicos» del marxismo, incluida una obra que tendría un fuerte impacto en su concepción de la historia: los tres volúmenes de la *Historia de la Revolución rusa* de León Trotsky. Se trasladó a Londres, donde encontró su camino en el campo trotskista y pronto emergió como uno de sus principales portavoces. De hecho, en 1937 ya había publicado un importante libro titulado *World Revolution, 1917–1936: The Rise and Fall of the Communist International* [Revolución mundial: ascenso y declive de la Internacional Comunista], que fue la primera historia trotskista publicada sobre el Comintern.⁷

Por consiguiente, James, todavía trotskista en ciernes y partidario del Partido Laborista Independiente, se adentró en el hervidero londinense de la política negra anticolonial y panafricanista. Procedentes de diferentes colonias e ideologías, lo que todos compartían era un amor patriótico por su tierra natal y sus hijos descarriados. Algunos llevaban mucho tiempo viviendo en Londres, como el egipcio Duse Mohammed Ali, veterano panafricanista y fundador de la revista *African Times and Orient Review*. Otros, como el radical de Sierra Leona I.T.A. Wallace Johnson, el futuro presidente

6 El libro de Constantine se publicó un año más tarde con el título *Cricket and I* [El críquet y yo] (Londres, Allan, 1933).

7 Cedric J. Robinson, *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition* (Londres, Zed Press, 1983, p. 375) [ed. en cast.: *Marxismo negro*, Madrid, Traficantes de sueños, 2021]; Buhle, *C.L.R. James*, pp. 44–52; «In England, 1932–1938», pp. 22–23.

de Kenia Jomo Kenyatta o el guyanés T. Ras Makonnen (nacido George Thomas Nathaniel Griffith) eran, igual que James, recién llegados. Estos jóvenes intelectuales no solo hablaban: crearon una serie de organizaciones y asociaciones políticas en Londres y en toda Europa, como la Unión de Estudiantes de África Occidental, la Asociación Progresista Etíope o la Liga de los Pueblos de Color, fundada por el médico jamaicano Harold Moody.⁸

Una de las personas más importantes en este entorno resultó ser un amigo de la infancia de James, Malcolm Nurse. Conocido como «George Padmore», se había convertido en una figura destacada del movimiento comunista internacional. Se había marchado joven de Trinidad a EE. UU. y se había afiliado al Partido Comunista nada más bajar del barco en el puerto de Nueva York. Padmore había sido militante de base, *organizer*, mientras estuvo en la Universidad de Howard en Washington, D.C., luego ascendió rápidamente entre las filas comunistas y finalmente fue enviado a estudiar en la Unión Soviética. ¡Era tan popular que los ciudadanos de Moscú le eligieron para formar parte de su concejo municipal! Durante su etapa de estudiante en la Universidad Comunista de los Trabajadores del Este se encontró con una serie de líderes africanos afines, como él, al comunismo. Entre ellos se encontraban I.T.A. Wallace Johnson, Jomo Kenyatta y los comunis-

8 P. Ollsanwuche Esedebe, *Pan-Africanism: The Idea and Movement, 1776–1963* (Washington, DC: Howard University Press, 1982), 66; A. Adu Boahen, «Politics and Nationalism in West Africa, 1919–1935», en *General History of Africa, Vol. VII: Africa Under Colonial Domination, 1880–1935*, ed. Boahen (Londres, Heinemann Educational Books, 1985), 629; Immanuel Geiss, *The Pan-African Movement* (Londres, Methuen and Co., 1974, p. 730); Robinson, *Black Marxism*, p. 370.

tas sudafricanos Moses Kotane, Edwin Mofutsanyana y Albert Nzula.⁹

Este impresionante grupo de radicales negros que se concentraban en Moscú contribuyó al desarrollo de un panafricanismo de izquierdas y probablemente también dio forma a la visión de Padmore de un movimiento internacional de la clase trabajadora negra que uniese África y la diáspora en un esfuerzo coordinado para derrocar el colonialismo, el racismo y, en última instancia, el capitalismo.

Por consiguiente, cuando se convirtió en el secretario del Comité Sindical Internacional de Trabajadores negros (ITUC-NW por sus siglas en inglés) y en el editor de su revista, *Negro Worker*, Padmore no vio ningún conflicto entre su trabajo por la liberación africana y la lucha por el socialismo. Para Padmore, el ITUC-NW (que dirigió primero desde Hamburgo, hasta que se vio obligado a trasladarse a Copenhague y luego a París) era mucho más que el brazo negro de la Internacional Sindical Roja (Prointern): era la vanguardia en la lucha mundial por la liberación negra. Por desgracia, las esperanzas que Padmore depositó en la ITUC-NW se vieron frustradas casi nada más despegar. Cuando en 1935 Padmore se convirtió en el aliado político de James, ya no creía que la Internacional Comunista pudiera desempeñar un papel destacado en el movimiento africano de liberación. Con la transición al Frente Po-

9 James R. Hooker, *Black Revolutionary: George Padmore's Path from Communism to Pan-Africanism* (Nueva York, Praeger, 1967, pp. 10–37); Boahen, «Politics and Nationalism in West Africa», p. 629; L. Rytov, «Ivan Potekhin: A Great Africanist», *African Communist* 54 (Third Quarter, 1973, p. 95); Brian Bunting, *Moses Kotane: South African Revolutionary* (Londres, Inkululeko Publications, 1975, pp. 58–59); Edward T. Wilson, *Russia and Black Africa Before World War II* (Nueva York y Londres, Holmes & Meier, 1974).

pular, el Comintern se centró en el fascismo y dejó en segundo plano los movimientos coloniales.¹⁰

Mirando atrás, quizá Padmore debería haberlo visto venir. Pero en 1930 tenía buenas razones para creer en el compromiso del Comintern (y en su sinceridad) para con la emancipación de los africanos y los afrodescendientes. Ya en 1922, el IV Congreso de la I.C. adoptó una serie de tesis que describían a los negros como una nacionalidad oprimida por la explotación imperialista mundial. Dado que se consideraba que las luchas de los trabajadores negros eran intrínsecamente antiimperialistas, los comunistas se vieron obligados a mirar los movimientos anticoloniales y nacionalistas negros con más simpatía. Además, las «tesis» reconocían el éxito de la Asociación Universal de Desarrollo Negro y la Liga de Comunidades Africanas (UNIA, por sus siglas en inglés) de Marcus Garvey y de los Congresos Panafricanos organizados por W.E.B. DuBois e instaban a que el Comintern tomara medidas inmediatas para celebrar un congreso mundial de líderes africanos.¹¹

10 Hooker, *Black Revolutionary*, pp. 36–37; C.L.R. James, «Notes on the Life of George Padmore», en *The C.L.R. James Reader*, pp. 288–95; C.L.R. James, «George Padmore: Black Marxist Revolutionary», en *At the Rendezvous of Victory* (Londres, Allison & Busby, 1984).

11 Theodore Draper, *American Communism and Soviet Russia* (Nueva York, Viking Press, 1960, pp. 320–21, 327–28); Robinson, *Marxismo Negro*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2021, p. 371; Roger E. Kanet, «The Comintern and the 'Negro Question': Communist Policy in the United States and Africa, 1921–1941» *Survey* 19, n.º 4, Autumn 1973, pp. 89–90; Harry Haywood, *Black Bolshevik: Autobiography of an Afro-American Communist* (Chicago, Liberator Press, 1978, p. 225); Claude McKay, *A Long Way From Home* (Nueva York, Lee Furman, 1937, pp. 177–80); Billings [Otto Huiswoud], «Report on the Negro Question», *International Press Correspondence* 3, n.º 2 (1923), pp. 14–16. El texto completo de las «Tesis sobre la cuestión negra» se puede encontrar en el *Acta del IV Congreso de la Internacional Comunista* 17 (7 de diciembre de 1922), pp. 8–10. El cuarto congreso fue significativo, pero también vale la pena retomar los debates entre V.I. Lenin y el comunista indio M.N. Roy sobre

El Comintern hizo suya la forma de hablar del panafricanismo y, además, a finales de la década de 1920 y principios de 1930, apoyó activamente los movimientos anticoloniales. En 1926, por ejemplo, miembros destacados del Partido Comunista Alemán fundaron la Liga contra la Opresión Colonial para combatir los sentimientos a favor del colonialismo que estaban surgiendo en Alemania. Tras una exitosa conferencia internacional celebrada en Bruselas en 1927, quedó claro para todos los asistentes que la liga era un paso importante para la coordinación de diversas luchas de liberación nacional en las colonias y «semicolonias» y que servía de intermediaria entre la Internacional Comunista y el movimiento anticolonial. Los participantes, entre los que se encontraban Jomo Kenyatta y Jawaharlal Nehru, aprobaron una resolución general que proclamaba: «África para los africanos, libertad e igualdad plenas con otras razas y derecho a gobernar África».¹²

el movimiento anticolonial y el derecho a la autodeterminación de las minorías oprimidas. V. I. Lenin, «La revolución socialista y el derecho a la autodeterminación», en *Lenin on the National and Colonial Questions: Three Articles* (Pekín, Foreign Language Press, 1967, p. 5); «Tesis sobre la cuestión nacional y colonial adoptadas en el II Congreso del Comintern», en *The Communist International, 1919–1943, Documents*, vol. I, ed. Jane Degras (Londres, Oxford University Press, 1956, p. 142). Sobre la opinión de Lenin sobre las tesis suplementarias de Roy, véase: «Informe de la Comisión para la cuestión nacional y colonial», en *Lenin on the National and Colonial Questions*, pp. 30–37; Draper, *American Communism and Soviet Russia*, p. 321.

- 12 Willy Munzenberg, «Pour une Conference Coloniale», *Correspondance Internationale* 6, n.º 9, August 1926, p. 1011; Willy Munzenberg, «La Premiere Conference Mondiale Contre la Politique Coloniale Imperialiste», *Correspondance Internationale* 7, n.º 17, February 5, 1927, p. 232; Robin D.G. Kelley, «The Third International and the Struggle for National Liberation in South Africa, 1921–1928», *Ufahamu* 15, n.º 1–2, 1986, pp. 110–11; Edward T. Wilson, *Russia and Black Africa*, p. 151; *South African Worker*, April 1, June 24, 1927; «Les Decisions du Congres: Resolution Commune sur la Question Negre», *La Voix des Negres* 1, n.º 3, March 1927, p. 3.

El sexto congreso mundial del Comintern en 1928 aprobó una resolución aún más explícita en la que se afirmaba que los afroamericanos del Sur de EE. UU. y los africanos bajo la dominación blanca en Sudáfrica eran naciones oprimidas y, por tanto, su autodeterminación era un derecho inherente. Para muchos comunistas negros de África, EE. UU. e incluso de las Indias Occidentales, esta resolución sobre la autodeterminación negra confirmaba indirectamente lo que llevaban mucho tiempo pensando: que los pueblos negros tenían una tradición revolucionaria propia. Los comunistas negros publicaron decenas de artículos que documentaban las tradiciones autónomas del radicalismo entre africanos y afrodescendientes. El comunista afroamericano Gilbert Lewis afirmó en las páginas del *Negro Worker*: «Más allá de un análisis puramente marxista, la historia negra está repleta de casos reales de levantamiento contra explotadores y opresores».¹³

En 1930, Padmore se propuso documentar esa historia en un libro clave titulado *The Life and Struggles of Negro Toilers* [Vida y lucha de los trabajadores negros]. En cierto modo, sirvió de modelo para la *Historia de las revueltas panafricanas* de James y de inspiración para otros estudios contemporáneos e históricos sobre los trabajadores africanos.¹⁴

13 Mark Naison, *Communists in Harlem During the Depression*, (Urbana, University of Illinois Press, 1983, p. 18; Gilbert Lewis, «Revolutionary Negro Tradition», *Negro Worker*, March 15, 1930, p. 8. Cyril Briggs publicó toda una serie de ensayos sobre este tema, como «Negro Revolutionary Hero—Toussaint L'Ouverture», *Communist* 8, n.º 5, May 1929, pp. 250–54; «The Negro Press as a Class Weapon», *Communist* 8, n.º 8, August 1929, pp. 453–60; y «May First and the Revolutionary Traditions of Negro Masses», *Daily Worker*, April 28, 1930.

14 El ejemplo más evidente es Albert Nzula, I.I. Potekhin, y A.Z. Zusmanovich, *Forced Labour in Colonial Africa*, ed. Robin Cohen (Londres, Zed Press, 1979). Se publicó inicialmente en Rusia bajo el título *Rabochee Dvizhenie*

Publicado en 1931 por la Internacional Sindical Roja, este libro de 126 páginas se escribió principalmente para aquellos trabajadores de los países capitalistas occidentales que no alcanzaban a comprender por qué los movimientos anticoloniales eran parte integral de la emancipación proletaria. Aunque toca el tema de la esclavitud y presta atención a la resistencia negra, *Life and Struggles* es más descriptivo que histórico. Su propósito principal era acusar al imperialismo documentando las terribles condiciones de los trabajadores negros en todo el mundo. Además de suscitar simpatía hacia los trabajadores negros, Padmore quería mostrar que los beneficios generados por la explotación de la mano de obra colonial permitían a los capitalistas «sobornar a los burócratas sindicales reformistas y socialfascistas para así traicionar la lucha de los trabajadores».¹⁵ Pero el papel de los trabajadores blancos ilustrados (esos progresistas que no se habían vendido) era educar a los trabajadores negros «atrasados» en la inutilidad del chovinismo racial y convencerles de que se unieran al proletariado mundial. Y para James esto era algo completamente insostenible.

i Prinuditel'ni trud V Negriyanskoj Afrike (Moscú, Profizdat, 1933), que se podría traducir como «La clase trabajadora: movimientos y trabajos forzados en el África negra» (en el momento de la publicación Nzula utilizaba el pseudónimo Tom Jackson). Como señala el historiador Robin Cohen, por su alcance, ambición y tema, el libro de Padmore supuso una fuerte inspiración para Nzula, Potekhin y Zusmanovich, aunque como consecuencia de la posterior deshonra y expulsión de Padmore, los tres autores no incluyen ninguna cita directa a su texto y únicamente muestran por alguna alusión ocasional que están familiarizados con su obra (*ibid.*, p. 15).

- 15 George Padmore, *The Life and Struggles of Negro Toilers*, Londres, The RILU Magazine for the International Trade Union Committee of Negro Workers, 1931, p. 6.

3

Mientras C.L.R. James se adentraba en el mundo del trotskismo, se preparaba para la Cuarta Internacional y maldecía la traición del estalinismo a la visión de Lenin, Padmore se alejaba completamente del movimiento comunista. En 1935 acabaron por encontrarse, gracias a la invasión italiana de Etiopía. De hecho, casi cualquier activista negro que se preciase, independientemente de su origen o tendencia ideológica, se unió a las campañas en defensa de Etiopía. Se formaron literalmente decenas de organizaciones de apoyo en todo el mundo para recaudar dinero para ayuda médica y negros del Caribe, EE. UU. y África se ofrecieron voluntarios para luchar en el ejército del emperador Haile Selassie. T. Ras Makonnen, camarada de James y Padmore en el movimiento de solidaridad con Etiopía, recuerda el impacto que esa invasión tuvo en el mundo negro: «Nos llegó una avalancha de cartas de negros de los tres continentes que querían saber dónde alistarse... Y lo mismo ocurrió en África. Cuando los italianos entraron en Addis Abeba, hasta los niños de Costa de Oro lloraban».¹⁶

Esta impresionante respuesta a la invasión no debería sorprendernos, ya que Etiopía no era un país africano cualquiera. También conocido como Abisinia,

16 William R. Scott, «Black Nationalism and the Italo-Ethiopian Conflict, 1934–1936», *Journal of Negro History* 63, n.º 2, 1978, pp. 121, 128–29; Naison, *Communists in Harlem*, pp. 138–40; Bernard Makhosezwe Magubane, *The Ties That Bind: African-American Consciousness of Africa* (Trenton, NJ, Africa World Press, 1987, pp. 166–67); Cedric J. Robinson, «The African Diaspora and the Italo-Ethiopian Crisis», *Race and Class* 27, n.º 2, Otoño de 1985, pp. 51–65; Robert Weisbord, *Ebony Kinship: Africa, Africans, and the Afro-American* (Westport, CN, Greenwood Press, 1973, pp. 94–100); S.K.B. Asante, «The Afro-American and the Italo-Ethiopian Crisis, 1934–1936», *Race* 15, n.º 2, 1973, pp. 167–84; T. Ras Makonnen, *Pan-Africanism Within*, ed. Kenneth King (Nairobi y Londres, Oxford University Press, 1973), p. 116.

tenía un gran significado histórico, religioso y cultural para las personas negras de todo el mundo. Los etíopes, bajo el mando del emperador Menelik II, consiguieron mantener su independencia mientras los europeos se repartían el resto de África; pero, además, su tierra se labró la reputación de ser la cuna de la civilización, al haber sido uno de los primeros países del mundo en adoptar el cristianismo. En el mundo cristiano negro, Etiopía ha seguido siendo uno de sus principales iconos y, en cierta medida, podría denominarse la «Jerusalén africana». Como explica el historiador William Scott, muchos afroamericanos pensaban que «Etiopía estaba predestinada por la profecía bíblica a redimir a la raza negra del dominio blanco». No cabe duda de que hace referencia al pasaje bíblico «Etiopía se apresurará a extender sus manos hacia Dios» (Salmo 68:31). El movimiento Garvey, cuyo himno oficial se titulaba «Etiopía, tierra de nuestros padres», hacía referencia constantemente a esta nación africana en sus canciones, rituales y símbolos.¹⁷

A pesar de todo esto, la izquierda negra consideraba que el sentimentalismo y el orgullo racial empañaban el asunto. Los estudiosos de la «raza» elogiaban Abisinia por sus antiguas civilizaciones, su

17 Scott, «Black Nationalism and the Italo-Ethiopian Conflict», pp. 118–21; Gayraud Wilmore, *Black Religion and Black Radicalism: An Interpretation of the Religious History of Afro-American People* (Maryknoll, NY, Orbis Books, 2ª ed.), pp. 120–21, 126–28, 160–61; Edward Ullendorff, *Ethiopia and the Bible* (Londres, British Academy by Oxford University Press, 1968); W.A. Shack, «Ethiopia and Afro-Americans: Some Historical Notes, 1920–1970», *Phylon* 35, n.º 2 (1974), pp. 142–55; Magubane, *The Ties That Bind*, pp. 160–65; S.K.B. Asante, *Pan-African Protest: West Africa and the Italo-Ethiopian Crisis, 1934–1941* (Londres, Longman, 1977, pp. 9–38); Weisbord, *Ebony Kinship*, pp. 90–92; Randall K. Burkett, *Garveyism as a Religious Movement: The Institutionalization of a Black Civil Religion* (Metuchen, NJ, Scarecrow Press, 1978, pp. 34–35, 85–86, 122, 125, 134–35); George Shepperson, «Ethiopianism and African Nationalism», *Phylon* 14, n.º 1 (1953), pp. 9–18.

lenguaje escrito y la orgullosa afirmación de sus gobernantes de estar emparentados con Salomón y la Reina de Saba; en cambio, los izquierdistas negros hablaban de una montañosa región campesina situada en el Cuerno de África, gobernada por una monarquía moribunda que no creía en la reforma agraria. Etiopía, una de las pocas zonas del mundo donde la esclavitud persistió hasta bien entrada la década de 1930, no era una tierra de leche y miel. De hecho, en *The Life and Struggles of Negro Toilers*, Padmore describe Abisinia como una oligarquía feudal gobernada por un emperador reaccionario y llama a una revolución interna contra «la jerarquía religiosa reaccionaria y el sistema feudal».¹⁸

Pero para que pudiera haber una revolución, tenían que echar de allí a las tropas de Mussolini. En agosto de 1935, James fundó la organización *International African Friends of Ethiopia* (IAFE).¹⁹ C.L.R. era el presidente y entre sus miembros activos se encontraban Padmore, Jomo Kenyatta, I.T.A. Wallace Johnson, Amy Ashwood Garvey, T. Ras Makonnen y Albert Marryshaw, que había participado en 1921 en el Congreso Panafricano de Londres. James era su miembro más activo y publicó varios artículos en el *New Leader*, semanario del Partido Laborista Independiente, así como un artículo muy importante en *The Keys*, órgano oficial de la Liga de los Pueblos de Color.²⁰

18 Padmore, *Life and Struggles*, p. 77; sobre la esclavitud en Etiopía véase Jon R. Edwards, «Slavery, the Slave Trade and the Economic Reorganization of Ethiopia, 1916–1934», *African Economic History* 11, 1982, pp. 3–14.

19 El nombre original de la organización era *International African Friends of Abyssinia* (IAFA), pero poco después de fundarla decidieron sustituir Abisinia por «Etiopía».

20 C.L.R. James, «Notes on the Life of George Padmore», p. 292; Buhle, *C.L.R. James*, pp. 55–56; Esedebe, *Pan-Africanism*, p. 115. El ensayo publicado por James en *The Keys*, «Abyssinia and the Imperialists» [Abisinia y los imperialistas] fue publicado de nuevo en *The C.L.R.*

Estos artículos muestran a un James que intenta reconciliar dos mundos políticos: el panafricanismo y el socialismo. Por un lado, afirmaba que los países imperialistas utilizaban la defensa de Etiopía como pretexto para la guerra. Pero, como hombre negro que seguramente sentía cierto orgullo por el legado etíope y cuya admiración por África era mucho más profunda que su antiimperialismo, se sentía obligado a defender el lugar de sus antepasados. En su lucha personal por aunar estas dos tradiciones, se alistó como voluntario en el ejército etíope:

Mis razones para ello eran simples. Los socialistas internacionalistas del Reino Unido luchan contra el imperialismo británico porque obviamente es más práctico que, por ejemplo, luchar contra el imperialismo alemán. Pero el capitalismo italiano es el mismo enemigo, aunque esté un poco más alejado.

Tenía la esperanza de entrar en el ejército. Me habría dado la oportunidad de entrar en contacto con grupos de abisinios y otros africanos y, al compartir filas con ellos, habría tenido la mejor oportunidad posible para hablar de la causa socialista internacional. También pensaba que podría haber sido de utilidad para ayudar a organizar propaganda antifascista entre las tropas italianas...

No pensaba pasarme el resto de mi vida en Abisinia pero, poniendo todo en una balanza, pensaba (y sigo pensando) que habría valido la pena pasar dos o tres años allí, teniendo en cuenta que soy negro y estoy especialmente interesado en la revolución africana.²¹

Como muchos otros, James nunca tuvo la oportunidad de ir. Haile Selassie disuadió a los voluntarios con la esperanza de asegurarse así el apoyo de las democracias occidentales y de la Sociedad de Naciones,

James Reader, pp. 63–66.

21 Robinson, *Black Marxism*, p. 382.

pero, en cuanto la ocupación italiana se convirtió en un hecho consumado, él y la familia real huyeron a Inglaterra.

Poco después de que remitiera la crisis etíope, los miembros de IAFE se reagruparon y formaron la Oficina Internacional de Servicios Africanos (IASB, por sus siglas en inglés), con Padmore a la cabeza. James editó su revista mensual, *International African Opinion*, de julio a octubre de 1938 y proporcionó a los periódicos y organizaciones políticas información relevante sobre la situación en África. La IASB se propuso mantener presente en la opinión pública el tema del colonialismo: una tarea nada fácil teniendo en cuenta el espectro del fascismo y la inminente guerra en Europa.²²

A pesar de todo, Etiopía supuso un antes y un después en la forma de escribir y pensar de James. Los acontecimientos en torno a la invasión y la incapacidad de las democracias occidentales de salir en defensa de Etiopía empujaron a James más allá del marxismo europeo, hacia una comprensión más profunda de las tradiciones de resistencia negra. En una reseña del libro de George Padmore *How Britain Rules Africa* [Cómo el Reino Unido domina África] (1936), James arremetió contra su camarada por sugerir que los sectores progresistas de la clase dominante podrían desempeñar un papel importante para la liberación africana del dominio colonial. Insistía en que «Los africanos tienen que ganarse su libertad. Nadie lo hará por ellos».²³ James había llegado a la conclusión de que el

22 Véase Esedebe, *Pan-Africanism*, pp. 123–25; Buhle, *C.L.R. James*, pp. 55–56; J. Ayodele Langley, *Pan-Africanism and Nationalism in West Africa 1900– 1945: A Study in Ideology and Social Classes*, Londres, Oxford University Press, 1973, p. 338.

23 Citado en Robinson, *Black Marxism*, p. 383; para ver la reseña completa véase C.L.R. James, «'Civilizing' the 'Blacks': Why Britain Needs to Maintain her African Possessions», *New Leader*, May 29, 1936.

movimiento obrero europeo no podía tener éxito sin las masas africanas (ni al revés) y que los únicos que podían destruir el imperialismo eran las masas africanas (obreros, campesinos y quizá algunos intelectuales con visión de futuro). Fue precisamente esta percepción la que le llevó a escribir *Los jacobinos negros* e *Historia de las revueltas panafricanas*, publicados ambos en 1938. No los escribió para atraer a los trabajadores blancos ni a una burguesía liberal simpatizante. Más bien, como dijo tan acertadamente Cedric Robinson, eran una declaración de guerra.

4

Historia de las revueltas panafricanas se publicó en septiembre de 1938, justo un mes antes de que James se embarcara hacia EE. UU. Encargada por Raymond Postgate, uno de sus camaradas del Partido Laborista Independiente, esta monografía de noventa y siete páginas formaba parte de la serie FACT (hechos) publicada por el partido. Esto es lo que James pensaba al respecto:

Nunca antes se ha hecho un libro igual. Recopilé mucho material y realmente me sigue asombrando todo lo que no sabía. El libro tiene la virtud de incluir todo tipo de cuestiones (las luchas de las mujeres, las mujeres en los mercados africanos, etc.), además de temas históricos, como la Revolución haitiana o el papel de los negros en la Guerra de Secesión... La historia de este libro es curiosa. El nombre de Postgate hizo que el libro se vendiera en todas las librerías del país. Pero cuando se dieron cuenta de lo que era, algunas lo ocultaron cuidadosamente. Fuimos a algunos lugares y lo vimos, escondido bajo pilas de otros libros, pero si lo pedías te decían que sí lo tenían.²⁴

24 C.L.R. James, *The Future in the Present: Selected Writings*, Westport, CN, Lawrence Hill and Co., 1977, p. 70.

Y había un buen motivo para esconderlo. Al igual que *Negro Worker*, la revista de ITUC-NW que Padmore editó al inicio de la década de 1930, este libro era profundamente subversivo.²⁵ Se trata de una agresiva denuncia del colonialismo y James no hizo excepciones (ni siquiera con su querida Francia). Atacar a Francia no era algo fácil, especialmente debido al ascenso del fascismo en Europa. Los franceses permitían que los colonos negros llegasen a ser diputados, gobernadores y ministros y, en la época en la que James escribía, el primer ministro Leon Blum se había convertido en una especie de héroe de la izquierda. Cabeza de gobierno del Frente Popular francés, Blum intentó neutralizar activamente los intentos fascistas de derrocar la II República española.²⁶ Pero a James no le importaba nada de eso. Como él mismo decía: «el imperialismo no deja de ser imperialismo [...] los franceses tienen un historial tan negro en África como cualquier otra nación imperialista». (p. 68). Lo que hizo fue documentar dicho historial y la resistencia. Igual que había intentado hacer como editor del *International African Opinion*, James quería asegurarse de que el anticolonialismo no quedara subordinado a la lucha contra el fascismo, y llega

25 También se escondía el *Negro Worker*; de hecho, en África, se distribuía clandestinamente. Según Robin Cohen, algunos de los números incluían una cruz en la portada y títulos como *La voz del misionario, El camino de la Cruz, Órgano del episcopado africano metodista de la Sociedad misionaria de Londres*. La segunda página continuaba con textos religiosos y el lector desconcertado tenía que llegar a la tercera página para leer el familiar lema «Proletarios del mundo, uníos». Cohen, «Introduction» en *Forced Labour in Colonial Africa*, p. 14.

26 Pierre Broue y Emile Temime, *The Revolution and the Civil War in Spain*, trans. Tony White, Cambridge, MIT Press, 1972, pp. 321–65 [ed. en cast.: *La revolución y la guerra de España*, 2 vols., México, FCE, 2020]; David Carlton, «Eden, Blum, and the Origins of Non-intervention», *Journal of Contemporary History* 6, January 1971, pp. 40–55; M.D. Gallagher, «Leon Blum and the Spanish Civil War», *Journal of Contemporary History* 6, January 1971, pp. 56–64.

incluso a decir que la situación de un africano bajo el fascismo italiano no es peor que la de un africano del Congo con la Bélgica democrática o la de un minero del cobre en Rodesia (p. 69). Su opinión queda clara: no existe un colonialismo más amable.

Lo que hace que este libro sea aún más subversivo es el hecho de que James coloca a la raza negra en el centro de los acontecimientos mundiales, caracteriza los levantamientos de salvajes y fanáticos religiosos como movimientos revolucionarios e insiste en que los grandes revolucionarios occidentales del mundo moderno necesitan a los africanos tanto como los africanos a ellos. Este es el fundamento del libro y se expone contundentemente en el primer capítulo sobre la Revolución haitiana: la única revuelta de esclavos del mundo que tuvo éxito, según el propio James. «Sin la Revolución francesa», afirma, «su éxito habría sido imposible». (p. 38). No se refiere solamente al apoyo estratégico de la Revolución francesa, sobre todo porque la naturaleza de la alianza entre la metrópolis y los rebeldes negros de Santo Domingo cambiaba con cada régimen. Habla más bien de cómo los ideales de libertad, igualdad y fraternidad transformaron a parte de las bases y de los dirigentes, especialmente a Toussaint L'Ouverture: «Abrazaron la doctrina revolucionaria, pensaban en términos republicanos. Como resultado, estos esclavos, analfabetos, medio salvajes y degradados por su esclavitud de una forma que solo siglos de esclavitud pueden lograr, alcanzaron una ambición en sus aspiraciones sociales y una elevación del pensamiento político equivalente a la que se daba en Francia» (p. 47). Pero, aunque un ardiente deseo de libertad, articulado con los objetivos de la Revolución francesa, movía al esclavo, este se organizaba en base a

las relaciones de producción de las plantaciones. Aquí se hace eco de la línea clásica que aparece en *Los jacobinos negros*. Al «trabajar y vivir juntos en cuadrillas de cientos de personas en las enormes fábricas de azúcar que cubrían las llanuras del norte, estaban más cerca de ser un proletariado moderno que cualquier otro grupo de trabajadores de la época. Por consiguiente, el levantamiento fue un movimiento de masas minuciosamente preparado y organizado» (p. 40).²⁷

Pero por muy «proletarizados» que estuvieran los esclavos, no podían hacerlo solos. En su análisis de EE. UU., James muestra cómo una historia rica en levantamientos de esclavos (literalmente dice que «se rebelaban continuamente») tuvo como resultado unos cuantos mártires heroicos y un aumento de la represión. Sin embargo, la victoria sí fue posible durante

27 El final de este primer capítulo es muy significativo. No llega hasta la transformación de Santo Domingo en una nación, ni menciona el encarcelamiento de Toussaint por parte de Napoleón. Lo único que sabemos es que la revolución en Francia retrocedió y «los antiguos esclavistas recuperaron su influencia y asediaron a los exhaustos negros» (50). Al enfatizar la interdependencia que existe entre Haití y Francia, James perdió la oportunidad de ilustrar algo más importante: la necesidad de una independencia completa y total del país colonizador. Es un misterio el por qué este punto se plantea tan claramente en *Los jacobinos negros* pero ni se menciona en el primer capítulo de *Historia de las revueltas panafricanas*. No obstante, quizá el mayor misterio sea el silencio absoluto de James sobre Haití a partir de 1800. Esta ausencia del Haití moderno resulta aún más sorprendente dada la evidente influencia que tuvo *Life and Struggles* [Vida y lucha] de Padmore en esta monografía. Padmore, por ejemplo, incluye un análisis bastante detallado de la oposición haitiana al imperialismo estadounidense en 1929, de los estibadores en huelga que gritaban «ABAJO EL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE» mientras los campesinos se trasladaban del campo a la ciudad. Un movimiento conjunto de obreros y campesinos que se enfrenta a un contingente armado de marines estadounidenses habría encajado muy bien en *Historia de las revueltas panafricanas*. De hecho, al hablar de África, James dice: «lo que más temen las autoridades es una combinación de los trabajadores de las ciudades y los campesinos del interior». Padmore, *Life and Struggles*, p. 104; James, *Historia de las revueltas panafricanas*, p. 79.

la era revolucionaria, cuando las condiciones fueron parecidas a las de Haití: cuando los blancos pobres se unieron a los esclavos, negros libres y mulatos²⁸ bajo la bandera de la libertad. Pero EE. UU. no era una pequeña isla del Caribe, por lo que los esclavos y los negros libres estaban más dispersos y eran minoría. Y lo que es más importante, la esclavitud era demasiado importante para el desarrollo capitalista como para abolirla por principio. Probablemente este sea el inicio de la influencia de James sobre el joven Eric Williams, un antiguo alumno suyo de Trinidad. Anticipándose al estudio clásico de Williams, *Capitalismo y esclavitud* (1944), James afirma: «La esclavitud hizo que el algodón fuera el rey; el algodón se convirtió en el alimento vital de las industrias británicas, levantó las fábricas de Nueva Inglaterra». Es más, el creciente impulso a favor de la abolición «no es ese cambio repentino en la conciencia que adoran los historiadores románticos y reaccionarios, sino el clímax de una transformación gradual de la economía mundial» (p. 58).

La Guerra de Secesión en EE. UU. fue el momento de la verdad, el acontecimiento mundial que dio una oportunidad a estos negros esclavizados y muertos de hambre. El análisis de James sobre las acciones de los esclavos durante los conflictos remite a la monumental obra de W.E.B. DuBois *Black Reconstruction in America* [La reconstrucción negra de América], desde su invocación a la «huelga general», hasta su descripción de las vacilantes respuestas de los esclavos frente a los soldados de la Unión (p. 60). La tierra era la clave. De hecho, la lucha por la tierra fue lo que convirtió a este

28 Reproducimos literalmente *mulattoes*, un término con gran carga peyorativa actualmente, pero no en la época de origen de los textos, como ocurre con la voz inglesa *negro* [N. de la T.].

«campesinado» recién creado en una fuerza revolucionaria, porque quién puede entender mejor que los desarraigados que la reforma agraria era un primer paso necesario hacia la emancipación. «Así fue en Francia en 1789 y en Rusia en 1917», afirma James. «Hoy en día, los campesinos están más alerta políticamente que nunca» (p. 60). Se trata de un nuevo desafío para el marxismo occidental, una tradición que ha desconfiado sistemáticamente del campesinado y puesto toda su fe en el proletariado.

Insistir en que el campesinado (en este caso, los antiguos esclavos) podía ser una fuerza revolucionaria en sí misma no era algo completamente nuevo. El comunista indio M. N. Roy había dicho algo similar en 1920, en su debate con Lenin sobre la cuestión nacional-colonial.²⁹ Lo que sí es singular es la afirmación de James de que los movimientos revolucionarios adoptan formas que a menudo son más culturales y religiosas que explícitamente políticas. De este modo, obliga al lector a reexaminar con nuevos ojos estos movimientos aparentemente desparejados, a tomarse en serio las creencias y supersticiones de los africanos y afrodescendientes. Quizá llegó a esta conclusión por sí mismo, ya que su primera y única novela (*Minty Alley*) y su obra de teatro de 1936 sobre Toussaint L'Ouverture demuestran una increíble sensibilidad hacia el poder de la religión y la cultura como fuerzas sociales y polí-

29 Véase Manabendra Nath Roy, *M. N. Roy's Memoirs* (Bombay y Nueva York, Allied Publishers, 1964, p. 378); John Haithcox, *Communism and Nationalism in India: M. N. Roy and Comintern Policy, 1920-1939* (Princeton, Princeton University Press, 1971, pp. 14-15); D.C. Grover, *M. N. Roy: A Study of Revolution and Reason in Indian Politics* (Calcutta, Minerva Associates, 1973, pp. 2-13); V. B. Karnik, *M. N. Roy: A Political Biography* (Bombay, Nav Jagriti Samaj, 1978, pp. 107-10. Véase la nota al pie 11.

ticas en el mundo negro.³⁰ O tal vez, igual que a muchos otros, le conmovió la brillante defensa del poder de lo Divino que hace DuBois en la página 124 de su libro: «Todo esto son tonterías, podrías decir, por supuesto; porque hoy en día ningún estadounidense cree en la religión. Sus hechos son un mero simbolismo; su revelación, generalidades vagas; su ética una cuestión de beneficio cuidadosamente equilibrado. Pero para la mayor parte de los cuatro millones de negros emancipados en la Guerra Civil, Dios era real. Lo conocían. Lo habían conocido personalmente en muchas orgías salvajes de frenesí religioso o en la negra quietud de la noche».³¹

Sea cual sea su origen, *Historia de las revueltas panafricanas* revela una increíble fe en las masas y en las fuerzas sobrenaturales que las mueven. El movimiento *Watch Tower*, por ejemplo, un movimiento milenarista que creía que todos los gobiernos occidentales eran malvados y debían ser sustituidos por un orden más justo, se describe aquí como una de las fuerzas revolucionarias más poderosas de África en la década de 1930. Mientras que la mayor parte de los marxistas pensaban que tales nociones eran absurdas y solían dejar de lado la religión porque supone una distracción de la verdadera lucha, James insistía en que las ideas detrás del movimiento «representan realidades políticas y expresan aspiraciones políticas mejor que los programas y políticas de partidos que tienen millones de miembros, varias revistas y medio siglo de historia a sus espaldas»

30 Años antes de que *Minty Alley* (Londres, Seeker & Warburg, 1936) fuera publicado ya había escrito borradores de la misma y «Toussaint L'Ouverture» se representó en Londres en marzo de 1936.

31 W.E.B. DuBois, *Black Reconstruction in America: An Essay Toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1935, p. 124).

(p. 105). También analiza los levantamientos religiosos en África del Este y Central, especialmente los dirigidos por John Chilembwe en Nyasalandia y Simon Kimbangu en el Congo belga. Aunque los marxistas pensasen que estos radicales cristianos negros eran insignificantes o menos importantes que, digamos, los mineros en huelga, el Estado colonial no pensaba lo mismo: hasta el más pequeño desafío de estas «sectas» era recibido con una tremenda represión y violencia. Cuando menos, James se adelantó a una posterior generación de historiadores que verían estos movimientos religiosos como el origen de algunas de las contiendas anticoloniales más violentas del siglo XX.³²

El mayor «voto de confianza» de James es cuando discute a favor del garveyismo. Al tomarse en serio a Marcus Garvey y sus seguidores, James se aparta completamente de Padmore y la mayor parte de sus camaradas de la IASB. De hecho, Padmore (que, junto a otros activistas de la IASB, solía interrumpir a Garvey cuando hablaba en Hyde Park) escribió una vez que el garveyismo era «la expresión más reaccionaria del nacionalismo burgués negro» y, por consiguiente, completamente «ajeno a los intereses de los trabajadores negros».³³ Aunque James critica a Garvey por su limitada perspectiva racial, su colaboración con los im-

32 Véase, por ejemplo, Michael Adas, *Prophets of Rebellion: Millenarian Protest Movements Against the European Colonial Order* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1979); Karen Fields, *Revival and Rebellion in Colonial Africa* (Princeton, Princeton University Press, 1985); Robin D.G. Kelley, «The Religious Odyssey of African Radicals: Notes on the Communist Party of South Africa, 1921–1934», *Radical History Review* 51, 1991, pp. 5–24; Vittorio Lanternari, *The Religions of the Oppressed: A Study of Modern Messianic Cults* (Nueva York, Knopf, 1963); George Shepperson y Thomas Price, *Independent African: John Chilembwe and the Origins, Settings and Significance of the Nyasaland Native Rising of 1915* (Edimburgo, Edinburgh University Press, 1958).

33 Padmore, *Life and Struggles*, p. 126.

perialistas y racistas estadounidenses (especialmente el Ku Klux Klan) y su incapacidad para apreciar las virtudes de la organización sindical, reconoce no obstante que Garvey consiguió crear el mayor movimiento de masas negro de la historia. Por lo que, en vez de desestimarlo como a un charlatán, James intenta entender su atractivo. No le quedaba otra opción: a lo largo de *Historia de las revueltas panafricanas*, James insiste en que las masas tienen la capacidad de moverse por sí mismas, de crear sus propios líderes, de entender la situación en la que se encuentran. Si Garvey simplemente hubiera embaucado a sus seguidores, entonces una buena parte del mundo negro serían unos papanatas.

James sugiere que el éxito del garveyismo tiene mucho que ver con la peculiar y compleja naturaleza del racismo. Mientras que muchos de sus contemporáneos radicales se centraban en los aspectos políticos, económicos y estructurales del racismo, el capítulo de James sobre Garvey explora sus dimensiones culturales y psicológicas. En lugar de subrayar cómo el racismo se utiliza para dividir a la clase trabajadora, se centra en cómo se vive y se percibe: «a los negros se les recuerda constantemente su color» (p. 88). En un mundo en el que continuamente se agredía y cuestionaba hasta la humanidad misma de las personas de piel oscura, Garvey dio a sus seguidores un sentido histórico y personal. Al vincular todo el mundo negro con África y entre sí, transformó una minoría nacional en una mayoría internacional. En palabras de James, «hizo que el negro estadounidense tomara conciencia de su origen africano y creó por primera vez un sentimiento de solidaridad internacional entre los africanos y los afrodescendientes» (p. 94).³⁴

34 Paul Buhle lo señala en *C.L.R. James: The Artist as Revolutionary*, p. 57.

Este reconocimiento por parte de James del potencial revolucionario del nacionalismo negro debería haber convertido inmediatamente *Historia de las revueltas panafricanas* en un clásico de la izquierda. A finales de la década de 1930 prácticamente todos los movimientos de izquierdas debatían sobre «la cuestión negra», incluyendo a los comunistas que habían abandonado la autodeterminación por el Frente Popular. En 1939, un año después de que James se marchase de Inglaterra a EE. UU., intentó convencer al propio León Trotsky en una reunión en Coyoacán, México, de que la izquierda tenía que apoyar los movimientos negros autónomos en sus propios términos y de que la lucha contra el racismo y a favor de los derechos democráticos era primordial en la lucha por el socialismo. El nacionalismo negro, insistía, no era una distracción de la lucha de clases, sino una fuerza revolucionaria a tener en cuenta.³⁵

Por desgracia, James se había adelantado unas tres décadas, o la izquierda llegaba tres décadas tarde. Todo ese tiempo, *Historia de las revueltas panafricanas* permaneció oculto, tal como recordaba James. El libro no tenía sentido para los muchos marxistas que seguían pensando que la revolución proletaria sería un levantamiento obrero en la industria y que ellos estarían al frente del mismo. La importancia de este librito se reconoció cuando fue descubierto por una nueva generación de jóvenes militantes con el pelo afro.

5

Cuando en 1969 Drum and Spear Press, una editorial de orientación nacionalista negra ubicada en

³⁵ Para la transcripción del debate entre James (*J.R. Johnson*) y Trotsky, véase *Leon Trotsky on Black Nationalism and Self-Determination* (Nueva York, Pathfinder Press, 1978).

Washington, D.C., decidió estrenar su empresa reeditando *Historia de las revueltas panafricanas*, hacía solo un año que James podía volver a pisar EE. UU. (había sido deportado a Inglaterra en 1953).³⁶ La editorial era una extensión de la librería Drum and Spear Bookstore, un establecimiento orientado al activismo negro que había sido fundado en 1967 por media docena de antiguos luchadores por los derechos civiles del Sur que habían vuelto a Washington. Además de la librería, crearon una escuela comunitaria llamada *Center for Black Education* [Centro de educación negra]. Frustrados por la escasez de libros escritos por personas negras o sobre ellas, el colectivo decidió publicar sus propios libros y volver a poner en circulación obras importantes.³⁷

A esas alturas, los miembros del colectivo y C.L.R., que se había mudado a Washington un año después de la creación de la librería Drum and Spear Bookstore, ya eran bastante afines. Habían conocido a James por el Federal City College, donde algunos de ellos habían sido compañeros. Su apartamento de la 16th Street enseguida se convirtió en una especie de lugar de encuentro para estos jóvenes activistas e intelectuales donde hablar de liberación negra, organización comunitaria, historia, sociología, política y

36 Haskell House Publishers de Nueva York también publicaron *Historia de las revueltas panafricanas* en 1969, pero al parecer sin el consentimiento de James o sin que él lo supiera.

37 Según una entrevista telefónica del autor con Charlie Cobb, el 31 de agosto de 1994. (Cobb era uno de los miembros fundadores de la librería y editorial Drum and Spear Bookstore).

Además de la obra de James, solo publicaron un libro infantil escrito e ilustrado por Jennifer Lawson, *Children of Africa* [Niños de África]. En 1973, la tienda y la editorial literalmente desaparecieron, en parte por el efecto de los disturbios en los negocios negros de 14th St. y en parte por las dificultades habituales de las empresas orientadas al activismo. Sus decisiones comerciales se guiaban por razones políticas y no económicas.

muchos otros temas. De hecho, James participó en las discusiones que llevaron a la creación de la editorial y fue él quien ofreció que *Historia de las revueltas panafricanas* fuera su primer título. El colectivo Drum and Spear estuvo encantado de aceptar la oferta ya que respetaban a James como mentor de su generación. En la introducción a la nueva edición, Marvin Holloway del *Center for Black Education* describe a James como un revolucionario que había visto y vivido las luchas que la mayor parte de los jóvenes militantes solo conocían por los libros. En un momento «en el que los negros de todo el mundo reclaman autoconocimiento, [C.L.R., de sesenta y ocho años,] es una fuente de sabiduría y consejo para los jóvenes del movimiento de resistencia» (VII, VIII). ¿Y qué mejor momento para ofrecer sabiduría y consejo? En el año en que volvió a EE., UU. Martin Luther King, Jr. fue asesinado, los guetos estaban en llamas, el partido de los Panteras Negras aparecía en las portadas de los periódicos, universitarios militantes se manifestaban a favor de la creación de Departamentos de Estudios Negros y el republicano Richard Nixon era elegido presidente con la promesa de aplastar la ola de disidencia que amenazaba con destruir la civilización estadounidense. El propio James acababa de volver de una serie de conferencias en África Oriental y Occidental, por lo que traía consigo información de primera mano sobre la situación de los nuevos Estados africanos independientes.

James modificó el título (de «*Historia de las revueltas negras*» a *panafricanas*) y añadió un epílogo de cuarenta y tres páginas titulado «Historia de las revueltas panafricanas: Un resumen 1939 – 1969», que explora brevemente la descolonización de África, el movimiento por los derechos civiles en EE. UU. y los conflictos

en el Caribe. El epílogo es importante porque refleja el desarrollo intelectual y político de James desde la aparición del libro treinta años antes como un monográfico de FACT, del Partido Laborista Independiente británico. En él, no se limita a añadir más ejemplos de rebelión negra a la historia, sino que añade algo sustancial al marco conceptual desarrollado en la primera edición.

En primer lugar, el epílogo es una defensa del nacionalismo negro aún más sólida que los capítulos previos. Por supuesto, en 1960 el nacionalismo negro se había vuelto más contundente y radical. Había adoptado una retórica y un estilo mucho más militante de lo que pudiera haber imaginado Marcus Garvey. Algunos nacionalistas negros de EE. UU. hablaban de lucha armada, se solidarizaban con otros movimientos anticoloniales, estudiaban lenguas africanas y, lo más importante, se identificaban con los pobres del gueto. Pero la creciente estima de James por el potencial revolucionario del nacionalismo negro se remonta en el tiempo: por lo menos a la II Guerra Mundial. Como miembro del Partido Socialista de los Trabajadores y colaborador habitual de su periódico, el *Militant*, James quedó profundamente impresionado por el aumento del activismo y la organización de los negros durante la guerra.³⁸ La afiliación a los sindicatos afroamericanos pasó de 150 000 en 1935 a 1,2 millones en 1945; las organizaciones de derechos civiles reclutaron decenas de nuevos miembros (la NAACP, por ejemplo, se multiplicó por diez durante la guerra) y los líderes negros

38 Algunos de los artículos que James escribió para el *Militant* se volvieron a publicar en C.L.R. James, *et al.*, *Fighting Racism in World War II* (New York, Monad Press, 1980). La visión de James sobre el impacto de la II Guerra Mundial en los afroamericanos queda también muy clara en su manuscrito de 1950, publicado recientemente, *American Civilization*, eds. Anna Grimshaw y Keith Hart, (Londres, Basil Blackwell, 1993), pp. 200-11.

hablaban de una «doble victoria» contra el racismo en casa y contra el fascismo fuera.³⁹ La campaña de la doble victoria, encarnada en la amenaza de marcha sobre Washington de A. Philip Randolph en 1943, articulaba en parte ese sentimiento de esperanza y rabia que compartían muchos negros. Como observó el periodista negro Roi Ottley, durante los primeros años de la guerra, era imposible caminar por las calles de Harlem y no notar un profundo cambio. «¡Escucha cómo hablan los negros últimamente! Se han vuelto ruidosos, agresivos y, a veces, desafiantes».⁴⁰

Al final de la guerra, James ya estaba convencido de que el nacionalismo negro era un elemento esencial en la lucha por la libertad de los negros. En 1945 pensaba que «el negro es nacionalista hasta la médula y tiene todo el derecho a serlo. Su racismo, su nacionalismo, son un medio necesario para darle fuerza, autoestima y organización para poder luchar por su integración en la sociedad estadounidense». Dos años más tarde, en un importante documento titulado «La res-

39 Manning Marable, *Race, Reform, and Rebellion: The Second Reconstruction in Black America, 1945-1982* (Jackson, MS, University Press of Mississippi, 1984), pp. 13-14; Herbert Garfinkel, *When Negroes March: The March on Washington Movement in the Organizational Politics of the FEPC*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1959.

40 Roi Ottley, *New World A-Comin': Inside Black America*, Boston, Houghton Mifflin, 1943, p. 306. Sobre la militancia negra durante la guerra, véase Richard Dalfiume, «The 'Forgotten Years' of the Negro Revolution», *Journal of American History* 55, June 1968, pp. 90-106; Herbert Garfinkel, *When Negroes March*; Peter J. Kellogg, «Civil Rights Consciousness in the 1940s», *The Historian* 42, November 1979, pp. 18-41; Harvard Sitkoff, *A New Deal for Blacks: The Emergence of Civil Rights as a National Issue*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1978, pp. 298-325; Robert Korstad y Nelson Lichtenstein, «Opportunities Found and Lost: Labor, Radicals, and the Early Civil Rights Movement», *Journal of American History* 75, December 1988, pp. 786-811; Herbert Shapiro, *White Violence and Black Response: From Reconstruction to Montgomery*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1988, pp. 301-48.

puesta revolucionaria al problema negro en EE. UU.», se hacía eco de estos sentimientos e iba más lejos. Defendía que, en virtud de sus experiencias con el racismo y el capitalismo en EE. UU., los negros son inherentemente revolucionarios. «Cualquiera que los conozca», concluye, «que conozca su historia, que sea capaz de hablar con ellos con intimidad, que los observe en su entorno, los vea bailar, ir a la iglesia, leer la prensa con ojo crítico, tiene que reconocer que, aunque su fuerza social no sea comparable a la fuerza social de un número equivalente de trabajadores organizados, su odio hacia la sociedad burguesa y su disposición a destruirla si se presenta la ocasión es mayor en ellos que en cualquier otro grupo poblacional de EE. UU.»⁴¹

Por consiguiente, el surgimiento del Poder Negro no le sorprendió en absoluto. Sin embargo, lo que sí sorprendió a sus antiguos partidarios de izquierdas es lo poco que James habla en este periodo del proletariado. Aunque se defendía de las críticas diciendo que «seguí siendo un hombre del proletariado», el epílogo, al igual que muchos de sus discursos de finales de la década de 1960, habla menos de las luchas de la clase obrera que los capítulos previos. Las fuerzas dominantes en la revolución negra posterior a 1938 son los estudiantes, los activistas por los derechos civiles, los intelectuales. Este cambio de énfasis es producto de la época y el contexto. James estaba muy interesado en el movimiento del Poder Negro, especialmente en sus portavoces más izquierdistas como Stokely Carmichael y H. Rap Brown. Por ejemplo, en un discurso de 1967 rechazó las acu-

41 Carta a Constance Webb (1945) en *The C.L.R. James Reader*, p. 146; «The Revolutionary Answer to the Negro Problem in the U.S.A.», en *The C.L.R. James Reader*, pp. 188–89; Paul Buhle, «Marxism in the U.S.A.», en *C.L.R. James: His Life and Work*, p. 32; véase también Buhle, *C.L.R. James: The Artist as Revolutionary*, pp. 70–73.

saciones de que Carmichael era racista y sugirió que su visión estaba mucho más cerca del socialismo de lo que creía la izquierda blanca. Citando a Lenin para defender este punto, argumentó con vehemencia que el Poder Negro constituía un desafío al capital y, por tanto, debía recibir el respaldo de la izquierda. Además, recordó a su audiencia la importancia de apoyar la autoorganización negra, independientemente de las contradicciones que pudieran surgir dentro del movimiento: «¿Quiénes somos nosotros para decir: “sí, esto lo puedes decir pero eso otro no, esto lo puedes hacer pero aquello no”? Si conocemos la realidad de la opresión de los negros en EE. UU. (y si no la conoces, mejor cierra la boca hasta que lo hagas), deberíamos guiarnos por una expresión antillana que os recomiendo: *what he do, he well do*. Y lo digo de nuevo: lo que hagan los negros americanos está, en lo que nos atañe, bien hecho. Se arriesgarán, arriesgarán su libertad, arriesgarán sus vidas si es necesario. *Son sus decisiones*».⁴²

Sin embargo, donde más importancia tenía el Poder Negro era en África. No cabe duda de que el eje de la revuelta panafricana era el propio continente y la lucha que más influyó en James tuvo lugar en Costa de Oro, la colonia británica de África Occidental que en 1957 se convirtió en Ghana. La revolución de Costa de Oro y su querido líder, Kwame Nkrumah, es la pieza clave del epílogo. Pensaba, como muchos de sus compañeros, que Ghana sería el faro que iluminaría el camino hacia la emancipación del África negra.⁴³

42 «Black Power», en *The C.L.R. James Reader*, p. 369.

43 Durante la década de 1950, tanto Padmore como Richard Wright escribieron libros sobre Ghana y James hizo lo mismo en 1977. George Padmore, *The Gold Coast Revolution: The Struggle of an African People from Slavery to Freedom*, Londres, D. Dobson, 1953; Richard Wright, *Black Power: A Record of Reactions in the Land of Pathos*, Nueva York, Harper & Brothers, 1954; C.L.R. James, *Nkrumah and the Ghana*

James había conocido a Nkrumah años antes, cuando era un estudiante de la Universidad Lincoln, una institución históricamente negra de Pensilvania. Padmore prácticamente entrenó a Nkrumah para que liderase la lucha independentista de su país y James también había depositado una enorme confianza en este joven. Pero fue su visita a Ghana en 1957 lo que realmente le abrió los ojos a la importancia política de este pequeño país africano. Le conmovieron de tal manera los acontecimientos que presenció en Accra que James rápidamente pospuso todos los planes que tenía de escribir un texto sobre Hungría e inmediatamente se sentó a escribir un librito sobre Ghana. El nivel de militancia y autoorganización que observó ponía en tela de juicio las teorías anteriores sobre la revolución, incluidas algunas de las ideas de su propia obra *Los jacobinos negros*. Ahora cuestionaba hasta qué punto las revoluciones de Europa occidental y las revoluciones africanas eran interdependientes. Aunque a James le preocupaba que Ghana, igual que cualquier otra nación recién independizada, pudiera verse dominada por la corrupción burocrática, estaba absolutamente convencido de que con Nkrumah estaba ocurriendo algo diferente: una verdadera democracia de base. James suponía que, al convertir a Ghana en el centro de un movimiento de liberación africano de todo el continente, Nkrumah conseguiría una revolución permanente. Y al pasar inmediatamente al socialismo por intervención estatal e «iniciar unas nuevas relaciones sociales desde abajo», Ghana podría conseguir esa transición revolucionaria que ni la URSS ni Europa del Este habían conseguido hacer.⁴⁴

Revolution, Westport, CT., Lawrence and Hill, Co., 1977.

44 Carta del 20 de marzo de 1957 en Grimshaw, ed., *The C.L.R. James*

Sin embargo, a mediados de la década de 1960 su entusiasmo por Nkrumah y Ghana había disminuido. Admitía que no se había construido esa nueva sociedad que él esperaba y que Nkrumah había permitido que la corrupción burocrática se impusiera. El fracaso de Ghana supuso para James dos lecciones fundamentales en la construcción de la sociedad postcolonial; ambas se reflejan en *Historia de las revueltas panafricanas*. En primer lugar, no se puede crear una sociedad revolucionaria a menos que se desmantele completamente el Estado colonial. En segundo lugar, la nueva generación de líderes africanos necesita crear y sustentar las instituciones democráticas en todo el país, aunque esas instituciones sean críticas con su gobierno, porque no se puede crear una nueva sociedad sin ellas. En ambos puntos es evidente la influencia de Frantz Fanon; antes de escribir el epílogo James había leído su obra *Los condenados de la tierra* (p. 107). Aunque James era consciente de la importancia teórica de desmantelar el Estado colonial, sabía que en la práctica los líderes africanos de las nuevas naciones independientes solían ser funcionarios educados en Occidente, producto del Estado colonial y, por tanto, tenían un interés personal en mantenerlo.⁴⁵

Para que África se librase de su pequeña burguesía burocrática era necesaria una revuelta sin

Reader, pp. 269–70; véase también, James, *Nkrumah*, pp. 50–158 *passim*.; Manning Marable, «The Fall of Kwame Nkrumah», en Buhle, ed., *C.L.R. James: His Life and Work*, pp. 39–47. James estaba tan impresionado con lo ocurrido en Ghana que en su carta del 20 de marzo de 1957 (citada previamente) llega a sugerir ¡que los jóvenes negros de Occidente se muden allí! Vale la pena recordar que en esas mismas páginas llama «una basura lamentable» al plan de emigración de Garvey (92).

45 «The Rise and Fall of Nkrumah», en *The C.L.R. James Reader*, pp. 354–61; C.L.R. James, «Kwame Nkrumah of Ghana», en *At the Rendezvous of Victory*, p. 180.

concesiones, una revolución permanente desde abajo. Los recursos culturales y políticos para una revolución de este tipo, defendía, pueden encontrarse en la sociedad africana tradicional. Una vez más, James pone de manifiesto una enorme fe en las formas de organización y cultura creadas por el pueblo. Pero, a diferencia de capítulos anteriores, el epílogo las considera no solo formas de resistencia al imperialismo, sino la base de una nueva sociedad. «También están los instintos y prácticas democráticas de las tribus africanas», observó en 1957, «y no esos malditos jefes con sus plumas y paraguas y taburetes, convertidos por el Gobierno británico en pequeños tiranos, sino el antiguo método tribal de nombrarlos por elección y echarlos si no cumplían».⁴⁶ Esta es su mayor ruptura con la tradición marxista europea. El socialismo, concluye, no tiene por qué basarse en la lógica de la organización industrial moderna, puede basarse en las tradiciones precapitalistas de democracia y las relaciones sociales comunitarias.

Es evidente que James llegó a esta conclusión de forma independiente, al igual que varios nacionalistas africanos, como el senegalés Leopold Senghor o el tanzano Julius Nyerere.⁴⁷ Cuando Ghana no estuvo

46 Carta del 20 de marzo de 1957, en The C.L.R. James Reader, p. 270.

47 Véase Leopold Senghor, *Nation et Voie Africaine du Socialisme*, París, Editions Presence Africaine, 1961; Julius K. Nyerere, *Freedom and Socialism*, Nueva York, Oxford University Press, 1968; Julius K. Nyerere, «African Socialism: Ujamaa in Practice», en *Pan-Africanism*, eds. Robert Chrisman y Nathan Hare, Indianápolis y Nueva York, The Bobbs-Merrill Co., 1974, pp. 107–13. El entusiasmo de James por Nyerere y el hecho de que no tuviera nada que decir sobre Senghor es revelador. Senghor estaba comprometido con los grandes filósofos (Hegel, Marx, Engels y Lenin) y desarrolló un argumento muy sofisticado para combinar socialismo moderno y cultura tradicional, pero no hizo mucho en términos de implementación. A James nunca le impresionaron los que hablan pero no actúan. Tal vez estaba pensando en Senghor, entre otros, al desestimar la mayor parte de los esfuerzos por construir un

a la altura de sus promesas, James decidió que Tanzania era la nueva esperanza africana para el futuro. De hecho, termina este libro así como su estudio de Nkrumah alabando el enfoque de Nyerere sobre la transformación socialista, y lo titula «Fuera de África para siempre» [*Always Out of Africa*]. Por supuesto, a posteriori sabemos que el intento de Nyerere de establecer una economía nacional de gestión colectiva basada en las aldeas comunales fue un completo desastre, que su régimen reprimió huelgas y movimientos de oposición y que su partido (la Unión Nacional Africana de Tanzania, TANU) no consiguió salvarse de la corrupción.⁴⁸ Pero cuando James escribió el epílogo, la famosa «Declaración de Arusha» de la TANU, que establecía la filosofía y estructura de la sociedad socialista africana de Tanzania no tenía ni dos años. Y, en el papel, era un documento increíblemente progresista. Con unos estatutos que exigen que los dirigentes del partido y del gobierno sean «o campesinos u obreros y no estarán ligados de ningún modo a las prácticas del capitalismo ni del feudalismo» (p. 128), ¿cómo no iba a impresionar a cualquier socialista? Lo que más atraía a James eran las ideas de Nyerere sobre la educación pública. Nyerere tenía la intención de fundar escuelas que preparasen a los estudiantes para crear una sociedad socialista basada en la cultura tradicional. James creía que estas eran las instituciones de base determinan-

«socialismo africano» llamándolos «palabrería burocrática» (132).

48 Tres excelentes críticas de Ujamaa y de la idea romántica de Nyerere del comunismo africano son: Issa Shivji, *Class Struggles in Tanzania*, Nueva York, Monthly Review Press, 1976; A.M. Babu, *African Socialism or Socialist Africa?*, Londres, Zed Press, 1981; Arnold Temu y Bonaventure Swai, *Historians and Africanist History: A Critique*, Londres, Zed Press, 1983.

tes para respaldar la democracia y, en última instancia, acabar con el Estado colonial.⁴⁹

El libro deja abierta la puerta a la esperanza. Nyerere había encontrado un camino revolucionario para África y había hecho la contribución más importante al marxismo desde Lenin. Como ahora sabemos, James se equivocó en lo primero y, dependiendo de a quién le preguntes, también en lo segundo. La idea de que los africanos deben aprovechar sus propios recursos y culturas para construir una sociedad socialista es difícil de refutar; el problema radica en la creencia de que las sociedades precoloniales africanas eran inherentemente democráticas y practicaban una forma de «comunismo primitivo», que podía sentar las bases del socialismo moderno. Varios historiadores han cuestionado esta visión romántica del pasado de África, poniendo de manifiesto el nivel interno de explotación de clase y género de las llamadas sociedades «tradicionales».⁵⁰ El hecho de que James aceptara este punto de vista no merma su brillantez ni las profundas ideas que ofrece su libro. Más bien demuestra que no era adivino. No obstante, lo que me parece muy desconcertante es su silencio absoluto sobre Tanzania durante el resto de su vida. Incluso cuando intelectuales radicales de Tanzania criticaron duramente al gobierno de TANU, al parecer James nunca respondió ni corrigió sus opiniones previas, o al menos no lo hizo por escrito. De hecho, incluyó sin modificaciones sus opiniones sobre Nyerere en *Nkrumah and the Ghana Revolution* [Nkru-

49 Véase, además del epílogo, Buhle, *C.L.R. James: The Artist as Revolutionary*, pp. 140–41.

50 El trotskista sudafricano Baruch Hirson, historiador de la izquierda sudafricana, hace una crítica similar a James. Véase su «Communalism and Socialism in Africa: The Misdirection of C.L.R. James», *Searchlight South Africa* 4, February 1990, pp. 64–73.

mah y la revolución de Ghana], publicado en 1977, un año después de que Issa Shivji, historiador marxista tanzano, desgranara en detalle la bancarrota absoluta de las políticas de Nyerere en su aclamado libro, *Class Struggles in Tanzania* [Luchas de clase en Tanzania]. Sin embargo, a partir de la publicación de *Nkrumah and the Ghana Revolution*, el radical de setenta y seis años no pudo mantener el ritmo hercúleo que le convirtió en uno de los académicos/activistas más prolíficos del mundo occidental. Su relativo silencio sobre África, como sobre otros muchos temas, no debería resultar sorprendente.⁵¹

6

Historia de las revueltas panafricanas es uno de esos pocos libros que siguen tocando una fibra sensible, incluso medio siglo después de su publicación. Una y otra vez, sus reflexiones han demostrado ser valiosas y relevantes para entender los movimientos de liberación de África y la diáspora. Cada nueva generación que tiene la oportunidad de leer este breve libro encuentra nuevas revelaciones, nuevas reflexiones aplicables a su época. Cuando el colectivo *Race Today*,

51 Sin embargo, el hecho de que James no mencione las colonias africanas portuguesas (Mozambique, Angola, Guinea-Bissau y Cabo Verde) en el epílogo y solo las trate ocasionalmente en las décadas de 1970 y 1980 sí resulta sorprendente. Los movimientos anticoloniales de esos países no solo se levantaron en armas contra los portugueses y adoptaron el marxismo-leninismo de alguna forma, sino que también establecieron zonas liberadas en las que los revolucionarios y los aldeanos intentaron construir sociedades de orientación socialista en medio de la guerra. Véase, por ejemplo, Basil Davidson, *In the Eye of the Storm: Angola's People*, Garden City, NY, Anchor Books, 1973; Thomas Henriksen, «People's War in Angola, Mozambique and Guinea-Bissau», *The Journal of Modern African Studies* 14, n.º 3, 1976, pp. 377–99; Amílcar Cabral, *Revolution in Guinea*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969; Jack McCulloch, *In the Twilight of Revolution: The Political Theory of Amílcar Cabral*, Londres, Zed Books, 1983.

un grupo de personas de color de Londres que editaba la revista multicultural progresista del mismo nombre, decidió volver a publicar *Historia de las revueltas panafricanas* en 1985, descubrió que el libro era tan relevante para su mundo como lo había sido para los radicales africanos y caribeños que habían recorrido las mismas calles cincuenta años antes. Aunque Etiopía ya no era el problema más acuciante, muchas de sus batallas habrían resultado familiares para la generación de los años treinta: Sudáfrica, Granada, los disturbios de Brixton, la violencia racista contra los inmigrantes, la lucha por el empoderamiento político negro:

Publicamos esta tercera edición en un momento en el que el curso de las revueltas negras (sic) está entrando en un periodo de auge. Los pueblos caribeños están en lucha abierta contra el imperialismo estadounidense. La intensidad del movimiento es tal que se ha tenido que recurrir al ejército estadounidense para contenerlo. Sudáfrica también se revuelve y el fin del régimen del *apartheid* no puede estar muy lejos. La aparición de Jesse Jackson como una figura destacada en la política estadounidense solo puede explicarse por el movimiento masivo de los negros estadounidenses.

Estamos seguros de que *Historia de las revueltas panafricanas* contribuye a la comprensión de estos acontecimientos e influirá en los hechos como pocos otros documentos históricos.⁵²

Al leer y releer este texto clásico, deberíamos reflexionar sobre nuestra propia época y determinar la forma en la que el libro puede influir en nuestras acciones. ¿Qué puede decirnos sobre la Sudáfrica *postapartheid* del presidente Nelson Mandela?, ¿y sobre la

52 *A History of Negro Revolt*, Londres, Race Today Publications, 1985, p. 5. No está claro por qué el colectivo *Race Today* decidió volver al término «negras» [*negro*], en vez de «panafricanas».

situación desesperada que se vive en el Haití que James tanto quería?, ¿y sobre la «limpieza étnica» de Ruanda? ¿Qué nos puede decir sobre el aumento del racismo y el antisemitismo en Europa y EE. UU.?, ¿o sobre las altísimas tasas de desempleo y violencia en las ciudades capitalistas occidentales y el virtual abandono de los guetos estadounidenses por parte de la izquierda?

Ninguna obra literaria puede ser una bola de cristal y solo los fundamentalistas religiosos creen que un libro puede ofrecer respuestas absolutas a todas las preguntas. De lo que no cabe duda es que *Historia de las revueltas panafricanas* nos deja, al menos, dos hechos incontrovertibles. Primero, mientras a los negros se les prive de libertad, humanidad y un nivel de vida decente, seguirán rebelándose. Segundo, solo hay esperanza de que tengan éxito si las revueltas involucran a las masas y tienen lugar en sus propios términos. Como James dijo una vez sobre la revolución ghanesa, sus luchas pueden parecernos «a veces patéticas, a veces terriblemente cómicas, oscilando entre lo sublime y lo ridículo, pero siempre vibran con la vida que solo una multitud de gente corriente puede generar». ⁵³ Y si los acontecimientos mundiales se ponen de su lado, podrían salir victoriosos.

Robin D.G. Kelley.

Día de la independencia haitiana, 1994

53 C.L.R. James, «Colonialism and National Liberation in Africa: The Gold Coast Revolution», en *National Liberation: Revolution in the Third World*, eds. Norman Miller y Roderick Aya, Nueva York, The Free Press, 1971, p. 136.

1

EL SANTO DOMINGO FRANCÉS

La historia de la relación entre los negros y las civilizaciones europeas se puede dividir en dos apartados: el negro en África y el negro en América y las Indias Occidentales. Hasta los años ochenta del siglo pasado⁵⁴ solo una décima parte de África se encontraba en manos europeas. Por consiguiente, hasta entonces solo tenían importancia política para la historia occidental los intentos de liberación de los negros del mundo occidental. En el último cuarto del siglo XIX, las civilizaciones europeas volvieron a mirar hacia África, no para buscar esclavos que trabajasen en las plantaciones americanas, sino con el deseo de un control real de su territorio y población. En la actualidad (1938) la cuestión de los africanos en África es uno de los principales problemas de la política contemporánea. Este texto es un intento de dar cuenta y analizar las revueltas negras a lo largo de los siglos: en la época de la esclavitud, en África durante los últimos cincuenta años y en América y las Indias Occidentales en la actualidad.

54 Del siglo XIX [N. de la T.]

Resulta imposible en este espacio limitado abordar la trata de esclavos y la esclavitud. Por el mismo motivo, ha sido necesario omitir el relato de las primeras revueltas en las Indias Occidentales y la incesante guerra de guerrillas organizada en las islas por los cimarrones (esclavos fugitivos) contra sus antiguos amos. Los negros se han rebelado continuamente y una vez. En la Guayana holandesa, los esclavos sublevados llegaron a controlar casi toda la colonia durante meses. En el siglo XVIII la mayor colonia de las Indias Occidentales era el Santo Domingo francés (ahora Haití) y allí tuvo lugar la más famosa de las revueltas negras. Se trata de un buen punto de partida.

1789 supone un hito en la historia de las revueltas panafricanas en las Indias Occidentales. La única revuelta exitosa, la única revuelta de esclavos que ha tenido éxito en toda la historia, enraíza en la Revolución francesa y sin ella su éxito habría sido imposible.

Durante el siglo XVIII, Saint Domingue o el Santo Domingo francés⁵⁵ era muy próspero y en 1789 recibía 40 000 esclavos al año. En 1789, el comercio exterior total del Reino Unido ascendía a veintisiete millones de libras, de las cuales el comercio de esclavos suponía solo cinco millones. El comercio exterior total de Francia ascendía a diecisiete millones y solo Santo Domingo era responsable de once de ellos. «Triste ironía de la historia humana», comenta Jaurés. «Las fortunas creadas en Burdeos, en Nantes, por el comercio de esclavos, dieron a la burguesía ese orgullo que precisa de la libertad y que contribuyó a la emancipación humana». El sistema colonial del siglo XVIII ordenaba que cualquier

55 De ahora en adelante se utilizará la denominación Santo Domingo para referirse a la parte francesa de la isla y se especificará cuando se hable de la parte española [N. de la T.]

producto manufacturado que necesitasen los colonos se debía comprar en Francia. Y ellos solo podían vender sus productos a Francia. Además, los productos solo se podían transportar en barcos franceses. Esto generaba un conflicto encarnizado y constante entre los colonos de las plantaciones y el gobierno en Francia, el mismo conflicto que originó la Guerra de Secesión. Los colonos estadounidenses consiguieron su libertad en 1783 y en menos de cinco años la actitud británica hacia el comercio de esclavos cambió por completo.

Hasta 1783 los británicos habían sido los que más habían recurrido al comercio de esclavos. Pero ahora, además de haber perdido EE. UU., tenían que transportar en sus barcos gran parte de los 40 000 esclavos anuales que eran la base de la prosperidad de Santo Domingo. El comercio en Santo Domingo prácticamente se duplicó entre 1783 y 1789. Las colonias británicas de las Indias Occidentales eran pobres en comparación y, tras la pérdida de EE. UU., fueron perdiendo aún más importancia. El monopolio de las plantaciones de azúcar de las Indias Occidentales irritaba a la naciente burguesía industrial, potencialmente librecambista. Adam Smith y Arthur Young, economistas de la incipiente era industrial, se quejaban del alto coste del trabajo esclavo. La India era ejemplo de un país en el que un trabajador solo costaba un penique al día, no había que comprarlo y nadie era llamado esclavista. En 1787, se fundó la Sociedad Abolicionista y el Gobierno británico, que unos años antes había amenazado con destituir a un Gobernador de Jamaica si se entrometía lo más mínimo en el comercio de esclavos, cambió de opinión. Si la trata de esclavos se acababa de golpe, Santo Domingo se arruinaría. En cambio, las islas británicas no perderían nada, pues parecía que

ya tenían todos los esclavos que necesitaban. Es cierto que los abolicionistas trabajaron duro y, por ejemplo, Clarkson era un hombre honesto y sincero. Su propaganda conmovió a mucha gente. Pero lo determinante fue que un sector considerable e influyente de los hombres de negocios británicos pensaba que el comercio de esclavos era una mancha en su nombre y un agujero en su bolsillo. Esta evidencia se detalla en *Los jacobinos negros*, obra de este mismo autor publicada en 1938 [revisada en 1963].

La Sociedad Abolicionista se creó en 1787. En ese momento, en Francia se cocía la revolución y los humanitarios franceses formaron una sociedad paralela, los «Amigos del negro». Pedían la abolición del comercio de esclavos, pero también de la propia esclavitud. Entre sus miembros se encontraban Brissot, Mirabeau, Condorcet, Robespierre, muchos de los grandes nombres de la Revolución. Ignoraban o minimizaban el hecho de que, a diferencia de Reino Unido, dos tercios del comercio francés de ultramar dependían del comercio de esclavos. Wilberforce y Clarkson les ayudaron, apoyaron económicamente a la sociedad e hicieron propaganda activa en Francia. Esta era la actitud que había en Europa cuando comenzó la Revolución francesa.

En esa época, Santo Domingo tenía 500 000 esclavos y solo 30 000 mulatos y un número similar de blancos. Los dueños de esclavos de Santo Domingo enseguida abrazaron la revolución y, como cada sector entendió la libertad, igualdad y fraternidad a su modo, enseguida se desató una guerra civil entre ellos. Algunos de los blancos ricos, especialmente los que tenían deudas con los comerciantes franceses, querían seguir el ejemplo de EE. UU. y gobernar ellos. Los mulatos querían acabar con las limitaciones que sufrían; los

blancos pobres querían convertirse en amos y señores, como los blancos ricos. Lucharon ferozmente entre sí. Los colonos blancos lincharon y asesinaron a mulatos solo por atreverse a reclamar igualdad. A su vez, los blancos se dividían en realistas y revolucionarios. En un principio, las asambleas revolucionarias francesas evitaron tratar la cuestión de los derechos de los mulatos, luego les otorgaron ciertos derechos, más tarde se los volvieron a quitar. Los mulatos y los blancos lucharon y, por necesidad, armaron a sus esclavos. Las noticias de Francia, las consignas de libertad, igualdad y fraternidad, la exaltación política en Santo Domingo, la guerra civil entre blancos ricos, blancos pobres y mulatos: dos años más tarde, todo eso empujaría a los esclavos a la revolución. En julio de 1791, en el norte densamente poblado, se planeaba un levantamiento.

Los esclavos trabajaban la tierra e, igual que los campesinos revolucionarios de todo el mundo, su objetivo era acabar con sus amos. Pero, al trabajar y vivir juntos en cuadrillas de cientos de personas en las enormes fábricas de azúcar que cubrían las llanuras del norte, estaban más cerca de ser un proletariado moderno que cualquier otro grupo de trabajadores de la época. Por consiguiente, el levantamiento fue un movimiento de masas minuciosamente preparado y organizado.

Una noche de agosto se desató una tormenta tropical, con relámpagos, rachas de viento y fuertes chubascos. Iluminando su camino con antorchas, los líderes de la revuelta se reunieron en un claro de los espesos bosques de Morne Rouge, la montaña que domina Cap François, la ciudad principal. Allí, después de realizar conjuros vudú y beber la sangre de un cerdo, Boukman, el líder, dio las últimas indicaciones.

Se pusieron en marcha esa misma noche. Cada grupo de esclavos asesinó a sus amos y quemó las plantaciones. Los esclavos lo destruyeron todo. Sabían que, mientras existieran esas plantaciones, su destino sería trabajar en ellas hasta caer muertos. Violaron a todas las mujeres que cayeron en sus manos, a menudo sobre los cuerpos aún calientes de sus maridos, padres y hermanos. Pero no mantuvieron este espíritu vengativo durante mucho tiempo. A medida que la revolución se extendía, perdonaron la vida a muchos hombres, mujeres y niños que encontraron en las plantaciones. Con los únicos con los que no tuvieron piedad fue con los prisioneros de guerra. Les arrancaban la piel con tenazas al rojo vivo, los asaban lentamente en hogueras, a un carpintero le cortaron en dos en su propio banco de trabajo. A pesar de ello, en general, sus torturas no se parecían ni de lejos a lo que ellos mismos habían sufrido.

Los dueños blancos de las plantaciones no quisieron tomarse en serio la revuelta de esclavos. Siguieron conspirando contra los mulatos y amenazando al gobierno francés. Pero, a medida que aumentaba el caos, los realistas ricos se tragarón sus prejuicios raciales y se unieron a los mulatos contra los colonos revolucionarios, dueños de plantaciones. Mientras tanto, la insurrección prosperó hasta tal punto que solo unas semanas más tarde había unos cien mil esclavos sublevados, formando grandes grupos. Los líderes eran Jean-François y Biassou, y Toussaint L'Ouverture se unió a ellos un mes después de iniciada la revuelta. Tenía cuarenta y seis años, había sido el cochero de su amo pero, por su inteligencia, le pusieron a cargo del ganado de la finca, un puesto ocupado normalmente por hombres blancos. Había recibido cierta educa-

ción pero no sabía escribir correctamente en francés y normalmente hablaba en criollo, es decir, en el patois francés local.

En su primera primavera en la ciudad, estos líderes, desconcertados, no sabían qué hacer. El gobierno francés envió a unos comisarios que les amenazaron con que las fuerzas armadas estaban a punto de llegar (imaginarias, en gran medida) y los líderes negros decidieron traicionar a sus seguidores. Escribieron a los comisarios prometiendo que, a cambio de la libertad de unos cuantos cientos, cooperarían para que los demás volviesen a la esclavitud y ellos mismos perseguirían a los reacios. Toussaint, que estaba a cargo de las negociaciones, acabó reduciendo la oferta de 400 a 60. Los comisarios franceses aceptaron encantados, pero los dueños blancos de las plantaciones se negaron con desdén. Así, Toussaint perdió la esperanza de encontrar una solución, aunque supusiera una traición, y empezó a organizar un pequeño grupo de soldados.

La legislatura francesa estaba entonces bajo el liderazgo de Brissot y los girondinos. Consiguieron convencer a los sectores coloniales de que les convenía conceder todos los derechos a los mulatos y, en abril de 1792, esto se materializó en una ley. Pero Brissot, que había sido un valiente propagandista a favor de la abolición antes de llegar al poder, no quiso ir más allá. No solo no abolió la esclavitud, sino que él y su gobierno enviaron tropas a aplastar la revuelta de los esclavos. Esas tropas llegaron a Santo Domingo, pero antes de que pudieran comenzar su ataque se produjeron unos acontecimientos en París que cambiaron completamente el curso de la Revolución francesa y, al mismo tiempo, de la revolución negra de Santo Domingo.

El 10 de agosto de 1792, la muchedumbre de París, cansada de las equivocaciones e indecisiones de los parlamentarios, asaltó las Tullerías y arrancó del trono a los Borbones. Una ola de entusiasmo libertario barrió Francia y, aunque al comienzo de la revolución había cierta indiferencia hacia la esclavitud, ahora la Francia revolucionaria odiaba especialmente a los blancos coloniales, «los aristócratas de la piel». En Santo Domingo, las noticias del diez de agosto dividieron de tal forma a los esclavistas que se avivó la guerra civil entre ellos, que ya había terminado. Cualquier conflicto que hubiera entre los dueños de esclavos suponía una fuente adicional de fuerza para los propios esclavos.

En febrero de 1793 estalló la guerra entre la Francia revolucionaria y el Reino Unido y España. Los españoles del Santo Domingo español habían ayudado desde un principio a los esclavos contra los franceses. Llegados a este punto, les ofrecieron una alianza formal y los esclavos corrieron a unirse a España. A un esclavo colonial le daba lo mismo que Francia fuese una república o una monarquía reaccionaria si no abolía la esclavitud. Toussaint L'Ouverture también fue con los demás pero, en secreto, les ofreció a los franceses los servicios de su grupo organizado si abolían la esclavitud. Se negaron. Hizo una oferta similar al comandante español, que también se negó. Toussaint decidió quedarse donde estaba y observar los acontecimientos. Al final, Sonthonax, el comisario francés, desesperado, amenazado por España y cada vez más abandonado por los negros franceses, abolió la esclavitud como último recurso para conseguir apoyo. Su estrategia fracasó. Toussaint se quedó con los españoles y conquistó para ellos la mayor parte de la provincia norte. Para los colonos, la abolición fue la gota que colmó el vaso y le

ofrecieron la colonia a Pitt, que mandó una expedición desde Europa para tomar todas las colonias francesas de las Indias Occidentales. Los británicos se llevaron todo por delante y en junio de 1794 más de dos tercios de Santo Domingo y casi todas las islas francesas de importancia estaban en manos británicas. El resto parecía solo cuestión de días.

Pero, mientras tanto, en Francia la revolución había seguido creciendo. Antes de acabar el año 1793, Brissot fue expulsado del poder. Robespierre y la Montaña gobernaban y dirigían la Revolución contra sus enemigos internos y externos. Para entonces, toda la Francia revolucionaria había abrazado la causa de los esclavos, muchos se negaban incluso a beber café por estar manchado de sangre humana. El 4 de febrero de 1794, la Convención abolió la esclavitud sin discusión. «Los ingleses están acabados», gritó Danton. «Pitt y sus intrigas han llegado a su fin». El gran maestro de la táctica revolucionaria había sabido mirar más allá. La flota británica impidió que la oprimida revolución de color recibiese ayuda pero el decreto de la abolición puso a los negros de forma incondicional del lado de los franceses. Toussaint se unió inmediatamente a los franceses y masacró a sus antiguos aliados españoles, tanto negros como blancos. Al mismo tiempo, en Martinica, Guadalupe y demás colonias francesas, los esclavos negros, cantando *Ça Ira* y la *Marsellesa* y vestidos con los colores de la República, comenzaron a expulsar a los británicos de las islas francesas y luego llevaron la guerra hasta el territorio británico.

En 1795 España firmó la paz y en 1799 los esclavos negros y los mulatos ya habían expulsado a los británicos de Santo Domingo y de casi todas las colonias francesas. Fortescue, historiador conservador del

ejército británico, ofrece un vívido relato de este colosal desastre. El Reino Unido perdió 100 000 hombres en las Indias Occidentales en esos cuatro años, dos veces y media más que los que Wellington perdió en toda la Guerra de la Independencia Española. La fiebre hizo estragos, pero Toussaint L'Ouverture y Rigaud, un mulato, en Santo Domingo, y Victor Hugues, otro mulato, en Martinica y las islas menores, consiguieron una de las victorias más importantes de las guerras revolucionarias francesas. En palabras de Fortescue, ayudados por las fiebres, «prácticamente destruyeron el ejército británico». Durante seis años, Inglaterra estuvo atrapada en las Indias Occidentales y, por citar a Fortescue una vez más, el motivo por el que el Reino Unido desempeñó un papel insignificante en los primeros seis años de guerra contra la Francia revolucionaria se resume en «dos terribles palabras: Santo Domingo». El papel determinante de los negros en el éxito de la gran Revolución francesa nunca ha recibido el reconocimiento que merece. Si la revolución en Europa deja de lado a los trabajadores de color, será por su cuenta y riesgo.

Una vez expulsados los británicos, L'Ouverture ocupó una posición de poder. Fue nombrado general de división del ejército francés, con oficiales blancos a su cargo. Pero en cuanto los británicos fueron expulsados, los franceses empezaron a conspirar contra él. Tramaron una disputa entre él y Rigaud, el mulato, que desembocó en otra sangrienta guerra civil. Toussaint salió victorioso y luego ocupó el Santo Domingo español. Estableció un gobierno fuerte en toda la isla, redactó una constitución que le convertía en primer cónsul vitalicio, otorgó a Santo Domingo el autogobierno y concentró en sus manos todo el poder. En dieciocho meses había devuelto a la colonia, devastada por años

de guerra civil, dos tercios de su antigua prosperidad. Era un déspota que confinaba a sus trabajadores en las plantaciones y, con severos castigos, evitaba que se interfiriera en su voluntad. Pero también protegía a los trabajadores de las injusticias de sus antiguos amos. Se aseguraba de que les pagaran sus salarios. Estableció el libre comercio y la tolerancia religiosa, erradicó la discriminación racial, intentó sentar las bases de un sistema educativo, mandó a jóvenes mulatos y negros a Francia para que recibieran una educación que les permitiera volver y gobernar. Trataba a los blancos con una consideración y cortesía excepcionales, hasta el punto de que los trabajadores negros empezaron a desconfiar de él. Demasiado seguro de su influencia sobre los negros, sacrificó su popularidad para complacer a los franceses.

Pero la situación política en Francia había empeorado. La revolución se estabilizó con Bonaparte. Y Bonaparte quería reinstaurar la esclavitud. Mandó una expedición con su cuñado Leclerc y casi 60 000 hombres. Al principio, Toussaint vaciló, luego luchó y finalmente llegó a un acuerdo. Por un ardid fue capturado y enviado a Francia, donde murió en una prisión de los Alpes. Pero, en cuanto se conocieron los planes de Bonaparte para reinstaurar la esclavitud y toda la discriminación del antiguo régimen, la población, engañada en un principio por las falsas proclamas de Leclerc, se rebeló. Dessalines, uno de los lugartenientes de Toussaint, ya había llegado a la conclusión a la que nunca llegó Toussaint: que la única forma de garantizar la libertad era la independencia. Los mulatos, que antes habían apoyado a Bonaparte, se unieron a los negros y juntos libraron una desesperada guerra de independencia. Para ganar prácticamente tuvieron que

destruir la isla. Francia perdió 50 000 hombres, a causa de las bajas en combate y de las fiebres. Las crueldades cometidas por los franceses en los últimos coletazos de la guerra civil fueron mucho peores que los peores actos de los viejos tiempos esclavistas. Dessalines, inculto y sin el carácter de Toussaint, lideró a su pueblo con una crueldad similar a la de los franceses.

La actitud de los blancos hacia los cambios en el régimen de Santo Domingo arroja una valiosa luz sobre los prejuicios raciales. Antes de la revolución, se despreciaba a los negros hasta el punto de que las mujeres blancas se desnudaban ante ellos, como hoy en día lo hacen ante un perro o un gato. Diez años más tarde, cuando los antiguos esclavos ya gobernaban el país, la mayor parte de los blancos aceptaba el nuevo régimen, confraternizaba con los antiguos esclavos, que ahora eran generales, y se sentaba a sus mesas; y las mujeres blancas, pertenecientes a algunas de las familias más prestigiosas de la aristocracia francesa, se tiraban descaradamente a los pies del dictador negro, le mandaban mechones de pelo, recuerdos, cartas apasionadas... Y sin embargo, cuando se atrevían, seguían mostrando la misma hostilidad que siempre hacia los trabajadores negros. Cuando llegó la expedición de Leclerc, los blancos se apresuraron a unirse a ella y participaron activamente en los espectáculos de gladiadores en los que los perros se comían a negros vivos, etc. Pero cuando se dieron cuenta de que la expedición de Leclerc estaba condenada al fracaso, se desvincularon de ella y se volvieron otra vez hacia los negros. Dessalines, el nuevo dictador, declaró la independencia de la isla, pero les prometió mantener sus propiedades. Esto era suficiente para ellos. Cuando los comandantes franceses se disponían a evacuar la isla, ofrecieron a los

colonos blancos un hueco en sus barcos. Los colonos se negaron, satisfechos de seguir viviendo entre negros que ya no eran franceses, ni siquiera por lealtad: los negros de Santo Domingo le pusieron a la isla su antiguo nombre caribeño, Haití, para hacer hincapié en su ruptura con Francia.

Pero si los británicos y los estadounidenses, que eran los mayores esclavistas del mundo, estaban a favor de la victoria de los negros era para acabar con los franceses. Durante toda la campaña de Leclerc, los periódicos británicos y estadounidenses criticaban a los franceses y alababan a Toussaint y los negros. Y no les gustaba que en la isla se quedaran algunos franceses. Dessalines, que odiaba a los blancos por todas las traiciones cometidas, quería matar a tantos como fuera posible, pero Christophe y Clairveaux, sus dos lugartenientes de confianza, no opinaban igual, y la mayor parte de la población quería que se acabase el baño de sangre. Cathcart, un agente inglés en Santo Domingo, le dijo a Dessalines que los británicos no comerciarían con él ni le darían protección a menos de que todos los franceses fueran asesinados. Poco después los franceses fueron masacrados. M. Camille Guy cuenta la historia y da fuentes originales en su panfleto número 3 del *Bulletin de géographie*, publicado en París en 1898. En él también detalla los regalos enviados a Dessalines para su coronación, desde Londres y desde EE. UU. No hará falta decir que en la mayor parte de los libros que tratan este tema, el negro Dessalines es el único responsable de la masacre.

La victoria de los negros de Santo Domingo acabó con el comercio de esclavos en las Indias Occidentales y con la esclavitud. Durante muchos años, Francia albergó la esperanza de recuperar la colonia.

Los haitianos le hicieron saber que resistirían hasta el último hombre y lo quemarían todo. Finalmente, Francia se resignó a la pérdida y, tras la retirada de Santo Domingo del comercio antillano, en 1807 se abolió el comercio de esclavos y en 1834, la esclavitud. Los colonos ingleses lucharon mucho, pero la historia estaba en su contra. La revolución que tuvo lugar en Francia en 1848, durante su efímero periodo de éxito, acabó con la esclavitud en las colonias francesas.

La revolución de Santo Domingo es la única revuelta negra que tuvo éxito, por lo que vale la pena señalar las razones de la misma. En primer lugar, los negros lucharon espléndidamente y sus adversarios les rindieron encendidos homenajes. Pero muchos habían luchado bien antes y han luchado bien desde entonces. Tuvieron también la suerte de tener tiempo para organizarse como soldados. Esto se debe a que pudieron inspirarse en la Revolución francesa y, además, entre 1794 y 1797 contaron con el apoyo activo de la Francia revolucionaria. Los suministros y refuerzos que llegaron fueron relativamente pequeños, pero se destinaron a apoyar y no a frenar la revolución de los esclavos. Este fue el factor decisivo. La situación internacional también les ayudó. Pero el conflicto entre el Reino Unido y Francia y luego entre Francia y España fue también fruto de la revolución. Durante la última campaña, en un momento crítico, la declaración de guerra entre Francia e Inglaterra después del breve intervalo que siguió a la Paz de Amiens hizo que la victoria de los negros de Santo Domingo fuese inevitable. No obstante, no podemos olvidar que los negros reaccionaron con gran habilidad. Los españoles y, en las últimas fases tras su derrota, también los británicos, ofrecieron acuerdos con la intención secreta de volverse contra ellos más

tarde y reinstaurar la esclavitud. Maitland, el general británico, lo deja muy claro en su carta al Secretario de Asuntos Exteriores, Dundas, del 26 de diciembre de 1798, que se conserva en la *Public Record Office*.⁵⁶ Pero Toussaint nunca llegó a comprometerse con los británicos. Si bien recibió de ellos toda la ayuda que pudo, siempre se negó a establecer estrechas alianzas. De este modo, aprovechó con gran habilidad las contradicciones imperialistas cuando la Francia revolucionaria, destrozada, ya no pudo ayudarle.

Queda por señalar un aspecto de la lucha que, aunque secundario, es de extrema importancia. Durante el periodo revolucionario, los negros lucharon bajo los lemas de la libertad y la igualdad. Abrazaron la doctrina revolucionaria, pensaban en términos republicanos. Como resultado, estos esclavos, analfabetos, medio salvajes y degradados por su esclavitud de una forma que solo siglos de esclavitud pueden lograr, alcanzaron una ambición en sus aspiraciones sociales y una elevación del pensamiento político equivalente a la que se daba en Francia. Se han conservado cientos de cartas y declaraciones de Toussaint, algunas de ellas en los archivos nacionales de Francia, otras en Santo Domingo. También hay documentos de negros y mulatos contemporáneos. Christophe y Dessalines, que compartían el liderazgo con Toussaint, eran analfabetos, esclavos que cambiaron de rango. Pero ellos y sus compañeros actuaban, hablaban y lideraban a sus hombres como revolucionarios modernos altamente capacitados.

Veamos algunos ejemplos. No todos los negros se unieron a los franceses. Algunos se quedaron con los

56 Institución británica en la que desde 1838 se conservaban los archivos nacionales de Reino Unido [N. de la T.]

gobernantes españoles del Santo Domingo español. Su líder, rebosante de orgullo racial, rechazó las propuestas de los franceses y le dijo a Laveaux, el comandante francés, que solo se creería la supuesta igualdad que predicaba cuando viese cómo Monsieur Laveaux y otros caballeros de altura daban la mano de sus hijas a hombres negros. Pero los negros republicanos eran los que más despreciaban a los negros monárquicos. Ejemplo de ello es la siguiente declaración, en respuesta a las propuestas hechas en nombre de las autoridades españolas por los negros que apoyaban el antiguo régimen:

Somos republicanos y, por consiguiente, libres por derecho natural. Solo los Reyes, cuyo nombre ya expresa lo más vil y rastrero, se atreven a arrogarse el derecho a someter a la esclavitud a hombres como ellos, libres por naturaleza.

El Rey de España os provee con abundantes armas y munición. Usadlas para apretar vuestras cadenas... En lo que a nosotros respecta, no necesitamos más que palos y piedras para ponerlos a bailar...

Habéis recibido órdenes y tenéis garantías. Guardad vuestras libreas y vuestros pergaminos. Un día podréis usarlos, igual que nuestros antiguos aristócratas usaban sus elegantes títulos. Si el rey de los franceses, que arrastra su miseria de corte en corte, necesita esclavos que le ayuden en su magnificencia, que vaya a buscarlos de otros reyes, pues tienen tantos como súbditos.

Cuando, en 1797, Toussaint L'Ouverture empezó a sospechar que el gobierno francés estaba en manos de ciertas fuerzas que podrían querer reinstaurar la esclavitud, escribió una carta al Directorio que parece salida de la pluma del propio Mirabeau, Danton o Robespierre, en vez de la de un esclavo que la dictaba en patois local y luego hacía que escribieran y reescribieran sus pensamientos hasta que sus secretarios conseguían encontrar la forma que él deseaba.

¿Green que los hombres que han conocido la bendición de la libertad se quedarán de brazos cruzados viendo cómo se la arrebatan? Solo soportaron sus cadenas mientras no conocieron mejor condición que la de la esclavitud. Pero hoy que la han abandonado, si tuviesen mil vidas las sacrificarían todas antes de verse sometidos de nuevo a la esclavitud. Pero no, la misma mano que ha roto nuestras cadenas no volverá a esclavizarnos. Francia no revocará nuestros principios, no nos retirará el mayor de sus beneficios. Nos protegerá de todos nuestros enemigos; no permitirá que se pervierta su sublime moralidad, que se destruyan aquellos principios que más la honran, que se degraden sus más altos logros y se revoque su Decreto del 16 de pluvioso que honra a toda la humanidad. Pero si, para restablecer la esclavitud, en Santo Domingo, se pretendiese llevar esto a cabo, entonces declaro que sería aspirar a lo imposible: hemos sabido cómo enfrentarnos al peligro para obtener la libertad; sabremos afrontar la muerte para defenderla.⁵⁷

Esta, ciudadanos del Directorio, es la moral del pueblo de Santo Domingo, los principios que os transmite por mi boca.

Los míos ya los conocéis. Basta con renovar, mi mano en la vuestra, el juramento que presté: dejar de vivir antes de que la gratitud muera en mi corazón, antes de que deje de serle fiel a Francia y a mi deber, antes de que el dios de la libertad sea profanado y pisoteado por los liberticidas, antes de que puedan arrancar de mi mano la espada, las armas, que Francia me confió «para la defensa de sus derechos y los de la humanidad, para el triunfo de la libertad y la igualdad».

Los prejuicios raciales estaban muy extendidos antes de la revolución y los negros y los mulatos se odiaban tanto como los negros y los blancos. A pesar de ello, en 1799, cuando estaba a punto de comenzar la guerra civil entre los negros del norte y el oeste y los mulatos del sur, una guerra civil basada en los diferentes intereses sociales de ambas clases, Rigaud, el líder mulato, en vez de destacar la diferencia de color, como

57 La cursiva es del propio Toussaint.

siempre habían hecho los mulatos hasta entonces, se defendía con una pasión conmovedora de las acusaciones de que atacaba a Toussaint, el comandante en jefe, por ser negro.

En efecto, si hubiera llegado al extremo de no querer obedecer a un negro, si fuera tan estúpidamente presuntuoso como para pensar que estoy por encima de esa obediencia, ¿con qué argumentos podría reivindicar la obediencia de los blancos? ¿Qué lamentable ejemplo les daría a aquellos bajo mis órdenes? Además, ¿hay tanta diferencia entre el color del comandante en jefe y el mío? ¿Es el tono de un color, más o menos negro, el que infunde principios filosóficos o confiere méritos a un individuo?... He consagrado mi vida a la defensa de los negros. Desde el comienzo de la revolución he alentado a todos a asumir la causa de la libertad. No he traicionado mis principios y jamás lo haré. Creo demasiado en los derechos del hombre como para pensar que un color es superior a otro por naturaleza. Para mí un hombre es un hombre.

La revolución impulsada por los revolucionarios franceses parecía haber forjado una nueva nación. La gran tragedia de Santo Domingo fue que, cuando la revolución en Francia retrocedió antes de ponerse en marcha, los antiguos esclavistas recuperaron su influencia y asediaron a los exhaustos negros.

2

LOS ANTIGUOS EE. UU.

Hasta 1789, las revueltas en EE. UU. siguen la misma línea que las de las Indias Occidentales: levantamientos constantes y mal organizados que eran aplastados con relativa facilidad.

Una revuelta típica fue la que tuvo lugar en Stono, una plantación a unas veinte millas al oeste de Charleston, Carolina del Sur, en septiembre de 1739. Unas decenas de esclavos mataron a los dos guardas de un polvorín, se armaron y se dirigieron hacia el río Edisto. Otros negros se les unieron, marchaban con las banderas desplegadas, tocando tambores, gritando libertad y quemando y matando todo lo que se encontraban a su paso. Mataron a unos veinticinco blancos, pero le perdonaron la vida a uno, que era un buen hombre y amable con sus esclavos. Después de varias millas de destrucción se pararon a descansar y fueron sorprendidos por sus amos, que les habían seguido. Lucharon con valentía pero fueron derrotados y casi todos murieron en la batalla o ahorcados. En un estado tras otro de EE. UU., igual que pasó en una isla tras otra de las Antillas, este tema se repitió con ligeras variacio-

nes. Con estas revueltas, los esclavos no ganaban nada. No consiguieron que los trataran más amablemente. Al contrario, las revueltas se reprimían de forma salvaje y la legislación sobre los esclavos se endurecía.

No obstante, estas revueltas estadounidenses entre 1670 y 1860 obedecen a ciertas leyes. Esta de 1739 forma parte de una serie que tuvo lugar en Carolina del Sur entre 1737 y 1740, un periodo de graves dificultades económicas. En ella, la trama imperialista desempeña un papel importante. España seguía teniendo colonias en América y los españoles animaban a estos esclavos estadounidenses a rebelarse. Muchos de los negros habían sido capturados en Angola y, al ser católicos, sentían cierta afinidad por los españoles. Cuando los negros sublevados se dirigieron hacia el río Edisto, lo que pretendían era remontarlo hasta su desembocadura, que estaba en territorio español. Después de todo, en ese estado los negros llegaron a superar a los blancos en una proporción de cuatro a uno. Pero, a pesar de estas circunstancias favorables, parece que la revuelta dejó de lado a los miles de esclavos que, cabe suponer, habrían estado dispuestos a unirse a ella. Aunque los amos vivían en un terror constante, los negros no parecían conscientes de su potencial revolucionario si se organizaban a gran escala.

La revolución de Santo Domingo y su éxito marcó las ideas de los negros de las Antillas y EE. UU. durante toda una generación posterior. En EE. UU., donde los esclavos se habían levantado periódicamente desde el inicio de la esclavitud, Santo Domingo fue fuente de inspiración para una nueva serie de revueltas a lo largo de los veinte años siguientes. En EE. UU. hay relatos documentados de estas revueltas de esclavos. En 1795, en Luisiana, hubo una revuelta que no llegó a tener

lugar por falta de acuerdo en el método, pero es reseñable porque presenta una característica importante que parece ser resultado directo del fermento revolucionario de la época: en ella, desde un principio hubo blancos aliados con los negros. Cinco años más tarde, en 1800, tuvo lugar en Virginia la conocida revuelta encabezada por el esclavo negro Gabriel. Las autoridades blancas, por suerte para ellas, se enteraron antes de que comenzara el levantamiento y pudieron, por tanto, tomar precauciones. Unos mil esclavos, armados con palos y espadas que llevaban fabricando desde la última cosecha, se reunieron a seis millas de la ciudad de Richmond. Pero una terrible tormenta inundó ríos, derribó puentes e hizo imposible que llevaran a cabo operaciones militares. La revuelta terminó, una vez más, en fracaso y con una represión sangrienta. Pero Gabriel y sus seguidores eran esclavos revolucionarios por encima de la media. Tenían la intención de perdonarles la vida a los franceses porque los asociaban con la libertad, igualdad y fraternidad. También iban a indultar a los cuáqueros y a los metodistas porque se oponían sistemáticamente a la esclavitud. Tenían confianza en que los blancos pobres se unirían a ellos. Después de esa derrota prematura, Gabriel fue capturado, juzgado y ejecutado. No se sabe cuántos negros estuvieron involucrados, pero se estima que entre 2000 y 10 000.

A pesar de todos los contratiempos que ocurrieron al inicio de esta revuelta, es difícil (por no decir imposible) imaginar otro resultado que no fuera la derrota. No contaba con el apoyo de los fuertes elementos revolucionarios del país. No contaba con apoyo del extranjero. Algo parecido le pasaba a las revueltas de Virginia y Carolina del Norte de 1801 y 1802. Sin

embargo, en estos casos tenemos pruebas inequívocas de que los blancos pobres de los barrios se habían aliado con los negros. Este es el discurso de reclutamiento de uno de los negros sublevados: «He tomado la decisión de dejar que el país sea libre, es algo que vengo pensando hace mucho tiempo. Compañeros, os he insistido mucho, me he aliado con negros y blancos, es decir, hombres comunes o blancos pobres, los mulatos también se unirán para ayudarme a liberar el país, aunque ellos ya son libres. He conseguido ocho o diez hombres blancos para que me guíen en la lucha en el polvorín, estarán delante de mí y repartirán armas, pólvora, pistolas, disparos y otras cosas que responden al objetivo... Hombres negros, estoy dispuesto a perder mi vida en esto si es necesario».

Hubo levantamientos en 1811 y de nuevo en 1816, y hasta en 1822 en Virginia un tal Denmark Vesey, un negro libre, intentó liderar una revuelta inspirada en parte en Santo Domingo. Vesey se basó en sus lecturas de la Biblia, pero también tenía en mente la revolución de Santo Domingo, puesto que escribió a los gobernantes de Haití contándoles sus planes y solicitando ayuda. A pesar de su enfoque religioso, o quizá precisamente por él, todos los que se opusieran al levantamiento debían ser aniquilados. Se dice que eran entre 6000 y 9000 y que algunos de sus partidarios habían recorrido más de ochenta millas. La insurrección fue traicionada, probablemente por algún esclavo doméstico, ese tipo perverso al que los amos trataban amablemente y recibía las ropas que ellos desechan.

La última revuelta estadounidense de importancia fue la de Nat Turner, que nació de la agitación antiesclavista que acabaría con la abolición de la esclavitud en las colonias británicas. México abolió la

esclavitud en 1829 y en este periodo, en las Indias Occidentales e Hispanoamérica, se sucedió una revuelta de esclavos tras otra. La de Turner no tuvo un alcance muy amplio. Era un hombre hábil e inteligente que se inspiró en la Biblia. En febrero de 1831, unos setenta negros, algunos de ellos a caballo, ocuparon un área de unas veinte millas y mataron a unas sesenta mujeres y niños. Al final fueron derrotados por cientos de tropas estatales. Turner fue capturado y ahorcado.

Hasta ahí, más de lo mismo. Pero esta revuelta tuvo un impacto desproporcionado en relación a su tamaño. Aunque hay relatos de complots y conspiraciones de esclavos en todos los estados del Sur durante los siguientes treinta años, no parece que nunca se intentara nada a gran escala. Por otro lado, en la época de la revuelta de Turner los propietarios de esclavos del Sur se dieron cuenta de que el malestar «no se limitaba a los esclavos». A partir de entonces, el miedo a una alianza entre negros y blancos pobres llevó a tratar con gran severidad cualquier oposición a la esclavitud en el Sur, viniera de quien viniera. Se implantó una rígida censura. En los años previos a la Guerra de Secesión, la agitación entre los esclavos se extendió por todo el Sur. Sin embargo, si tuvieron una oportunidad no fue gracias a los blancos pobres del Sur, sino a las necesidades económicas de los blancos del norte.

3

LA GUERRA DE SECESIÓN

Antes de examinar el curso de la emancipación en EE. UU., veamos de qué iban a emanciparse los negros. En 1860, hace poco más de setenta y cinco años, la esclavitud negra estaba todavía muy extendida en el Sur de EE. UU. Ya sabemos cómo era la esclavitud durante el siglo XVIII. Pues en la segunda mitad del siglo XIX no había cambiado mucho.

Este es un caso que parece venir directamente de Santo Domingo, Barbados o la Guayana británica en 1749:

El negro fue atado a un árbol y azotado con varas. Cuando Souther se cansó de azotarlo, llamó a uno de sus negros y este empezó a golpear a Sam. También hizo que una de sus negras ayudase a golpearlo. Y después de los golpes y azotes, aplicó fuego al cuerpo de su esclavo, en la espalda, vientre y partes privadas. A continuación, le hizo lavarse con agua caliente con vainas de pimienta roja. También ató al negro a un tronco y al pie de la cama con cuerdas que le ahogaban y Souther le dio patadas y lo pisoteó. Este tipo de castigo se repitió una y otra vez hasta que el negro murió.

Los relatos de la época hablan de quemaduras, mutilaciones... igual que en las Antillas ciento cincuenta años antes.

No es que los propietarios de esclavos se pasasen todo el día golpeando y torturando a sus esclavos, pero a sus vecinos no les importaba si lo hacían y tampoco le sorprendía a nadie. En este sentido, 1860 era casi igual que 1660. Tanto Gladstone como *The London Times* apoyaron a los propietarios de esclavos contra los nortños en la Guerra de Secesión.

En este mismo periodo y sin ninguna justificación, el Gobernador Eyre de Jamaica autorizó una persecución sangrienta de los negros, que se habían revelado tras grandes provocaciones y se habían comportado con gran moderación. Se trajo a cimarrones para abrirles la cabeza a los niños y destripar a las mujeres embarazadas, mientras que el Preboste Mariscal Ramsay, más civilizado, hacía que sus tropas les disparasen y golpearan hasta que el suelo acababa cubierto de carne y sangre. Mataron a unos 500 negros y azotaron a miles, que recibieron más de doscientos golpes cada uno con un látigo de nueve ramales entre los que había una cuerda de piano. El Reino Unido estaba dividido, Carlyle lideraba la defensa de Eyre, ya jubilado. Relato este incidente, que tuvo lugar justo en la época de la Guerra de Secesión, para tener cierta perspectiva al analizar la crueldad de los estadounidenses hacia sus esclavos.

Es obvio que ni la conciencia humana ni la creciente ilustración iban a abolir la esclavitud negra en América. Si estas fuerzas del corazón de los hombres no habían abolido la esclavitud en doscientos cincuenta años, ¿por qué iban a hacerlo de pronto en 1850?

En primer lugar, como ya hemos visto, el negro no era un animal dócil. Se rebelaba continuamente. Hacia 1850 había cambiado su táctica. Antes del inicio de la Guerra de Secesión, durante más de una generación, los esclavos más atrevidos del Sur buscaban la libertad huyendo al Norte, donde la estructura económica no necesitaba la esclavitud. Dentro del propio Sur, los montañeros de Carolina del Norte, Kentucky y Tennessee tampoco necesitaban esclavos. Formaron sociedades antiesclavistas y había revolucionarios cristianos y liberales que ayudaban a escapar a los esclavos fugitivos. Eran conducidos por varias rutas desde los estados del Sur a los del Norte, donde eran libres. Miles de negros consiguieron así su libertad. La más valiente y famosa de estas guías clandestinas fue una mujer negra, Harriet Tubman. Nacida esclava, consiguió escapar pero, rifle en mano, dedicó su vida a ayudar a otros a alcanzar la libertad por medio del Ferrocarril Clandestino. Los esclavistas del Sur ofrecieron una recompensa de 40 000 dólares por su captura, pero ella regresó una y otra vez al corazón mismo del Sur para conseguir sus objetivos. En todo este movimiento y en su organización no solo participaban esclavos, sino también negros libres. Cuando John Brown hizo su famosa incursión, había negros con él: algunos de ellos perdieron la vida en la lucha y otros, a manos de la ley sureña. La agitación de los abolicionistas, pero también las espectaculares fugas del Ferrocarril Clandestino y la efervescencia de los negros contribuyeron a centrar la atención pública en el tema de la esclavitud. Bastante antes del inicio de la Guerra de Secesión se hicieron evidentes las grandes cuestiones que estaban en juego.

Durante más de medio siglo, el Sur había controlado la legislación federal pero, con la creciente

expansión industrial en el Norte, su dominio se veía amenazado. Tanto el Norte como el Sur se estaban expandiendo hacia el Oeste. ¿Los nuevos estados debían basarse en la esclavitud, como quería el Sur, o en el libre capitalismo, como quería el Norte? No se trataba de una cuestión moral. La victoria en este caso suponía que los vencedores tendrían un mayor control sobre la legislación. En el momento en el que el Norte fue lo suficientemente fuerte, decretó que el territorio esclavista dejaría de expandirse. Lo único que le quedaba al Sur era la guerra. Si el Sur hubiera ganado, su reaccionario método de producción y su atrasada civilización habrían dominado EE. UU. No es de extrañar que Karl Marx considerase la Guerra de Secesión como el acontecimiento más destacado de la época. No le preocupaba la moralidad o inmoralidad de la esclavitud. Lo que veía era la grandiosidad de la civilización que se presentaba con la victoria del Norte. Por consiguiente, aunque la Guerra de Secesión consiguió la abolición de la esclavitud, no se libró por el bien de los esclavos.

Hasta entonces, parecía que la esclavitud de los negros era la base misma del capitalismo estadounidense. La esclavitud hizo que el algodón fuera el rey; el algodón se convirtió en el alimento vital de las industrias británicas, levantó las fábricas de Nueva Inglaterra, lo que explica por qué el Sur recibió el apoyo de los conservadores británicos, e incluso de algunos liberales. Los protagonistas tampoco se hacían ilusiones. Una vez, Lincoln dijo alegremente al público de Massachusetts: «He oído decir que aquí hay abolicionistas. También hay alguno en Illinois y el otro día matamos a uno». Lincoln decía abiertamente que para salvar la Unión liberaría a todos los esclavos, o a algunos, o no liberaría a ninguno.

Lo que realmente vemos aquí no es ese cambio repentino en la conciencia que adoran los historiadores románticos y reaccionarios, sino el clímax de una transformación gradual de la economía mundial. Antes dominaba la propiedad terrateniente, pero la Revolución francesa marcó el principio de la dominación social y política de la burguesía industrial. Comenzó con la Revolución francesa, en el Reino Unido sus fechas más destacadas son la Ley de reforma de 1832 y la derogación de las Leyes de los cereales [Corn Laws] en 1846, y alcanzó su punto álgido con la Guerra de Secesión en EE. UU. El proceso se desarrolló de forma ciega e irracional. En territorios como Santo Domingo o más tarde Brasil, donde la tierra, nueva y rica, pedía a gritos ser cultivada, los esclavos siguieron siendo rentables durante años. Pero hoy sabemos que en cuanto el capitalismo empezó a deshacerse de los grilletes feudales, la esclavitud quedó sentenciada. Los millones de esclavos eran ignorantes y atrasados y la productividad de su trabajo, muy baja. El consumo potencial que harían como hombres libres suponía una ampliación del mercado. Por consiguiente, la revolución de Santo Domingo, la abolición del comercio de esclavos en 1807, la emancipación de los esclavos en 1833 y la emancipación durante la Guerra de Secesión fueron pasos en un proceso histórico único. Por confusas, deshonestas, egoístas, idealistas o sinceras que fueran las opiniones de los abolicionistas, en realidad eran, en última instancia, agentes de las necesidades económicas de una nueva era, traducidas en términos sociales, políticos e incluso religiosos.

Lincoln mantuvo la misma actitud durante mucho tiempo. Fue la presión de la guerra lo que le obligó a aceptar la emancipación. El Sur utilizaba a negros para

construir fortificaciones, carreteras y demás: era la mano de obra determinante para sus ejércitos. Aunque al principio temía que una revuelta de esclavos debilitase su posición política en el Norte, Lincoln se dio cuenta de la necesidad de utilizar a los esclavos por lo menos como mano de obra. Los refugiados acudieron a los ejércitos del Norte y Lincoln intentó que algunos de ellos fueran enviados a África, Haití y otros territorios fuera de EE. UU. En ese momento, aún barajaba un plan de abolición gradual basado en indemnizaciones.

Pero los refugiados negros se convirtieron en capaces operarios, mecánicos y trabajadores del ejército. Eran aplicados y leales. El Sur estaba resultando más difícil de conquistar de lo que esperaban en un principio e iban a necesitar soldados negros. En 1862, el Congreso declaró que a partir del 1 de enero de 1863 todos los esclavos en áreas en rebelión pasaban a ser libres. Los generales de la Unión instaban a Lincoln a alistar negros y uno de ellos dio el paso por iniciativa propia. Los confederados formaron cuerpos de negros libres que luchaban en su ejército. Finalmente, fueron los propios acontecimientos los que acabaron con las objeciones de Lincoln. Antes de que acabara el año 1865 había en el campo de batalla cuatro regimientos negros y al final de la guerra, tres años más tarde, se habían alistado 178 875 negros en el ejército de la Unión. Hubo 75 nombramientos, pero normalmente los negros eran capitaneados por hombres blancos. Eran discriminados, no se les consideraba iguales a los blancos. Dos regimientos se negaron a aceptar su paga hasta que se igualase a la de los hombres blancos y un sargento fue llevado a un consejo de guerra y fusilado porque había hecho que su compañía apilara las armas ante el barracón del capitán como protesta contra

la discriminación. Las tropas blancas solían utilizarlos para los trabajos más duros. Este trato injusto afectó a la motivación de los negros, que a menudo eran hoscos e irrespetuosos. Pero nunca se puso en duda su calidad militar. Derrotaron a algunas de las mejores tropas del Sur, a hombres que habían sido sus dueños. El cirujano Seth Rogers decía que nunca había habido hombres más valientes que sus soldados y el coronel T.W. Higginson afirmaba que «habría sido una locura intentar hacer con las tropas blancas más valientes lo mismo que había conseguido con las negras»: y es que las tropas blancas no luchaban por su libertad. No obstante, por muy valientes que fueran los negros, no eran ingenuos, en absoluto. «Se enfrentaban a la muerte con frialdad, con valentía; no se exponían precipitadamente, eran fieles y obedecían las órdenes». El propio Lincoln admitía que sin la ayuda de los negros, el Norte podría haber perdido la guerra. Sus palabras son más acertadas de lo que él mismo pensaba. Los estudios negros en EE. UU. han realizado investigaciones que muestran que tanto los soldados negros como los negros que se quedaron en el Sur tuvieron un papel determinante en el resultado de la contienda. En los primeros años de la guerra, los negros del Sur se pusieron del lado de sus amos. Los conocían, pero no conocían a los norteamericanos y, dado que ambos estaban a favor de mantener la esclavitud, las diferencias entre ellos no tenían importancia. Pero cuando se proclamó la emancipación, la noticia se extendió y se afirma que tuvo lugar una especie de huelga general, un inmenso sabotaje, que contribuyó a la caída de los confederados. La esclavitud es degradante pero, bajo la conmoción de grandes acontecimientos, como una revolución, los que han sido esclavos durante siglos pueden comportarse

con la misma valentía y disciplina que los hombres que llevan mil años siendo libres.

Los negros estadounidenses le deben mucho más a los conflictos políticos entre el Norte y el Sur de EE. UU. que los negros de Santo Domingo a la Revolución francesa. Eran solo cuatro millones, una minoría, incluso en el Sur. Estaban irremediabilmente ligados a EE. UU. ¿Qué iba a ser de ellos?

Los negros sabían lo que querían (la tierra) y si hubieran podido tomarla por la fuerza o si los capitalistas del Norte hubieran sido listos y se la hubiesen dado, se habrían abierto posibilidades infinitas tanto para los negros como para el capitalismo estadounidense. La revolución burguesa contra el feudalismo solo se acaba económicamente cuando los campesinos tienen la tierra. Así fue en Francia en 1789 y en Rusia en 1917. Hoy en día, los campesinos están más alerta políticamente que nunca.

Los negros intentaron quedarse la tierra. Lucharon con una confianza instintiva en que iba a ser suya, hasta el punto de que gran parte de la desidia y el descontento que hubo en ciertas zonas tras la Guerra de Secesión se debe al hecho de que no consiguieron lo que esperaban. En ciertas zonas, de hecho, ocuparon la tierra y se negaron a devolverla. Los soldados negros y la milicia habían sido entrenados en las armas, ellos y sus aliados consiguieron grandes cantidades de munición y hacia el final de 1865 el Sur vivía aterrorizado por una insurrección de los esclavos. En realidad, lo que proponían era no devolver las propiedades confiscadas y dividir las en parcelas de cuarenta acres que se repartirían entre los hombres liberados. El resto se vendería para financiar la deuda nacional y cada parcela recibiría cincuenta dólares para ponerse en marcha.

Aunque estas propuestas son revolucionarias, no afectaban al noventa por ciento de la población del Sur. Aún así, el Congreso, que estaba muy ocupado expropiando a los granjeros del Oeste e incluso del Sur para beneficio de las compañías mineras y ferroviarias, no estaba dispuesto a tocar las propiedades del Sur para beneficio de los negros. De haberlo hecho, se habría creado un cuerpo de propietarios campesinos entre los que habría sido relativamente fácil aplicar modelos cooperativistas, habría supuesto una gran extensión del «mercado» interno y la cuestión negra nunca habría llegado a ser el problema que es en la actualidad en EE. UU. Es una revolución que se habría podido llevar a cabo fácilmente nada más acabar la Guerra de Secesión. Los sureños estaban demasiado acobardados para oponerse, los esfuerzos aislados de los negros solo necesitaban coordinación. ¿Por qué se dejó pasar esta oportunidad? Primero, porque en una revolución son los campesinos los que tienen que apoderarse de la tierra. Los jacobinos, en 1793, fueron los únicos en ratificar la apropiación en Francia. El gobierno de Kerensky en Rusia solo llegó a una elaborada ley de tierras y los campesinos tuvieron que esperar a los bolcheviques para legalizar la apropiación. Solo una revolución liderada por los pobres habría tendido la mano a los negros y habría hecho causa común entre sus objetivos y la tierra para los negros. La revolución estadounidense no fue así. En cambio, lo que hizo la burguesía estadounidense dominante es tan revelador de la verdadera naturaleza del prejuicio racial estadounidense como el comportamiento de los blancos de Santo Domingo durante la revolución negra. La guerra había dividido a la burguesía del Norte en, por un lado, los pequeños hombres y, por otro, los banqueros,

los magnates del hierro y el acero y los ferrocarriles, vinculados a grandes corporaciones. El capitalismo monopolista ya estaba en marcha. Pero era aún pequeño. En un país nuevo, el control de la propaganda y de los órganos publicitarios no aseguraba el control de las elecciones. Los pequeños capitalistas superaban en número a los grandes capitalistas y podían conseguir el control del gobierno. En un texto de abril de 1938 publicado en el *American Mercury*, un sureño muestra que la imagen de enormes latifundios patriarcales del Sur es una leyenda sin fundamento. La mayor parte de los dueños de esclavos del Sur eran agricultores a una escala no muy grande. También en el Sur se estaba desarrollando una pequeña clase capitalista. Una alianza entre esta y sus compañeros del Norte habría sido fatal para los monopolistas. Por eso mismo, los grandes burgueses excluyeron de forma ilegal a los representantes de los estados del Sur en la legislatura, aprobaron leyes que aseguraban su predominio y otorgaron el voto a los negros para usarlo contra sus rivales blancos del Sur. Entonces enviaron agentes especiales, los oportunistas conocidos como *carpetbagger*,⁵⁸ para hacerse pasar por amigos de los negros y manipularlos para que votasen a su favor.

El Norte no permitió que los prejuicios raciales contra los negros entorpecieran la consecución de sus deseos, aceptó el hecho de que eran necesarios para mantener el control del Sur y cooperó políticamente con ellos. A los estados del Sur se les ofreció la posibilidad de elegir entre un gobierno militar o el sufragio universal «que no tuviera en cuenta el color, la raza ni

58 Nombre peyorativo que reciben los norteamericanos que se mudaron al Sur tras la Guerra de Secesión para aprovecharse de la situación y hacer fortuna. Se les llama así porque transportaban todas sus pertenencias en bolsas hechas con alfombras [N. de la T.]

la condición previa de servidumbre». Algunos estados aceptaron al votante negro, otros no, como Virginia, Georgia y Texas. Entre 1868 y 1872 algunos estados fueron gobernados por blancos y negros, muchos de ellos esclavos recién emancipados.

La idea de que hubo un dominio negro es completamente falsa. Solo veintitrés negros llegaron al Congreso entre 1868 y 1895. Muchos de los funcionarios estatales negros eran analfabetos; en algunas legislaturas estatales más de la mitad de los miembros apenas podía leer y escribir. Pero también había entre ellos hombres muy aptos. No hay pruebas que demuestren que eran más corruptos o codiciosos de lo habitual. Los norteños que llegaron a estos gobiernos del Sur y los saquearon fueron importantes fuentes de corrupción. Los funcionarios negros se pusieron, como es lógico, del lado de los norteños contra sus antiguos amos. Cuando unos años más tarde, los estados del Sur volvieron a control sureño, se encontraron desajustes en casi todos los estados en los que los fondos eran controlados por funcionarios blancos. Pero es algo que nunca se denunció. Una generación más tarde, EE. UU. ya estaría en manos del capitalismo monopolista: el Norte abandonó a los negros a su suerte y el Sur se volvió en su contra. Sin tierras, sin sus antiguos colaboradores del Norte, fueron condenados de nuevo a una existencia parecida a la esclavitud.

Sin embargo, a pesar de su inevitable ignorancia y atraso, los pocos años en los que los negros formaron parte del gobierno de ciertos estados del Sur suponen un punto culminante en la legislación progresista sureña. Apenas se habla de las cosas que ayudaron a hacer. «Respetaron la Constitución y anularon los bonos de estados, condados y ciudades emitidos para mantener

la Guerra de Rebelión y los ejércitos en el campo de batalla contra la Unión. Establecieron un sistema de escuelas públicas cuando aún eran algo desconocido. Abrieron las urnas y las tribunas de los jurados a miles de hombres blancos que habían sido excluidos por no tener posesiones. Introdujeron la autonomía en el Sur. Prohibieron los postes de flagelación, el hierro de marcar, el cepo y otras formas bárbaras de castigo que, hasta entonces, eran habituales. Redujeron los delitos capitales de veinte a dos o tres. En una época de derroches, derrocharon en las sumas dedicadas a obras públicas. En todo ese tiempo no se violaron los derechos humanos de nadie mediante leyes. La vida, casa, hogar y negocios de todos los demócratas estaban a salvo. Nadie obstaculizaba el camino de un hombre blanco hacia las urnas, interfería con su libertad, ni le boicoteaba por sus creencias políticas». Fue la política de un pueblo pobre y atrasado que buscaba establecer una comunidad en la que todos, blancos y negros, pudieran vivir en armonía y libertad. Es algo que debe ser recordado.

4

REVUELTAS EN ÁFRICA

En África, durante cuatro siglos, los africanos sufrieron las incursiones de los traficantes de esclavos y la consiguiente alteración de la civilización africana. EE. UU. continuó con el comercio de esclavos hasta el final de la Guerra de Secesión, pero mientras que en el año 1789 solo Santo Domingo recibió 40 000 esclavos, en todo el periodo de 1808 a 1860 los estados del Sur apenas recibieron 200 000. Otras naciones de Europa y los árabes en el Este también mantuvieron el comercio. Sin embargo, había pocas verdaderas colonias en África. Por supuesto, estaba la Colonia del Cabo y los distritos de alrededor, y las colonias del África Occidental que eran en el fondo poco más que estaciones comerciales. A mediados del siglo XIX, Disraeli se refirió a las colonias como malditas piedras de molino colocadas alrededor del cuello del pueblo británico. Como ya hemos mencionado, es poco probable que más de una décima parte del territorio africano estuviera en manos europeas. Pero en la década de 1880 comenzó una intensa rivalidad entre los imperios europeos por las

colonias, como fuentes de materias primas, mercados y zonas de influencia. Al acabar el siglo XIX, menos de una décima parte del territorio africano seguía en manos de los africanos. Este vertiginoso cambio no podía sino generar una serie de revueltas que nunca han cesado.

Antes de analizar las revueltas en sí, es necesario considerar brevemente contra qué se rebelan los negros. A grandes rasgos, hay dos tipos de colonización europea: el primero (como en Sudáfrica, las dos Rodesias y Kenia), donde los europeos se pueden asentar; el segundo (como en las colonias británicas de África Occidental), donde los europeos son sobre todo funcionarios y comerciantes, no consideran la colonia su hogar y no se asientan en grandes números.

En zonas como la Unión Sudafricana, las Rodesias y Kenia, los colonos blancos tienen que obligar al nativo a abandonar su trabajo e intereses propios para que trabaje para ellos en las minas o en las plantaciones. Su método consistía en gravarle con un impuesto al sufragio. El negro, que quizá se encuentra a gusto en su situación, tiene que conseguir dinero para pagar los impuestos, por lo que tiene que buscar trabajo con los amos europeos, en las condiciones que estos decidan establecer. De ahí los salarios de cuatro peniques al día en Kenia y 15 chelines al mes en las minas de cobre de Rodesia. Los europeos, además, se quedan con las mejores tierras y hacinan a los nativos en zonas que son difíciles de cultivar y demasiado pequeñas para cubrir sus necesidades elementales. Por ejemplo, en la Unión Sudafricana unos dos millones de blancos poseen un ochenta por ciento de la tierra, mientras que más de seis millones de nativos solo poseen el diez por ciento. El resto es tierra de la Corona, es decir, a disposición del

gobierno blanco. Obviamente, estas condiciones solo se pueden mantener por medio de un régimen social y político basado en el terror.

Los nativos están obligados a llevar pases que tienen que enseñar cuando se les pida: un pase para salir más tarde de las nueve, un carné para demostrar que han pagado sus impuestos, un carné de su empleador, huellas dactilares para su identificación; en la Unión Sudafricana un negro puede tener que llevar consigo hasta doce carnés diferentes. Un negro que tiene una profesión puede recibir un carné de exención, que le exime de llevar todos los demás. Pero cualquier policía nativo puede pedir que se lo enseñe y detenerle en el acto si no lo hace. A los negros, sea cual sea su estatus, sea cual sea su apariencia, se les prohíbe acudir a los espacios públicos de comercio y entretenimiento frecuentados por los blancos. En lugares como las oficinas de correos hay dos mostradores, uno para blancos y uno para negros.

¿Qué recibe el nativo a cambio? Tras cuatrocientos años de ocupación europea, en Sudáfrica no hay ni media docena de médicos nativos. Más de tres cuartas partes de la población nativa carece casi totalmente de educación y la educación que recibe el resto, como se admite oficialmente, es de la más baja calidad. No ha habido un progreso político gradual, aunque fuese lento; al contrario, hace poco los nativos del Cabo han sido privados del derecho a voto, un vestigio de épocas más liberales. Incluso se les prohíbe por ley convertirse en trabajadores cualificados: la legislación más tiránica y desmoralizadora que se ha aprobado en el mundo en los últimos cien años.

En las minas reciben una octava parte del salario de un minero blanco. Tanto en territorios antiguos,

como la Unión Sudafricana, como en zonas más modernas, como Rodesia y Kenia, el método es exactamente el mismo, con pequeñas variaciones locales. Los políticos británicos hablan de administración fiduciaria, pero los líderes blancos de Sudáfrica y los funcionarios blancos de Rodesia y Kenia declaran periódicamente y de forma inequívoca que África se administra para beneficio de los blancos y los negros deben conocer su lugar y respetarlo.

En África Occidental la situación es algo diferente. Allí, en grandes áreas, los negros tienen garantizada su tierra por ley, una ley de una época en la que parecía poco probable que los europeos llegasen a necesitar la tierra. Por supuesto, el capital europeo domina, pero la discriminación racial no es ni de lejos tan intensa como en África del Sur y del Este y el conflicto entre los negros y sus gobernantes es estrictamente económico y político, a diferencia del Cabo o Kenia.

El África Ecuatorial Francesa y el Congo belga son dos zonas en cierta medida diferentes de las descritas previamente. En una colonia francesa, un negro que por educación o servicio militar se convierte en ciudadano francés recibe todos los privilegios y se rige por las mismas leyes que se aplican a los hombres blancos. Puede llegar a ser un alto funcionario del gobierno o un general del ejército francés. Durante la guerra, el Jefe de Estado Mayor de Petain en Verdún era negro. El Comandante Avenol, que estuvo a cargo de la defensa aérea de París entre 1914 y 1918 con diez mil hombres a su cargo, entre ellos pilotos británicos y estadounidenses blancos, era un negro de Martinica. En la actualidad, el Gobernador de Guadalupe es un hombre negro. Es cierto que estos hombres provienen de las antiguas colonias de las Antillas, pero también hay africanos en el

gobierno y se acepta que pueden ser promocionados prácticamente igual que los blancos. Ha habido diputados negros que han llegado a formar parte del consejo de ministros. Después de la guerra, los franceses lanzaron una seria advertencia a los estadounidenses que intentaban reproducir en París los prejuicios raciales de su país y es destacable que estos estadounidenses que no podían tolerar ver a un negro en un restaurante estadounidense han tenido que aprender a aceptarlo a él y a sus amigas blancas en sus bares, ya que Briand les dejó claro que se los cerraría si no lo hacían. Este es un rasgo valioso de la civilización francesa y elimina muchas de las falsas ideas, cuidadosamente alimentadas en EE. UU. y el Reino Unido, sobre la incapacidad de los negros y la incompatibilidad racial. No obstante, el imperialismo no deja de ser imperialismo. Durante los últimos veinte años, la población del Congo francés se ha reducido en más de seis millones y los franceses tienen un historial tan negro en África como cualquier otra nación imperialista.

En el Congo belga, los negros tienen ciertos privilegios; por ejemplo, pueden ocupar puestos importantes en el ferrocarril, algo prohibido en Sudáfrica. Por tanto, hay negros que conducen trenes hasta las fronteras de las colonias belgas para que sudafricanos blancos se hagan cargo desde allí. Pero la actitud belga es menos liberal que la francesa. Ningún africano que haya pasado más de seis meses en el extranjero puede regresar al Congo y la dureza de las regulaciones de trabajos forzados es tal que, cuando la compañía propietaria de las plantaciones de azúcar de Moabeke construyó un ferrocarril, casi todos los hombres del distrito murieron trabajando. Esto no es en absoluto algo excepcional. Los franceses y los belgas tienen

una terrible reputación en el Congo por su crueldad premeditada. Igual que en la época de la esclavitud en las colonias antillanas, las naciones colonizadoras europeas afirman ser superiores a las demás. Pero la situación de un africano de Eritrea bajo el fascismo italiano no es peor que la de un africano del Congo con la Bélgica democrática o la de un minero del cobre en Rodesia.

Las «viejas» colonias

Comencemos por las revueltas en una de las colonias más antiguas de la costa occidental: Sierra Leona. Los negros de la colonia actual son de los más avanzados en términos de educación y deberían compararse con los de las Antillas y no con los de África Central u Oriental. Por ejemplo, la capital, Freetown, era hasta hace poco un municipio. Sin embargo, el interior es un protectorado en el que los africanos menos desarrollados son gobernados por gobierno indirecto.

A finales del siglo XIX había dos comunidades negras: por un lado, los nativos del interior y, por otro, una que contaba con prensa propia, abogados, médicos y otros intelectuales; la vieja y la nueva África. Estas dos comunidades estaban divididas. Aquellos que llevaban generaciones recibiendo educación británica pensaban de forma parecida a la mayoría de los negros de las Antillas: consideraban que las tribus africanas eran bárbaras e incivilizadas. Las tribus africanas, a su vez, consideraban que estos negros europeizados eran negros blancos. En 1898 estalló una revuelta en el protectorado. Los nativos estaban molestos por el pago de impuestos y los mendi, una famosa tribu guerrera, sentían un agravio especial. Se oponían a los castigos corporales hasta tal punto que se negaban a mandar

a sus hijos a las escuelas de los misioneros porque a veces les pegaban. Las tribus aniquilaron por completo a algunos batallones de negros antillanos que enviaron a luchar contra ellos y los negros que estaban en Sierra Leona en esa época afirman que algunos batallones de blancos también fueron destruidos por completo. Las grandes masacres de soldados gubernamentales tuvieron lugar en Sherbro y Mofeno. Por supuesto, al final la revuelta fue sofocada y muchos cientos de nativos, asesinados. Los insurgentes mataron a soldados blancos y negros y a todos los misioneros que encontraron, pero también a algunos de los negros europeizados. Les consideraban miembros de un grupo explotador y arrogante. La guerra, sin embargo, supuso el inicio de un cambio.

El conflicto entre capital y trabajo se ve intensificado por el hecho de que el capital suele ser blanco y la fuerza de trabajo, negra. Y eso en un continente en el que los blancos siempre han intentado justificar su explotación económica y sus privilegios sociales por la simple diferencia de color. El conflicto de clases, ya encarnizado en países con una población de color homogéneo, es aún más intenso en África, ya que se ve reforzado por el desarrollo del nacionalismo entre la intelectualidad de posguerra. Esa minoría políticamente consciente cada vez ve con más claridad que su futuro está con los africanos en desarrollo y no con los comerciantes europeos. Además, se trata de africanos en África, y no de descendientes de africanos, como ocurre en las Antillas. Por todo esto, se aprecia una creciente solidaridad entre los negros que trabajan en la colonia y los africanos del protectorado, más ignorantes. Según los políticos negros de la colonia, el malestar de 1898 surgió a raíz de una campaña blanca destinada

a dividir a estos dos potenciales aliados, que tienen en común el hecho de ser negros en un continente donde ser negro equivale a ser inferior. Este es el contexto en el que debemos analizar los movimientos recientes de Sierra Leona y Gambia.

En 1919 hubo una huelga ferroviaria en Sierra Leona. Los trabajadores ferroviarios intentaron que se les unieran otros trabajadores y se unieron más de 2000 policías para pedir un salario más alto. En 1926, hubo otra huelga ferroviaria y los trabajadores volvieron a intentar que fuese una huelga general y la policía se pusiera de su parte. Los huelguistas dieron muestras de una militancia extraordinaria. Quitaron los raíles delante del tren del director. Lo atacaron con palos. Quitaron o aflojaron las vías en las curvas y cuestas y al llegar a los puentes, derribaron los postes del telégrafo y cortaron los cables para impedir la comunicación con el protectorado. En palabras del Gobernador, «fue una revuelta de los siervos contra el Estado». El municipio apoyó la huelga y la prensa nativa hablaba de rebelión, lo que llevó al Gobernador a reprimirla. Hay una división muy marcada entre los trabajadores africanos y los empresarios de la industria, en su mayoría blancos.

En Gambia, una colonia que se suele agrupar con Sierra Leona, los marineros están organizados y en 1929 una huelga de marineros duró cuarenta días y acabó convirtiéndose en una huelga general. Al mismo tiempo, los campesinos, indignados por los bajos precios que se pagaban por sus productos, también se movilizaron. Se disparó contra ellos y casi cincuenta resultaron heridos. Después de tres semanas de huelga general, el Secretario Colonial envió una carta al sindicato solicitando un arbitraje. Finalmente el gobierno y los empresarios se unieron para acabar con la huelga.

No fue una revuelta pero es una muestra de la capacidad de acción organizada que se ha desarrollado en estas viejas colonias. Un estallido que tuvo lugar en Sierra Leona en febrero de 1931 muestra la posibilidad de que en el futuro haya revueltas mucho más peligrosas que las que ha habido hasta ahora. Cientos de negros del protectorado, dirigidos por un batallón armado de cincuenta hombres, invadieron el distrito de Kambia. Su líder era Hahilara, un negro musulmán que había convertido a miles de nativos al Islam, que él asociaba con el antiimperialismo. Hahilara exhortó a los campesinos a negarse a pagar impuestos y a expulsar a los funcionarios británicos. Exigía que todas las tierras de la Corona que hubiese en el protectorado fuesen confiscadas y repartidas entre los campesinos sin tierra. Era una revolución social. La insurrección de Hahilara recibió un amplio apoyo. El gobierno intentó arrestarlo pero los negros amenazaron con matar a todos los europeos que entrasen en su territorio. Los soldados del gobierno invadieron el territorio y Hahilara fue derrotado y asesinado. Pero también murió el capitán H. J. Holmes, el oficial al mando de las tropas británicas. Prendieron fuego a cientos de cabañas de los nativos y el levantamiento fue reprimido.

No obstante, puede que la característica más significativa de la revuelta fuese la actitud de la prensa negra de la colonia, que destacó las quejas de los insurgentes del protectorado. Los intelectuales de Sierra Leona sentían simpatía por los nativos y los trabajadores de Sierra Leona se mostraron solidarios con los miembros de las tribus. Si en algún momento hubiera un movimiento de los negros educados y organizados de la colonia junto a una revuelta campesina en el protectorado, sería difícil impedir que los negros de Sierra

Leona y Gambia tomaran control de la colonia. El que fuesen o no capaces de mantener dicho control dependería ya de acontecimientos en otras instancias más amplias.

En Nigeria, una colonia que por su estructura social es similar a Sierra Leona o Gambia, la crisis iniciada en 1929 provocó una extraordinaria revuelta de mujeres en la que murieron más de cincuenta de ellas y otras tantas resultaron heridas. La caída de los precios de los productos agrícolas puso en dificultades las finanzas de la colonia y el gobierno intentó compensar sus ingresos mediante un aumento de los impuestos directos. El sistema de gobierno indirecto funciona principalmente a través de jefes, muchos de los cuales son meros instrumentos del Gobierno británico. Los jefes recibieron instrucciones de aplicar un impuesto a las mujeres, lo que hizo que estallara el descontento latente. Miles de mujeres organizaron manifestaciones de protesta contra el gobierno y sus jefes en Aba, la capital de la provincia oriental, y las mujeres que vendían en el mercado, ante la posibilidad de un impuesto que acabaría con sus exiguas ganancias, organizaron una revuelta. Según han informado algunos nigerianos al autor de esta obra, los acontecimientos que realmente tuvieron lugar en Aba no aparecen en los informes oficiales. Las mujeres ocuparon los edificios públicos durante días. Las sirvientas se negaron a cocinar para sus amos blancos y algunas de ellas intentaron llevar a la fuerza a las mujeres europeas a los mercados, para que viesen cómo era su trabajo. Estas se salvaron huyendo precipitadamente, algunas solo con lo que llevaban puesto. Un destacamento de soldados reprimió la revuelta, disparando a las mujeres negras que intentaban cruzar el río. Se proclamó la ley marcial y el

Gobernador convocó a los editores africanos de Lagos y les amenazó con la cárcel si publicaban noticias de lo que estaba ocurriendo en Aba. Por ello, la evidencia escrita se limita a los informes oficiales. Se formó un comité local de investigación que escribió un informe aprobado por el consejo legislativo. El señor Drummond Shiels, Subsecretario de Estado para las Colonias, respondió a una pregunta de la Cámara de los Comunes diciendo que «el Ministerio de las Colonias estaba satisfecho con la actuación de los oficiales por el bien del país». Pero la publicación de este informe fue el detonante de una amplia movilización en toda la colonia. Hubo reuniones multitudinarias que lo denunciaron. Los trabajadores amenazaron con no pagar impuestos; se exigió una nueva comisión y la reparación de sus agravios económicos y políticos. El gobierno se vio obligado a nombrar otra comisión. Los negros amenazaron con boicotearla a menos de que hubiera africanos en ella y al gobierno no le quedó más remedio que incluir a dos. Esta comisión admitió que había habido agravios económicos y sugirió medidas de compensación. Sin atender a sus consejos, el Gobernador impuso a la ciudad de Aba una multa de 850 libras. El resentimiento suscitado por esta medida fue tal que los funcionarios políticos apelaron al Gobernador para que retirara la multa y, una vez más, el Gobernador tuvo que capitular.

La fuerza de este movimiento sorprendió a los europeos. Sir Frank Baddeley, Secretario Colonial en Nigeria, pensaba que la revuelta era obra de agentes de Moscú. El corresponsal de *The Times*, en cambio, ofrecía una estimación más realista:

Se trata de un conflicto de una naturaleza y extensión sin precedentes en Nigeria. En un país donde las mujeres han estado durante siglos sometidas al hombre, se ha producido un

movimiento de mujeres, organizado, desarrollado y ejecutado por mujeres, sin que se lo mandasen sus hombres y sin su ayuda, aunque probablemente contaran con su simpatía tácita.

Revueeltas religiosas en las nuevas colonias

En Sierra Leona y Gambia se aprecian dos tipos de levantamientos: los negros de los protectorados se ven empujados a la acción en términos de revolución social, mientras que los de las ciudades, al igual que la mayor parte de los trabajadores en Europa y EE. UU., quieren reparar injusticias concretas, independientemente de lo violentos que sean sus métodos. Los sindicatos, los municipios, la prensa africana le dan al movimiento una fuerza organizada, pero inevitablemente lo vuelven más conservador.

En África Central y Oriental, territorios más primitivos, ha habido durante los últimos treinta años una serie de levantamientos de otro tipo. En los años previos a la guerra, las tribus se lanzaban contra las tropas gubernamentales y sufrían una inevitable derrota. No podían seguir así. Era evidentemente suicida. Sin embargo, en 1915 surge un nuevo tipo de levantamiento que no es liderado por un jefe tribal, sino por un negro con cierta educación. La educación que recibe un africano es casi siempre religiosa, por lo que el líder suele describir la insurrección en términos religiosos.

El levantamiento Chilembwe de Nyasalandia en 1915 era así. Los primeros europeos en llegar a Nyasalandia fueron misioneros enviados por la Iglesia de Escocia. Poco tiempo después, muchos de ellos abandonaron la misión y se fueron a las tierras que compraron a los jefes nativos. Establecieron plantaciones de café y convirtieron a los nativos en cristianos y en mano de obra barata. En el año 1915, estas plantaciones estaban

en manos de juntas cuyo único objetivo era obtener el máximo beneficio. Estas plantaciones ocupaban un área de 300 millas cuadradas, empleaban a decenas de miles de negros y no se permitía que hubiera en ellas escuelas, hospitales ni misiones.

Un negro, llamado John Chilembwe, fue enviado a EE. UU. por una pequeña misión cercana. Después de recibir una buena educación, volvió a su tierra natal. Como no consiguió trabajo en ninguna misión, construyó su propia iglesia con dinero recaudado entre sus compañeros negros. La mayor parte de los blancos en África odian a los africanos educados que visten con ropas europeas. El trato que él mismo recibía por parte de los terratenientes y misioneros blancos, así como sus lecturas de la Biblia, especialmente la historia de la lucha nacional de los judíos en el Antiguo Testamento, sirvieron de inspiración a Chilembwe para liderar una revuelta contra los opresores europeos («los filisteos»).

La revuelta fue apoyada sobre todo por los trabajadores de la plantación y, siguiendo el plan, mataron a los cinco jefes europeos de la misma. En cambio, trataron a sus mujeres e hijos con gran amabilidad. Los negros se gastaron su propio dinero para comprar huevos y leche para los niños blancos y colocaron hojas de banano sobre sus cabezas para protegerlos del sol en su traslado desde la plantación.

Los demás europeos, que temían por sus vidas, huyeron a campamentos militares. Pero Chilembwe no llegó muy lejos. Estaba terminando de predicar en su iglesia, con la cabeza del administrador de la plantación sobre el púlpito, cuando aparecieron policías y soldados blancos. Los rebeldes se refugiaron en la selva, pero fueron perseguidos brutalmente. De los capturados vivos, unos veinte fueron ahorcados y el

resto, condenados a cadena perpetua. El propio Chilembwe, viejo y casi ciego, fue abatido entre las hierbas igual que los demás líderes.

Seis años más tarde, en 1921, tuvo lugar en el Congo belga la más importante de las revueltas de tipo religioso, que sacudió a toda la colonia. Su líder era Simon Kimbangu, un carpintero convertido al cristianismo. En la primavera de 1921 tuvo un sueño en el que se le ordenaba que saliera a curar a los enfermos. Rápidamente, la influencia de Kimbangu creció entre los conversos cristianos nativos. Animó a los nativos a abandonar las iglesias de las misiones, controladas por sus amos europeos, y a establecer su propia organización eclesiástica independiente bajo su supervisión. Para cualquier africano, un movimiento de este tipo es un paso instintivo hacia la independencia y una forma de alejarse del continuo control europeo. Los negros acudieron en masa a Kimbangu, sobre todo de las misiones protestantes, pero también de alguna católica. Afirmaban estar cansados de darles dinero a las iglesias europeas.

En un principio el gobierno observó el movimiento con inquietud, pero con tolerancia. Sin embargo, pronto vieron que las políticas del Profeta eran perjudiciales para los intereses europeos porque los nativos se marchaban de las plantaciones a escuchar al Profeta, igual que un siglo antes los esclavos negros de las Antillas habían utilizado la religión y las reuniones religiosas como excusa para salir de las plantaciones en cualquier momento y sin necesidad de permiso. El número de negros que seguía a Kimbangu era tal que la industria se vio afectada. Las plantaciones fundamentales, de las que dependía el gobierno para alimentar a los empleados nativos en los servicios

públicos, quedaron desiertas. Se temía que los nativos intentaran apoderarse del ferrocarril del bajo Congo, indispensable para la colonia. El hecho de que establecieran el miércoles como día de descanso, en lugar del domingo, creó aún más trastornos. Y, peor aún, como en todos los movimientos religiosos surgieron «profetas» menores a la estela del maestro, que pretendían hacer milagros y eran más extremistas que el propio Profeta. Sus sermones eran cada vez más antieuropeos. Algunos nativos ricos de Kinshasa dieron apoyo financiero e ideológico al movimiento. Estudiantes nativos de las colonias británicas y francesas también se unieron y difundieron las doctrinas radicales entre la población. El movimiento suponía tal amenaza que en junio de 1921 el gobierno belga ordenó la detención de Kimbangu.

Como un verdadero profeta, Kimbangu consiguió escapar, lo que sirvió para reforzar su influencia sobre la población. Se quedó en una aldea a la que acudieron miles de seguidores y allí siguió en libertad hasta septiembre: una prueba sorprendente de su gran influencia y de la fuerza y la solidaridad de su organización.

Finalmente fue juzgado en octubre por un consejo de guerra. Se consideró que la organización de Kimbangu tenía como objetivo derrocar el régimen belga y que la religión era solo una forma de atraer a la población. Kimbangu fue condenado a muerte, sus lugartenientes, a penas de prisión que iban de un año a cadena perpetua y una chica, Mandobe, conocida como la mujer más revolucionaria del Congo, fue condenada a dos años. Los negros reaccionaron con gran violencia. Inmediatamente estallaron huelgas en todas partes, hasta el punto de que los comerciantes

Europeos de Thysville le pidieron al rey que Kimbangu fuera ejecutado públicamente. Los africanos amenazaron con masacrar a todos los blancos tras la muerte de Kimbangu y al final el gobierno conmutó su pena por cadena perpetua y deportó a muchos de los líderes menores. El movimiento fue aplastado pero los nativos siguen esperando la reaparición de su «Mesías» y, con él, la expulsión de los europeos de su país.

Este es un buen lugar para tratar también la revuelta de los africanos de Kenia liderados por Harry Thuku. Harry Thuku, descrito oficialmente como un hombre de carácter fuerte, era muy joven, tenía poco más de veinte años. Era un funcionario de poca monta y, por tanto, no había recibido mucha educación. Él no hacía campaña en nombre de Dios. Protestaba contra los altos impuestos, los trabajos forzados y otras injusticias. Su discurso llegó hasta la aldea más remota y, como suele ocurrir en una colonia africana, debido a la situación que se vive allí, cualquier líder fuerte consigue un apoyo inmediato. El movimiento Thuku se extendió con gran rapidez. Se estima que en un encuentro en Nairobi se inscribieron más de 20 000 trabajadores.

Un movimiento de estas características era demasiado peligroso para ser tolerado, por lo que el Gobernador ordenó para sofocarlo la movilización del regimiento nativo, conocido como *King's African Rifles* (los rifles africanos del Rey).

Además de utilizar la fuerza, el gobierno recurrió a artimañas. Convenció a los jefes de firmar una proclama en la que se pedía a la población que volviera al trabajo y al gobierno, que redujese los impuestos y subiera los salarios. Esto abrió una brecha en la organización de Thuku. Los más temerosos aceptaron estas promesas, el movimiento decayó y Thuku fue arresta-

do. Pero su arresto lanzó de nuevo a la gente a la calle, lista para una huelga general. La muchedumbre se arremolinaba en torno a la prisión de Thuku para pedir su liberación. Se ordenó a los soldados que disparasen contra la multitud y murieron más de 150 personas. Los negros, no obstante, no se dejaron intimidar. El gobierno hizo circular un rumor de que Thuku iba a ser trasladado a otra cárcel. Esto hizo que la multitud se pusiese en marcha hacia el lugar equivocado y en ese momento se llevaron a Thuku a un lugar más remoto y seguro. Hubo cientos de arrestos, se pusieron fuertes multas que, teniendo en cuenta los bajos salarios de la colonia, solo podrían pagarse con meses de trabajo ininterrumpido. Todas las agrupaciones fueron declaradas ilegales y el propio Thuku fue enviado a Kismay, en la frontera somalí, sin haber sido juzgado.

El Congo

El movimiento Kimbangu había tenido lugar en 1921 pero los belgas temían que se repitiese de forma más extrema. No estaban desencaminados. De hecho, las condiciones del Congo parecen producir un tipo de revuelta especialmente encarnizada y consciente, sin adornos religiosos.

En este caso la dificultad radica en conseguir declaraciones escritas y detalladas sobre lo ocurrido. Cuando los británicos envían expediciones punitivas contra las tribus sublevadas, no lo mencionan en los informes anuales de las colonias; pero si una revuelta despierta el interés público, se crea una comisión de investigación que sí escribirá un informe. Un informe que a menudo choca violentamente con las declaraciones de los participantes, testigos, corresponsales de periódicos, tanto nativos como europeos, y de las personas

que vivían en la colonia en esa época. Los franceses y los belgas, en cambio, no suelen hacer documentos de este tipo por lo que solo es posible conseguir de forma indirecta una confirmación oficial de las revueltas que han tenido lugar en el Congo belga desde la época de Kimbangu. Por ejemplo, en verano de 1932, M. Vandervelde, en su momento primer ministro de Bélgica, habló de los abusos de la administración colonial belga y de las revueltas de los nativos. Durante su discurso dijo que, para no equivocarse, había dejado de lado su costumbre habitual de improvisar y estaba leyendo las notas de su discurso. Contó en detalle el transcurso de una revuelta:

Tres oficiales, enviados a reclutar trabajadores en un pueblo negro, se encontraron al llegar solo a las mujeres. Los hombres, advertidos de su llegada, habían huido. Los oficiales obligaron a las mujeres a matar ganado para alimentarles y violaron a algunas de ellas. Unos días más tarde, uno de los negros, como es costumbre en el Congo, exigió una compensación. Se la denegaron y perdió los nervios. Se lanzó sobre el blanco y le mordió el pecho. Este comportamiento salvaje le valió una severa flagelación por parte de sus amos, que le azotaron hasta sangrar y luego le denunciaron. Se abrió una investigación pero los nativos se lanzaron sobre el oficial y lo descuartizaron. A continuación, se envió la inevitable expedición punitiva para restablecer la ley, el orden y el dañado prestigio de los blancos. El oficial al mando se encontró con que los nativos habían huido a la selva. Si la expedición continuaba, se quedarían allí y muchos niños morirían de hambre. El Gobernador se mostró inflexible. En un telegrama afirmó: «Tenemos que llevar a cabo un acto de autoridad y defender ante la población el prestigio del gobierno». Sus órdenes fueron obedecidas. Los nativos se defendieron. Solo tenían lanzas y otras armas primitivas, pero lucharon durante semanas. Murieron cientos, afirma M. Vandervelde. Lukutate, un trabajador nativo de Elizabethville que escribió en el *Negro Worker* de julio de 1932, declara que murieron miles. Tribus enteras

que no conocían el efecto de las armas modernas, atacaron a los soldados solo con sus manos. Murieron de hambre en los bosques. Algunos murieron a latigazos, otros fueron fusilados sin juicio frente a sus mujeres e hijos, como advertencia de que los negros nunca debían volver a rebelarse contra sus amos blancos.

El relato de M. Vandervelde coincide a grandes rasgos con el escrito por el nativo congoleño. Los archivos del *Negro Worker* nos ofrecen varios relatos de estas revueltas y *The Life and Struggles of Negro Toilers*, de George Padmore, incluye una gran cantidad de información que no es fácil de encontrar en otros lugares.

En 1924 hubo una revuelta en el Congo francés que duró varios días y fue reprimida por las autoridades militares francesas. Pero en 1928 estalló otra revuelta, con mayor conciencia de clase y mejor organizada que la anterior. Duró cuatro meses. A pesar de contar con menos armas, los nativos derrotaron varias veces a las tropas francesas y capturaron gran parte de su infantería. La capacidad de lucha de los revolucionarios, pese a sus carencias, sorprendió incluso a sus enemigos. Los franceses fusilaron a todos los sospechosos y azotaron públicamente a viejos y a mujeres como advertencia. Pero en abril de 1930 los nativos se rebelaron de nuevo. Un revolucionario blanco francés y varios nativos fueron arrestados en Brazzaville, capital del Congo Medio, y condenados a tres años de prisión por intentar organizar un sindicato. Al enterarse de la sentencia, los nativos se pusieron en huelga y se manifestaron ante el tribunal. La policía intentó disolver la manifestación pero fue atacada con piedras. Llamaron a los soldados que, sin previo aviso, abrieron fuego. Esta lucha desigual continuó hasta que los nativos fueron irremediabilmente derrotados. A pesar de todo, los

nativos hirieron al Gobernador del Congo Medio, las tropas tuvieron que ocupar los barrios nativos de Brazzaville y durante días todos los negocios de la ciudad estuvieron cerrados.

Este movimiento tenía una clara tendencia comunista. Lo que más temen las autoridades es una combinación de los trabajadores de las ciudades y los campesinos del interior. Sin embargo, aún no ha tenido lugar un movimiento así. Organizarlo es muy difícil debido al tamaño del territorio y las diferencias de idioma. Pero el ferrocarril está uniendo las diferentes zonas del territorio y, tanto en el Congo francés como en el belga, la lengua francesa se está convirtiendo en lengua franca entre aquellos nativos que tienen la oportunidad de aprenderla un poco. Entre 1921 y 1931, el ánimo de las revueltas en estos territorios se fue ido avivando de forma constante. Desde la guerra, cada revuelta ha sido más violenta e intensa que la anterior.

El mandato de la Sociedad de Naciones no ha supuesto una diferencia significativa. Ruanda-Urundi, antes parte del África Oriental Alemana, ahora es un territorio belga bajo dicho mandato. La expropiación de la tierra o, más concretamente, el robo de los terrenos de los nativos, los trabajos forzados en las minas de cobre de Katanga y otras cosas por el estilo tuvieron como consecuencia tal disrupción de la producción local que ya ni siquiera se cultivaban los campos. En 1929 hubo una hambruna en el distrito de Ruanda. Azuzados por el hambre, los nativos se rebelaron y el movimiento se extendió desde la Ruanda belga hasta la Uganda británica, donde las tribus de la frontera también se levantaron en armas. La hija del rey de Ruanda era una de las líderes de los revolucionarios,

que dieron su primer golpe en Gatsolon. Mataron a un grupo de soldados y oficiales belgas y a los jefes nativos que estaban bien avenidos con los blancos. Acudieron tropas belgas provistas con armas modernas y los nativos lucharon contra ellas durante semanas, armados solo con lanzas y cuchillos. Grandes grupos de nativos huyeron del doble azote del hambre y las ametralladoras. Allí donde caían, los cuerpos (algunos aún con vida) eran devorados por animales salvajes. Como era inevitable, la revuelta fue sofocada. Sus líderes huyeron por los pantanos hasta alcanzar la frontera con Uganda. Allí los británicos les detuvieron y entregaron a los belgas. Más de 1000 negros fueron fusilados y un regimiento belga y un destacamento de la unidad británica conocida como *East African Rifles* fueron destinados a Kiforte, en el centro de la revuelta.

Para un nativo, la única diferencia entre estar sometido al imperialismo belga común o al imperialismo belga con mandato de la Sociedad de Naciones es que en el segundo caso el gobierno belga tiene que presentar un informe en Ginebra sobre la aplicación de dicho mandato. No obstante, es probable que el nativo ni siquiera lo sepa.

Unión sudafricana

El periodo de posguerra en Sudáfrica nos ha dejado al menos dos tipos bien definidos de actividad revolucionaria negra: la rebelión de la tribu de los Bondelzwarts y la Unión de Trabajadores de la Industria y el Comercio (I.C.U., por sus siglas en inglés). La primera forma parte, en esencia, de las revueltas tribales tempranas, de tribus que se golpean contra un muro.

Los Bondelzwarts son una tribu de hotentotes que viven en el extremo sur del África suroccidental.

Nunca han llegado a ser conquistados del todo por los europeos y su historia está plagada de luchas contra los alemanes. Después de su última insurrección contra el gobierno alemán, los líderes de la tribu, Jacobus Christian y Abraham Morris, se vieron obligados a abandonar el territorio y marcharse a vivir a la Provincia del Cabo. Cuando los alemanes fueron derrotados durante la guerra, Jacobus Christian pidió permiso a las nuevas autoridades para volver. Se le denegó. Pero en 1919, haciendo caso omiso a la orden del gobierno, volvió a su país natal. En abril de 1922, Abraham Morris, el otro líder exiliado, también volvió con un grupo de seguidores. Al entrar en el territorio, le entregó su arma a la policía, tal como exigía la ley. Pero el magistrado, no contento con eso y considerándolo peligroso, mandó a la policía a detenerlo, a él y a cinco de sus seguidores. Morris se resistió y el pueblo amenazó con recurrir a la violencia para defenderlo. Cuando se les pidió que ayudaran a la policía, todos los jefes se negaron y las personas que trabajaban en granjas cercanas abandonaron su trabajo para reunirse en Haib, el cuartel general de Jacobus Christian.

El 12 de mayo, el General van Coller fue enviado con un efectivo policial para efectuar la detención de los «cinco criminales». Le envió un mensaje a Jacobus Christian para que se reuniera con él en Dreihoeck, pero este se dio cuenta de la trampa y se negó. El descontento del pueblo cristalizó de pronto en torno a la detención de su líder. Patrullas de hotentotes armados les quitaron por la fuerza las armas a los granjeros europeos y en una granja, como declararía más tarde la administración, «las mujeres europeas fueron obligadas a preparar y servir café a los hotentotes».

El 16 de mayo, Jacobus Christian envió una nota al administrador, afirmando que los cinco hombres se presentarían de inmediato ante el magistrado con la condición de que el administrador asegurase por escrito que no se tomarían otras medidas contra su gente. El administrador se negó y ambas partes se prepararon para la lucha armada. Jacobus Christian declaró la ley marcial en Haib, el cuartel general de los Bondelzwarts. Piquetes armados vigilaban todas las carreteras y los transeúntes eran registrados por los guardias. Cuando el General van Coller, al no conseguir que Christian fuese a Dreihoeck, se dirigió a Haib, los piquetes armados le pararon incluso a él, a un general de la policía sudafricana, y solo le permitieron ver a su líder después de un examen minucioso. Más tarde, en su informe, afirmó que los Bondelzwarts «a juzgar por su disposición, estaban preparados para enfrentarse a una fuerza armada. Nos escucharon atentamente y no mostraron hostilidad hacia nosotros, pero su reticencia fue evidente cuando se les dijo que tenían que entregar armas y municiones».

La lucha comenzó el 26 de mayo de 1922. Las fuerzas de los rebeldes eran escasas. La tribu solo contaba con seiscientos hombres capaces de portar armas y solo cien de ellos tenían rifles. El gobierno sudafricano envió, contra esta fuerza mal equipada, 445 hombres bien armados con artillería, ametralladoras, transporte mecánico y dos aviones. Y aun así la lucha duró casi dos semanas. En un principio, los Bondelzwarts intentaron evitar las grandes batallas y a las fuerzas del gobierno, pero fueron rodeados y se libró un gran combate en las montañas. Fueron los aviones, algo nuevo e inesperado para los guerreros negros, lo que les obligó a rendirse. Probablemente nunca se sabrá el número

de muertos. Fue, en esencia, una revuelta tribal como las anteriores a la guerra. Pero la resistencia mantuvo una calma determinación que les llevó a luchar y morir antes que rendirse, por lo que ha llegado a ser uno de los levantamientos africanos más significativos.

En 1922, la revuelta de los Bondelzwarts era ya un anacronismo. La Unión Sudafricana se caracterizaba por un nuevo tipo de acción política: por la acción militante del proletariado en las ciudades en vez de los levantamientos instintivos de tribus primitivas. La industria sudafricana ha hacinado a los nativos en fábricas, minas y muelles mucho más que en Sierra Leona o Gambia, y sus condiciones laborales les han llevado a una organización industrial al estilo moderno. Esto también se debe a la influencia de la Revolución rusa. El Partido Comunista Sudafricano no se fundó hasta 1924 pero se desarrolló a partir de una organización previa que ya existía en 1920. Se dirigía sobre todo a los nativos. En Sierra Leona y Gambia hay muchos intelectuales negros de izquierdas pero no son muy efectivos; en el sistema sudafricano, en cambio, hay pocos pero más militantes. De estas condiciones de posguerra y de la crisis económica y política de 1919 surgió la Unión de Trabajadores de la Industria y el Comercio de Sudáfrica (I.C.U.).

La fundó en 1919 un nativo de Nyasalandia, Clements Kadalie, y la organización comenzó con solo veinticuatro miembros. Sin ningún tipo de ayuda financiera, experiencia ni apoyo, sufrieron persecuciones y detenciones, pero construyeron un movimiento que fue madurando a base de huelgas, manifestaciones y luchas con la policía, mientras la Sudáfrica blanca lo veía crecer rápidamente con inquietud. Kadalie, por ser nativo de Nyasalandia, podría haber sido deportado sin

mucho problema, pero de alguna manera escapó a ese destino y pudo impulsar el movimiento.

La primera señal de la verdadera fuerza de I.C.U. fue la huelga de Port Elizabeth en 1920. Los trabajadores de Port Elizabeth, principalmente obreros no cualificados, habían exigido y conseguido un aumento de seis peniques al día. En febrero de 1920, se constituyó en Port Elizabeth una delegación de I.C.U., que exigió un nuevo aumento de otros seis peniques al día y, gracias a nuevas movilizaciones, también lo consiguió. Pero no estaban satisfechos con ello y, por consejo de Kadalie, presidente de I.C.U., plantearon un salario mínimo diario de diez chelines para los trabajadores masculinos no cualificados y de siete chelines y seis peniques para las mujeres adultas. La I.C.U. celebró encuentros por todo el distrito en los que se pedía a los trabajadores que apoyaran la reivindicación hasta la huelga si era necesario. Esta movilización tuvo un enorme efecto. Los ánimos estaban caldeados y la influencia de Kadalie iba en aumento. En una reunión, los ánimos se calentaron hasta el punto de que algunos de los presentes atacaron al Dr. Rubusama, un negro conocido por su oposición a Kadalie. El Dr. Rubusama tuvo que ser rescatado por el propio Kadalie que, al verle en peligro, intervino de inmediato.

Al mismo tiempo, la policía estaba buscando cualquier excusa para detener a Kadalie. Este ataque contra el Dr. Rubusama se usó como pretexto. Rubusama hizo una declaración jurada de haber sido atacado y Kadalie fue detenido el 23 de octubre de 1920, sin orden judicial.

En cuanto se supo de su detención, los trabajadores se congregaron en la plaza más cercana. Tras deliberar, enviaron una delegación a la policía para

pedir la liberación bajo fianza de Kadalie. El jefe de la policía se negó. Cuando la delegación volvió con esta respuesta, decidieron enviar un ultimátum a la policía: si no liberaban a Kadalie antes de las cinco, ellos mismos lo harían. Los nativos sudafricanos estaban desafiando abiertamente tanto a sus empleadores blancos, como a las fuerzas estatales.

Toda la fuerza policial estaba armada. Llamaron también a la policía ferroviaria. Además, entregaron armas a voluntarios europeos que se apostaron frente a la comisaría en la que estaba detenido Kadalie. A las cinco, se habían congregado allí 3000 personas.

Se ordenó a la policía montada que atacara, pero no tenían caballos. Se intentó dispersar a la multitud con una manguera, pero esta respondió con piedras y otros proyectiles. Llegados a este punto, se produjeron dos disparos y la multitud comenzó a retirarse. Justo en ese momento, mientras la multitud corría, la policía abrió fuego. La comisión oficial de investigación declaró:

Está demostrado sin lugar a dudas que inmediatamente después de los primeros disparos, la multitud salió en estampida en todas las direcciones, y se disparó una descarga rápida y continua contra la multitud en retirada desde la comisaría; duró sesenta segundos, según algunos testigos, o dos minutos, según otros. Un civil aseguró haber efectuado quince disparos; otro, trece. Las consecuencias fueron fatales: un europeo y veintitrés nativos u hombres de color murieron por los disparos o por las heridas. Hombres nativos y de color heridos: cuarenta y cinco; mujeres: una. Mujeres europeas heridas: cuatro. Bajas totales: setenta y seis. Solo dos de ellos fueron abatidos en las escaleras, los demás cayeron en diferentes lugares, lejos de la comisaría, incluso en Castle Street, a una distancia de 100 metros.

Resulta evidente que la policía quería aprovechar la oportunidad para aplastar la organización de los trabajadores de una vez por todas. Pero el resultado, como suele suceder, fue un aumento de su poder.

La I.C.U. se convirtió en una fuerza tan poderosa entre los bantúes y las personas de color que Hertzog, futuro primer ministro de Sudáfrica, pensó que sería beneficioso buscar su apoyo en la Provincia del Cabo. Envió una carta muy cordial a Kadalie, adjuntando una donación para la Unión y afirmando que sentía no poder hacer más.

Por supuesto, en cuanto Hertzog llegó al poder, persiguió a la I.C.U. con aún más empeño que sus predecesores. Pero el movimiento siguió creciendo y en 1926 llegó a su punto álgido. Ese año tuvo 100 000 afiliados. Los profesores abandonaban su profesión para convertirse en liberados de la I.C.U. Tenían representantes hasta en las aldeas más remotas de Sudáfrica. Muchos de los que no estaban afiliados, se unían a ella en momentos de dificultad.

Es difícil sobrevalorar lo que consiguieron Kadalie y su compañero, Champion, entre 1919 y 1926. Kadalie era un gran orador, alto, con una voz espectacular, que en sus mítines solía despertar el entusiasmo de los trabajadores bantúes. Normalmente, al final de sus discursos los oyentes se quedaban en silencio unos segundos, antes de romper en aplausos. Champion era lo contrario que Kadalie en todos los sentidos. No miraba más allá de Zululandia o de Natal (a diferencia de Kadalie, que era consciente de la importancia del movimiento obrero como fuerza internacional) y más que un orador era un organizador.

El levantamiento masivo de Santo Domingo representa un verdadero paralelismo con este movimiento. En ambos se aprecia la misma capacidad instintiva de organización, los mismos líderes con mucho talento que surgen del pueblo. Pero, mientras que en 1794 había una Revolución francesa que buscaba acabar con el antiguo régimen y necesitaba para ello de la revolución negra, por lo que recibió apoyo y armas, en la época de la I.C.U. no había nada de ese estilo en el Reino Unido. Visto con esta perspectiva histórica, podemos entender el movimiento de Kadalie como algo profundamente importante, porque así fue.

A partir de 1926, el movimiento empezó a decaer. No podía mantenerse por mucho tiempo a ese nivel sin alcanzar éxitos tangibles. Era inevitable que se estabilizase a un nivel menos intenso. Kadalie no tenía ni el conocimiento ni la educación necesarios para organizarlo de una forma estable: la tarea más difícil para un hombre de su origen. Hubo malversación de fondos. Vio la necesidad de una afiliación internacional pero, aunque los estatutos de la organización repudiaban el capitalismo, no quiso afiliarse a la Tercera Internacional. Cuando intentó unirse a los trabajadores blancos sudafricanos, estos rechazaron su oferta ya que su visión pequeñoburguesa (que viene del hecho de que sus salarios son más elevados y los negros son degradados socialmente) hace que sean enemigos acérrimos de los trabajadores nativos. Kadalie vino a Europa, afilió la I.C.U. a la Federación Internacional de Sindicatos y buscó la ayuda de los sindicalistas de izquierda. Llevó consigo a un blanco, Ballinger, para que le ayudara. Pero la I.C.U. continuó en declive. La organización se dividió. Hoy, las dos

secciones no son más que una sombra de la primitiva I.C.U. y Kadalie tiene una cafetería en Port Elizabeth en el mismo lugar en el que los trabajadores fueron abatidos mientras se manifestaban para conseguir su libertad.

5

MARCUS GARVEY

Entre 1919 y 1926, en el mismo periodo en el que los nativos de Sudáfrica se estaban organizando, surgió un movimiento similar entre los negros de EE. UU. Gracias a la amplia población, más alfabetizada y con mayor capacidad económica, y a las mejoras en las comunicaciones, este movimiento se convirtió en la mayor organización negra hasta el momento. Se conoce como el Movimiento Garvey.

Para entender el Movimiento Garvey hay que tener cierta idea de la situación de los negros en los EE. UU. modernos. El periodo de «reconstrucción» no duró mucho y los blancos del Sur no tardaron en restablecer su antigua dominación sobre los negros, ahora libres. En muchas zonas les quitaron el derecho al voto, a veces inventando requisitos absurdos (como cuando consideraba que un licenciado negro de Harvard o Yale no podía ejercer su derecho al voto por falta de educación) y otras veces colocando a hombres armados ante los colegios electorales y amenazando a los negros con lo que les pasaría si intentaban acercarse. En estados como Texas, a los negros se les recuerda constante-

mente su color. No pueden montarse en los vagones cama, se tienen que sentar al fondo de los tranvías, en ciertas zonas solo pueden conducir un coche Ford, el blanco siempre tiene preferencia en las calles. Los negros tienen que asumir que su piel negra hace que sean sirvientes y vayan a seguir siéndolo. Periódicamente, algunos años a razón de más de una vez por semana, una muchedumbre de ciudadanos blancos lincha a un negro. En el Norte, más liberal, también hay prejuicios raciales, aunque no tan acentuados.

Tanto en el Norte como en el Sur algunos negros son destacados hombres de negocios, profesionales, artistas, escritores, músicos. A algunos les va sorprendentemente bien y el círculo de intelectuales negros crece cada día. No obstante, sigue prevaleciendo un prejuicio, a veces feroz, contra los negros.

Para que ellos puedan luchar de forma inteligente contra esto, para que el negro pueda apreciar los esfuerzos realizados y las posibilidades de éxito, es necesario analizar más al detalle el origen de este fuerte prejuicio, que por supuesto despierta sentimientos similares en los negros. Aquí no se trata, como en el caso africano, de una civilización ajena. El negro estadounidense es estadounidense en su idioma, tradición y cultura. Ha estado en EE. UU. casi desde su fundación y ha contribuido a hacer de este país lo que es. La hostilidad que le profesan los blancos no es una cuestión de repugnancia fisiológica. Prueba de ello son los numerosos mestizos, el incesante mestizaje que encontramos tanto en EE. UU. como en Sudáfrica, un lugar con prejuicios raciales tan fuertes. Es un dicho común tanto en África como en América que la segregación racial solo existe de día. Una mujer blanca del Sur de EE. UU. será amamantada por una nodriza negra y pasará su

infancia con sirvientes negros. A medida que crezca, un mozo de cuadra negro le enseñará a montar a caballo. Criados negros cocinarán su comida y le servirán la mesa. Una mujer sureña blanca, es bien sabido, a menudo confía más en su vieja nodriza negra que en sus propios parientes. El que la lleva a la ciudad es un chófer negro. Pero si entra en un restaurante y ve a un negro terminando de comer, gritará que tienen que echarlo. Obviamente, no se trata de repugnancia física. Es una cuestión social y política. Hay que mantener a los negros en su lugar. Esta es la razón principal de la persecución que sufren los negros en el Sur. Como trabajador, como aparcerero, el negro está a merced de su empleador y se le puede intimidar hasta que acepte las condiciones de vida que se le ofrecen.

¿Cómo se suele justificar la actitud de los blancos del Sur hacia los negros? Lo más común es aludir al sexo y decir que los negros no pueden controlar su deseo hacia las mujeres blancas. Pero de las 130 revueltas negras que tuvieron lugar entre 1670 y 1865 en EE. UU., no hay ni un solo caso registrado de una mujer blanca violada por los esclavos sublevados. En las Antillas, desde la abolición de la esclavitud, no ha habido un solo caso de violación o agresión sexual de un negro a una mujer blanca. Incluso si analizamos los miles de linchamientos que ha habido en EE. UU. en los últimos cincuenta años, solo en el veinte por ciento de los casos se han presentado cargos de violación. En los últimos años, el caso de Scottsboro ha sido un ejemplo flagrante de la forma en que se justifican estos cargos. Y no resulta sorprendente que sea así. Con su amplia experiencia en África, Sir Harry Johnston muestra la base de esta acusación, que se esgrime también contra los negros africanos:

Estoy convencido de que hay una tendencia deliberada en los estados del Sur a exagerar el deseo de los negros de una unión sexual con mujeres blancas y los crímenes que pueden llegar a cometer bajo este impulso. Hay algunas excepciones (en África Occidental y del Sur y en EE. UU.) de negros que se sienten atraídos por una consorte blanca, pero casi invariablemente por razones honestas o puras, por alguna afinidad intelectual o simpatía. En su mayoría, si les das a elegir, preferirían juntarse con mujeres de su mismo tipo. En la historia de África del Sur, del Suroeste, del Este y del Centro, cuando ha habido un gran levantamiento negro y las mujeres e hijas de los oficiales, misioneros y colonos han estado temporalmente a merced del ejército negro, o en poder de un jefe negro, ¡es extremadamente raro encontrar casos probados de abusos sexuales debido a esta circunstancia! ¡Mucho más raro que la prostitución de mujeres negras tras alguna gran conquista por parte de blancos, negros o amarillos! Sé que a menudo se ha afirmado falsamente lo contrario al relatar los acontecimientos africanos, pero cuando los hechos han sido investigados resulta sorprendente que o bien los negros tienen un sentido racial de la decencia muy acentuado, o bien no sienten un interés por las mujeres blancas que les lleve a ultrajar a las infelices mujeres y niñas que están temporalmente en su poder (creo que debe tratarse de lo primero más que de lo segundo). Pueden golpear el cráneo de un bebé contra una piedra, incluso matar a su madre, o llevarla a ella y a las niñas solteras como rehenes al harén de un jefe (donde nunca se atenta contra su virtud), pero a lo largo de la historia de las guerras kafir es notable cómo, en la mayor parte de los casos, tras matar violentamente a sus parientes masculinos, las mujeres e hijas de los británicos, los bóeres y los alemanes fueron devueltas ilesas a territorio blanco.

Todos los negros son conscientes de que el prejuicio se construye sobre una serie de mentiras, sobre una campaña cuyo objetivo es esconder la simple y llana explotación económica. Pero los negros y sus amigos blancos tienen pocas posibilidades de acabar con ella, ya que está en manos de los blancos. Los

millones de personas que ven películas siempre ven a los negros limpiando zapatos o haciendo trabajos menores, cantando y bailando. El capitalista estadounidense se encarga de que no se muestren los miles de profesionales negros, ni las casi doscientas universidades negras de EE. UU. que otorgan títulos en todas las ramas del saber, dirigidas en su mayor parte por profesores negros; se encarga de que nada de eso aparezca en las pantallas.

De esta forma, el negro estadounidense (alfabetizado, occidentalizado, estadounidense casi desde la fundación de EE. UU.) es humillado y discriminado hasta un punto que muy pocos blancos e incluso pocos negros no estadounidenses pueden llegar a entender. La alegría jazzística del negro estadounidense es una reacción semiconsiente ante el dolor profundo de la raza. Los linchamientos muchas veces no son una locura espontánea de la muchedumbre sino una demostración cuidadosamente organizada y anunciada en la prensa. Los blancos estadounidenses son capaces de quemar vivo a un negro. Hace menos de diez años una multitud de hombres, mujeres y niños blancos bailaban en corro alrededor de un negro en llamas, mientras cantaban «Happy days are here again» [Los días felices han vuelto]. Poco a poco, los negros del Sur, sobre todo en las ciudades, han empezado a luchar para conseguir unas mejores condiciones. Pero la política blanca no ha cambiado entre 1650 y 1930. Hay que someter al negro. Ese es el trasfondo de la vida de los negros en EE. UU.

Durante la guerra [1914-1918], miles de negros emigraron del Sur al Norte, donde había trabajo, salarios altos y la discriminación racial era menos ofensiva. Hubo soldados negros que lucharon en la

guerra y, además de sufrir los prejuicios raciales de sus propios oficiales, cuando fueron bien acogidos por los franceses, tuvieron que soportar cómo los blancos estadounidenses intentaban ponerlos en su contra, de palabra, obra y escrito. Los blancos estadounidenses les atacaban con tanta saña que al final los franceses pidieron hacerse cargo de ellos. El regimiento negro se unió a la división francesa y luchó como una unidad francesa. El primer estadounidense que recibió la *Croix-de-Guerre* era negro. El regimiento luchó con arrojo y, al terminar la guerra, el Estado Mayor francés, en un gesto en su opinión atento y cortés, le concedió el honor de ser el primer regimiento aliado en entrar en territorio alemán. No por ello los negros les tomaron cariño a los estadounidenses. Volvieron a casa resentidos y desilusionados y descubrieron que, pese a que habían derramado su sangre en una guerra por la democracia, tendrían que enfrentarse a las mismas condiciones antidemocráticas de siempre.

En agosto de 1914, Marcus Garvey, un impresor negro jamaicano, y Amy Ashwood, una amiga suya, casi una colegiala, fundaron en Kingston, Jamaica, la Asociación Universal de Desarrollo Negro [U.N.I.A.]. Eran los únicos miembros: ella lo nombró presidente y él a ella, secretaria. Durante dos años hicieron promoción en Jamaica y luego Garvey se marchó a EE. UU., la meca de todos los negros antillanos antes de la depresión. Amy Ashwood se reunió con él en Nueva York en 1918 y para entonces la U.N.I.A. contaba con diecisiete miembros. Garvey daba discursos y organizaba acciones y en 1919 su organización tenía ya unos 5000 miembros. En esta época, fue arrestado por difamar al asistente del fiscal del Distrito de Nueva York y así se dio a conocer de pronto a los negros de todo EE. UU. Los

soldados estaban regresando a casa, con su rencor y su dinero. Había un *boom*, también entre los negros. La revolución se podía palpar y los negros estaban listos para ella.

Nunca, en ningún lugar del mundo, ha habido un movimiento negro como el de Garvey y pocos movimientos son comparables en cuanto a tamaño e intensidad. En 1920 ya era proporcionalmente el movimiento de masas más importante de EE. UU. Los partidarios de Garvey han llegado a afirmar que el número de miembros de la U.N.I.A en 1920 ascendía a tres millones y el propio Garvey dijo en 1924 que eran seis millones. Esta última cifra es sin duda exagerada, puesto que habría supuesto al menos la mitad de la población negra total de la época. Es probable que nueve décimas partes de los negros de EE. UU. le escucharan y, por lo que podemos deducir de unos datos muy incompletos, es muy posible que tuviera dos millones de miembros en 1920. De todos los estados de EE. UU., de las Antillas, de Panamá, llegaban dinero y miembros. Los negros vendían sus posesiones más preciadas para enviarle el dinero a Garvey. Su nombre se dio a conocer en África. Años más tarde, el Rey de Suazilandia le dijo a un amigo que solo conocía el nombre de dos negros de Occidente: Jack Johnson y Marcus Garvey.

¿En qué consistía el programa de Garvey? *Back to Africa*. Los negros tenían que recuperar África. Irían a establecerse allí y vivirían en África igual de libres y felices que los europeos en Europa o los estadounidenses blancos en EE. UU. ¿Y cómo iban a recuperar África? Se la pedirían a los imperialistas y si los imperialistas se negaban, la recuperarían por la fuerza. En esencia, eso es todo lo que Garvey tenía que decir. Es cierto que arremetió contra los linchamientos y formuló deman-

das militantes: igualdad de derechos para los negros, libertades democráticas... Pero su programa era esencialmente la vuelta a África.

Se trata de una basura lamentable, pero los negros querían un líder y cogieron al primero que encontraron. Es más, los hombres desesperados a menudo no escuchan las palabras del orador, sino sus propios pensamientos. Daniel O'Connell predicaba la derogación de la Unión [en el Reino Unido] pero la mayoría de los campesinos irlandeses lo que tenían en mente era la expulsión de los británicos y la ocupación de la tierra. Y Garvey era un hombre con dotes excepcionales. Era un orador nato, un gran orador incluso, oportunista hasta la médula, hábil a la hora de sintonizar sus palabras con su público. Sus palabras eran siempre militantes y los negros le escuchaban, le daban dinero y esperaban. En 1920 y 1921, Garvey ya estaba haciendo las cosas que Hitler haría tan bien un poco más tarde. Organizó tropas de asalto que marchaban, uniformadas, en sus desfiles, mantenían la formación y daban una nota de color. Entendió lo que entonces se suponía que era la psicología del negro, con su mentalidad infantil (aunque esto fue antes de que algunos de los pueblos más importantes de Europa fueran barridos por las mismas payasadas y promesas vanas). Y mientras Garvey enardecía a su público, igual que Hitler, organizó a sus millones de seguidores con meticulosidad alemana.

Es probable que la fuerza de su movimiento pillara por sorpresa al propio Garvey. Él y su esposa recorrieron el país, inscribiendo a nuevos miembros. Construyó un edificio, el Liberty Hall, organizó manifestaciones y congresos masivos. Se nombró a sí mismo presidente, emperador, rey de África y todo lo que se le ocurrió y creó una estirpe nobiliaria negra

para sus seguidores, con títulos como duques o simples barones. Envió delegaciones a la Sociedad de Naciones para pedir que les devolvieran África. Se embarcó en una empresa de barcos de vapor, la Black Star Line, y llegó a comprar uno o dos barcos que realmente solo hicieron uno o dos viajes. «La Black Star Line navegará hasta África aunque sea sobre aguas ensangrentadas». Pero no tenía ningún plan para los afroamericanos, ni siquiera uno malo.

Además, a pesar de su militancia, Garvey no tenía las ideas claras. Atacaba el imperialismo pero estaba dispuesto a afirmar que los negros deben ser leales a las banderas bajo las que se encuentran. Atacaba ferozmente al comunismo y aconsejaba a los trabajadores negros que no se unieran a los trabajadores blancos en las luchas en la industria. Negoció con el Ku Klux Klan una repatriación de los negros a Liberia. A partir de 1921 ya estaba claro que sus objetivos eran inalcanzables. Pero era un hombre de gran fuerza física y siguió celebrando grandes encuentros, algunos en Madison Square, mientras la policía intentaba detenerlo, y a veces lo conseguía. Se embarcó en empresas poco acertadas. Mandó agentes a Liberia, pero el gobierno liberiano, satélite de EE. UU., no quiso saber nada de ellos, y de hecho ni siquiera está claro si Garvey iba en serio. Aun así, durante años, siguió teniendo un enorme número de seguidores y una poderosa influencia sobre los negros de EE. UU. y de todo el mundo. En 1926 fue acusado de utilizar el correo estadounidense con intenciones fraudulentas. Fue condenado, encarcelado y deportado a Jamaica. Allí evolucionó de forma previsible. Rápidamente hizo las paces con el imperialismo británico. Su movimiento se desintegró.

Hay una cosa que sí le debemos a Garvey. Hizo que el negro estadounidense tomara conciencia de su origen africano y creó por primera vez un sentimiento de solidaridad internacional entre los africanos y los afrodescendientes. Es un paso adelante si se utiliza contra la opresión. Pero en muchos sentidos su movimiento era absurdo y, en otros, completamente deshonesto. La consecuencia de ello fue una desilusión generalizada. A diferencia de Kadalie, él era pequeño-burgués en origen y nunca pensó en términos de organización obrera. En realidad, tanto el Movimiento Garvey como la I.C.U. en sus mejores días consiguieron poco para su gran tamaño, pero fueron de inmensa importancia en la historia de las revueltas panafricanas. Muestran el fuego que arde en el mundo negro, tanto en América como en África.

6

EL MOVIMIENTO NEGRO EN LOS ÚLTIMOS AÑOS

En el Imperio británico ha habido una serie de movimientos negros desde la Conferencia de Ottawa de 1932, que sacó de las colonias los productos japoneses, más baratos, para dejar solo los británicos, justo en un momento en el que los negros estaban empobrecidos por la crisis mundial. La respuesta ante la subsiguiente campaña subversiva fue la aprobación de drásticas leyes de sedición. Por ello, en los últimos años, las colonias han sido escenario de una revuelta tras otra en las Indias Occidentales, en África Occidental, en África Oriental y en Mauricio. Veamos algunas de estas revueltas e intentemos analizar su importancia concreta.

Costa de Oro, una de las antiguas colonias, ha vivido recientemente una conmoción. En 1937, en Costa de Oro y en Ashanti, un distrito del interior, los cultivadores de cacao se organizaron contra el grupo de empresas comerciales y decidieron acabar con él. A principios de 1938, los conductores se pusieron en huelga para protestar contra las elevadas multas por infracciones leves (impuestas por un magistrado africano) y paralizaron el tráfico. Los barqueros también

se pusieron en huelga. La huelga se volvió general y se anunció un boicot a las mercancías europeas. Si alguien compraba o vendía productos importados de Europa, era agredido, llevado ante un jefe y penalizado. Sir Ofori Atta, el típico jefe del gobierno, apoyó la huelga, porque la presión era muy fuerte. La población de Cape Coast, una ciudad portuaria de Costa de Oro, organizó una manifestación masiva contra una nueva tarifa del agua. La policía quiso intervenir pero tuvo que refugiarse en la comisaría, que fue arrasada. El gobierno envió a policías y soldados a Cape Coast. Para llegar hasta allí tenían que pasar por Saltpond. Los habitantes de Saltpond levantaron barricadas en la carretera y se enfrentaron a los soldados y policías, que tuvieron que retroceder. Para cuando llegaron a Cape Coast todo estaba ya en calma.

La población estaba unida por una determinación extraordinaria. Un informe no confirmado afirma que, para protestar por la nueva tarifa del agua, los habitantes de Cape Coast notificaron a la empresa de Lord Leverhulme, United Africa Company, que debía marcharse, pues ellos eran los propietarios de sus tierras. Al vencimiento de la notificación, abrieron los almacenes a la fuerza y sacaron las mercancías. Como también había una huelga de transporte, no había camiones que pudiesen recogerlas y fueron saqueadas.

Aunque este movimiento fue sin duda militante, como en la mayor parte de las colonias antiguas no había una militancia orientada a expulsar a los británicos. Los africanos occidentales son cada vez más orgullosos, nacionalistas, están más atentos a la discriminación, pero no hay un movimiento revolucionario nacional. Una comisión del cacao del Reino Unido ayudó a restablecer la calma y está preparando un informe.

En la colonia antillana de Trinidad ha habido un movimiento aún más impactante.

La victoria de los negros de Santo Domingo acabó con el comercio de esclavos en las Antillas. El Reino Unido prohibió la trata en 1807 y la esclavitud fue abolida en 1834 como consecuencia del declive económico de las Antillas, de los fuertes ataques de los abolicionistas y del apoyo de la nueva burguesía industrial, perjudicada por los privilegios de las plantaciones de azúcar de las Antillas. La gran insurrección de Jamaica en 1831 contribuyó a acelerar considerablemente el proceso. Por todo ello, los negros de las islas antillanas se han desarrollado de una manera peculiar. Los negros hablan francés, inglés o español. Han perdido el recuerdo de su origen africano y se han occidentalizado. Ha surgido una clase media de negros y mulatos. Los prejuicios raciales y la discriminación, aunque siguen existiendo, han disminuido gradualmente. Aunque los blancos controlan la mayor parte de la industria, las clases medias negras poco a poco han llegado a dominar las ocupaciones profesionales y la administración pública. Los negros no son una minoría como en EE. UU. Han recibido una educación occidental y, por tanto, los blancos no pueden tomarse libertades con ellos.

Socialmente la situación no es en absoluto comparable a la de África Central o meridional, ni a la del Sur de EE. UU. Hace algunos años, en Trinidad, un sudafricano blanco consiguió un puesto en la administración pública. Por algún motivo, le dio una patada a un trabajador negro y este se la devolvió. El sudafricano blanco fue denunciado. El magistrado del tribunal, un hombre de color, le puso una multa. Se le hizo entender que ya no estaba en Sudáfrica y que, si no cuidaba sus modales, acabaría en la cárcel. La mayoría de las colo-

nias son gobernadas por la Oficina Colonial, que recibe una presión constante (aunque vaga) por parte de la población para que haya ciertos cambios y mejoras y, para acallar esas demandas, lo que acaba haciendo es nombrar a hombres de color en los puestos más altos del servicio. En las islas hay hombres de color de gran brillantez intelectual con distinguidas carreras en los tribunales, hospitales y universidades británicas. La clase media de color está haciendo grandes progresos. Se quejan de la discriminación racial pero su actitud es la misma que la de los blancos ricos, de hecho, de lo que en realidad se quejan es de no poder conseguir los puestos que desean y de que los blancos casi no les invitan a cenar.

La verdadera dificultad que encontramos en las Antillas es la pobreza del pueblo. Las islas han ido perdiendo paulatinamente su importancia económica. La intelectualidad negra y mulata utiliza a veces frases radicales pero, en general, se interesa solo por su propio desarrollo. A finales del siglo XIX, la comisión de Henry Norman recomendaba la disolución de los latifundios y la promoción de la propiedad campesina, pero los funcionarios y miembros elegidos de los consejos legislativos no se han preocupado por esos proyectos y la malnutrición, los problemas de vivienda y los bajos salarios parecen ser la situación permanente de la población negra. La crisis de 1929 y Ottawa han aumentado la carga de los pobres, lo que a su vez ha generado una creciente radicalización de las masas, una agudización del sentimiento racial y una creciente tensión social y política en las islas. Esta situación alcanzó su clímax en Trinidad el año pasado [1937] y no es casualidad que sucediese precisamente allí; de

hecho, muestra cómo la naturaleza humana responde a su entorno, ya sea en Londres, en China o en Perú.

Trinidad tiene una población de unos cuatrocientos mil habitantes, de los cuales más de un tercio son indios, descendientes de los hombres y mujeres indios llevados a la isla desde la India con contratos de servidumbre. No hay enfrentamientos raciales entre ellos y los negros. Al igual que en Sudáfrica y en EE. UU., 1919 fue un año muy agitado en las Antillas. Los estibadores convocaron una huelga general. Patrullaban la ciudad, obligaban a cerrar los negocios y, en un momento dado, tuvieron el control de la ciudad. Los industriales blancos exigían que se enviaran buques y afirmaban que solo con que los marineros armados desembarcasen se restablecería el *statu quo*. Había poca industria organizada e, igual que en Barbados, incluso a día de hoy a los artesanos y trabajadores no cualificados les cuesta organizarse. El autor estaba en la isla en ese momento y hubo una característica de los disturbios que fue ampliamente comentada en los círculos informados: mientras los trabajadores controlaron la ciudad, la policía se mantuvo particularmente inactiva. Se dijo que el oficial al mando fue sometido a una investigación donde alegó que no podía confiar en que los policías negros disparasen contra los trabajadores negros. En épocas normales, el sentimiento de raza no se nota. Niños de todos los colores reciben la misma educación en escuelas secundarias. Blancos, negros, marrones, indios y chinos juegan juntos al críquet o al fútbol, a veces en el mismo equipo, y todos los miembros de la comunidad acuden a animar a los suyos. Los equipos de críquet de las Antillas, compuestos por personas de todos los colores, juegan en Inglaterra o Australia sin demasiadas tensiones y muchas veces son recibidos

con gran cordialidad. Pero la división entre ricos y pobres es también una división entre blancos y negros y en los momentos de tensión se acentúa. Por eso mismo, aquí hay una posibilidad mayor de que la policía se ponga del lado de los trabajadores y esto supone una dificultad latente que se resuelve con buques, mientras los haya.

Entre 1919 y 1937, Trinidad, igual que las otras islas antillanas, ha vivido un aumento de la actividad política. El autogobierno es una de las cuestiones candentes y el consejo legislativo ya cuenta con cargos electos. Sin embargo, podemos encontrar el origen de esta nueva Trinidad en la industria petrolera, que ahora emplea a unos 10 000 hombres en la parte sur de la isla. La consecuencia inevitable de una industria a gran escala ha sido el desarrollo de un fuerte sentimiento de solidaridad laboral y de una conciencia política. La depresión sumió a la población en la pobreza y la incapacidad de los servicios sociales intensificó el sufrimiento. La cuestión etíope agudizó el sentimiento de solidaridad y opresión racial. Estos trabajadores leyeron con entusiasmo las noticias de las huelgas en Francia y EE. UU. Encontraron un líder en Uriah Butler, un activista de tendencia religiosa.

A pesar de su religión, la trayectoria de Butler es idéntica a la de muchos revolucionarios de Europa occidental. Desde la guerra, el líder del movimiento obrero en Trinidad había sido el capitán Cipriani, un hombre blanco que se identificaba con los intereses de la población negra e hizo un gran trabajo a su favor. Su partido laborista es una organización política poco definida, que protegía los intereses sindicales de los trabajadores en la medida que podía, promovía el autogobierno y durante años fue la única organización política de

masas en la isla. Pero Cipriani era un reformista. Butler era un miembro de su partido pero quería llevar a cabo acciones militantes y fue expulsado por sus opiniones «comunistas» y por ser «extremista». Se fue al Sur y continuó movilizando a los trabajadores petroleros. En junio del año pasado, estos organizaron una huelga de brazos caídos para reclamar una subida de los salarios. Las consecuencias no tienen precedente.

El gobierno intentó detener a Butler mientras hablaba ante una multitud; esta se opuso a la detención y la policía tuvo que retirarse. Un cabo negro, King, conocido en el distrito por su hostilidad hacia los trabajadores, siguió a Butler. Fue atacado por la multitud y, al intentar escapar, se cayó y se rompió una pierna. Mientras estaba en el suelo, fue golpeado, rociado con gasolina y quemado vivo. Es un incidente que refleja con exactitud los linchamientos del Sur de EE. UU. King era un hombre negro pero durante toda su carrera se había identificado con los blancos y los informes de la isla afirman que nadie se lamentó por haberle quemado vivo, sino porque no hubiese sido uno de «ellos», es decir, un blanco. Más tarde, ese mismo día, dispararon contra la policía y murió un subinspector.

A partir de ese momento, la huelga se extendió. Aunque, como dice el informe oficial, la destrucción de bienes puede haber sido obra de ciertos vándalos, hay que tener en cuenta que la huelga fue total en Puerto España, la capital, una ciudad de 80 000 habitantes situada en el otro extremo de la isla, a unas 40 millas del lugar en el que se originó. Este hecho, el más destacado de los disturbios, se menciona solo tangencialmente en el informe oficial diciendo: «Esa misma mañana en Puerto España, se había detenido el trabajo en todos los centros industriales». Los jornaleros agrícolas in-

dios, que a simple vista parece que no tienen mucho en común con el proletariado negro, también se pusieron en huelga en cuanto vieron la acción militante de los negros. En muchas partes de la isla el trabajo se paralizó por completo. El gobierno envió un buque. Pero, aunque en 1919 los disturbios se calmaron con la aparición de los marines, habían pasado muchas cosas desde entonces y la gente no se inmutó con la aparición del primer buque, ni siquiera del segundo. En un principio, el Gobernador había optado por una línea dura pero, vista la determinación de la población, él y uno de los funcionarios principales pasaron a usar un lenguaje hostil hacia los patrones blancos y buscaron la reconciliación. El Gobernador ha sido amonestado por ello y apartado del servicio colonial. Probablemente su acción estaba justificada.

Aunque el informe de la comisión lo niega, la información *in situ* afirma que había un sentimiento racial generalizado que se podría haber convertido fácilmente en un ataque contra los blancos. No podía ser de otra manera, ya que hasta el propio Gobernador subrayó cómo la cuestión etíope había agudizado la tensión política de la isla. La mayoría de los negros en todas partes creen equivocadamente que los negros de Etiopía fueron traicionados por los blancos por el hecho de ser negros. La comisión ha admitido las penosas condiciones que sufren los pobres de la isla y, por tanto, en cierto modo justifica la huelga. Sin embargo, lo más importante es el despertar político que ha traído consigo. El informe de la comisión sugiere, pero no llega a afirmar, que los trabajadores exigían una semana laboral de cuarenta horas y vacaciones pagadas, y sí afirma, aunque no está confirmado, que exigían una parte de los beneficios. Lo que exigían era misma remunera-

ción que los hombres blancos por el mismo trabajo y lo que mostraban era su resentimiento hacia los blancos sudafricanos que intentaban tratarlos de una forma a la que no estaban acostumbrados. Después de volver al trabajo, hicieron una nueva huelga para que se reconociese a la fuerza su sindicato recién creado. El capitán Cipriani, que había sido su ídolo durante años, no estaba en la isla durante la huelga y habló en su contra. Inmediatamente, lo echaron a él y a su partido. En toda la isla se están formando sindicatos y los trabajadores más avanzados quieren leer todo tipo de obras revolucionarias, de Marx y Engels y de otros escritores comunistas, así como obras que traten la cuestión etíope. En las últimas elecciones, en una circunscripción clave del sur de la isla, el candidato de los trabajadores era el señor Rienzi, un abogado indio, presidente de los nuevos sindicatos. Algunos de sus oponentes intentaron sacar el tema de la cuestión racial: los negros contra los indios. Pero Rienzi había luchado del lado de los negros, codo con codo durante la huelga, y no se dejaron distraer: tanto los trabajadores como sus dirigentes dejaron de lado la cuestión racial y proclamaron que se trataba de una cuestión de clase. Es así como estos trabajadores se han colocado de golpe a la vanguardia del movimiento obrero internacional. Ahora el gobierno está intentando aprobar un estricto decreto que impone fuertes penas por la mera posesión de obras radicales más o menos revolucionarias. La patronal blanca pide que se destinen más soldados a la isla. Está claro que el sentimiento racial irá perdiendo gradualmente su papel predominante en la lucha, ya que la clase media negra también se está posicionando claramente: están del lado de los blancos. El factor determinante en todo ello ha sido la industrialización.

Aunque no es prudente hacer predicciones, ese deseo de conseguir literatura revolucionaria muestra la necesidad de saber qué está pasando en el extranjero y hacer lo mismo. Ya se ha escrito un folleto local sobre el fascismo. No cabe duda de que este movimiento puede vincularse con los trabajadores más avanzados de Europa Occidental. Es una situación que va más allá de la de Costa de Oro. Este libro ya estaba siendo editado cuando tuvo que nombrarse una Comisión Real debido a la revuelta de Jamaica. Los negros de la Guayana británica también están en plena revuelta. En Trinidad sigue habiendo manifestaciones masivas. La historia de todos estos territorios es en esencia la historia de Trinidad. No podemos saber cuál es la solución, pero en cualquier caso tendrá que ser de amplio alcance.

La tercera y última de las revueltas recientes seleccionadas para su análisis tuvo lugar hace tiempo, en 1935. Pero es más importante que las otras dos. Trinidad no es más que una pequeña isla de las Antillas, los distritos costeros de África Occidental no son más que la periferia de los millones de negros que viven en África Central, Oriental y Meridional. El informe de la comisión de investigación sobre la revuelta de los mineros de Rodesia en 1935 ofrece una imagen muy clara de lo que pasa por la cabeza de las poblaciones africanas.

Rodesia del Norte es un nuevo tipo de colonia. Se parece a Kenia porque no hay una clase media entre los negros y los colonos blancos. Pero sí hay un proletariado industrial en la minas de cobre, que hace que el malestar de los nativos tenga más peso. Los salarios rondan los quince chelines al mes y, por supuesto, existe la habitual segregación y discriminación social. En octubre de 1935 hubo una huelga en las minas. Ha-

bían subido de golpe los impuestos y los trabajadores protestaron de la única forma que estaba en su mano. Los soldados acudieron rápidamente: seis nativos murieron, veintidós resultaron heridos y se restableció la paz. A simple vista, no parece una revuelta, sino una simple huelga que se fue de las manos. Pero esa sería una visión completamente equivocada de la situación actual en África. Veamos, por ejemplo, una traducción de la convocatoria a la huelga:

Escuchad esto, todos los que vivís en el país, pensad bien cómo nos tratan, pensad en vuestra tierra. ¿Nos tratan bien? No, así que preguntémonos unos a otros para recordar el trato que recibimos. Porque el día 29 de abril queremos que nadie vaya a trabajar, y el que vaya a trabajar si lo vemos, será un caso grave. ¿Sabes cómo nos hacen sufrir, nos engañan por dinero, nos arrestan por holgazanes, nos persiguen y nos meten en la cárcel por los impuestos? ¿Qué motivo les hemos dado? Y, en segundo lugar, aunque no quieras oír estas palabras, escucha, este año de 1935, si no nos pagan más, deja de pagar impuestos, ¿crees que te matarán? Tengamos valor, seguro que Dios estará de nuestro lado. ¿Ves cómo sufrimos en el trabajo y nos injurian y golpean continuamente a escondidas? Muchos hermanos mueren por 22 chelines 6 peniques, ¿por ese dinero debemos dejarnos la vida? A los que no sepan leer sus compañeros deben decirles que el 29 de abril no vayan a trabajar. Estas palabras no vienen de aquí, vienen de los sabios que están lejos y nos animan.

Eso es todo. Escúchame bien y, si es lo correcto, hagámoslo.
Somos todos los Nkana.

Africanos: hombres y mujeres.

Encantado,

G. Lovewey

Está claro que no es un simple llamamiento a la huelga, sino la exhortación a una lucha implacable contra enemigos mortales. Si los acontecimientos mundiales se lo permiten, sin duda destruirán a los que

les tienen cogidos por el cuello, igual que los negros de Santo Domingo destruyeron la plantocracia francesa. Esta sensación de haber llegado al límite y estar dispuestos a resistir hasta la muerte se refleja también en otro llamamiento encontrado por casualidad: «Nadie debe ir a trabajar el primero de mayo. Ninguna tribu, ninguna persona. Moriremos. Nos matarán el viernes. P.W.» El llamamiento a la huelga hace referencia a «los sabios que están lejos», probablemente aquellos que son más inteligentes que nosotros y nos guían. La investigación oficial ha señalado que el movimiento *Watch Tower* tiene cierta influencia sobre los nativos de Rodesia.

Watch Tower es una sociedad secreta originaria de EE. UU. Publica folletos políticos. Tiene una sede en Ciudad del Cabo y sus representantes celebran reuniones en Rodesia y en todo el sur de África. Sus enseñanzas se basan en la segunda venida de Cristo. En el pasado había anunciado una fecha concreta pero ya no lo hace, aunque espera a Cristo con confianza y cree que cuando venga el gobierno del mundo estará en sus manos. No es muy diferente de la doctrina de los misioneros. Pero *Watch Tower* va más allá y afirma que los gobiernos del mundo, especialmente los del Reino Unido y EE. UU., son organizaciones de Satanás y que todas las iglesias, especialmente la protestante y la católica romana, son sus emisarios. De esta forma, la religión se convierte en un arma en la lucha de clases.

Todos los libros y folletos de *Watch Tower* predicán una doctrina transparente. La organización del Diablo se compone «principalmente de aquellos que gobiernan y se consideran la parte oficial de la nación». Los gobiernos son «la Bestia», sobre todo la séptima potencia mundial, que es el Reino Unido. «La Sociedad

de Naciones va en contra de Dios y sus elegidos, ¿pero quién es el principal responsable del pacto de la Sociedad de Naciones?». El Diablo es su padre; el Imperio británico, su madre. «El catolicismo es una abominación a los ojos del Señor, pero los protestantes son aún más abominables que los católicos». El cristianismo organizado está lleno de inmundicias, lleno de «hipocresía, abominaciones, fornicación y suciedad. Bajo la actual forma de gobierno, la población sufre muchas injusticias y opresión. Los impuestos son elevados, pero los productos de su trabajo tienen un precio muy bajo. Está a punto de llegar el gran cambio de un gobierno extremadamente egoísta a uno totalmente altruista».

Las ilustraciones que acompañan predicán estos sentimientos aún con más fuerza. Por ejemplo, una de ellas muestra a cuatro personas que se pelean por un cuerpo tendido. Una es un europeo gordo vestido con traje, chistera y fusta de caza. La segunda es una figura parecida con sotana y una bolsa de dinero. La tercera es un apache europeo con una daga en la mano. La cuarta es un obispo gordo con mitra. Detrás, el Diablo los alienta. Se supone que es una representación de la Guerra Universal.

Es difícil determinar la verdadera influencia de *Watch Tower*. Marineros negros han informado al autor de que su influencia se extiende por todo África y que actualmente es la fuerza revolucionaria más poderosa de ese continente. El Jesús, gentil y dulce, de los misioneros no puede competir con el Dios de *Watch Tower*. La comisión que investigó los «altercados» de Rodesia reconoció su importancia y le dedicó muchas páginas.

Estas son las ideas que los mineros africanos tienen en la cabeza. Solo son absurdas a primera vista. En realidad, representan realidades políticas y expre-

san aspiraciones políticas mejor que los programas y políticas de partidos que tienen millones de miembros, varias revistas y medio siglo de historia a sus espaldas. *Watch Tower* dice lo que piensan los nativos que reflexionan, y por lo que están dispuestos a morir.

En su obra *The Native Problem in Africa* [El problema nativo en África], el Dr. Buell hace una observación destacable:

Una de las características más sorprendentes del África actual es la extrema credulidad con la que los nativos, bajo el influjo de un líder que afirma tener poderes divinos o místicos, tiran por la borda sus intereses materiales y sacrifican temerariamente sus vidas. No obstante, es poco probable que el nativo africano exprese este tipo de fanatismo en un ataque deliberado contra la autoridad europea. Pero ya ha demostrado un extraordinario poder de resistencia pasiva que hace que sea más difícil de controlar que si intentase masacrar a los europeos a sangre fría.

Este aparente fanatismo es la mejor muestra del verdadero sentir de muchos millones de africanos. Saben lo que quieren, pero no saben qué hacer. Excepto en colonias como Sierra Leona y Gambia y en cierta medida entre los intelectuales negros de los distritos costeros de África Occidental, hay que entender que detrás de cada conflicto sindical y detrás de cada movilización política se encuentra este deseo de liberación. Esta es la verdadera África. Y por eso los blancos les temen e intentan aterrorizarlos. El Dr. Buell escribió estas palabras hace más de diez años. Desde entonces han tenido lugar las revueltas del Congo que ya hemos analizado y que tenían poco que ver con la religión, por no decir nada. Cabe señalar que el movimiento *Watch Tower* predica un feroz resentimiento hacia todas las potencias imperialistas. No hace distinciones entre los

imperialismos fascistas y los democráticos. Para la inmensa mayoría de los africanos en África tal distinción carece de sentido.

Las implicaciones de este resentimiento, reprimido pero latente, llegan lejos. Si, por ejemplo, una revuelta comenzara en el Congo y se extendiera por África del Sur, del Este y del Oeste, los africanos podrían aplastar fácilmente a los blancos, siempre y cuando estos no pudieran recibir ayuda exterior. En Nigeria, con una población de veinte millones, hay menos de 5000 blancos y en Lagos, una ciudad de 150 000 habitantes, solo viven 1000 blancos. Hay muchos blancos en Sudáfrica, lo que supone un problema especial, pero el control imperialista de África realmente depende de los buques y aviones europeos.

Si observamos con cierta distancia, aunque a veces se frene y otras se desvíe, el fluir de la historia a menudo une diversos afluentes en su lógica envolvente. Los revolucionarios de Santo Domingo, el brazo negro de la Guerra de Secesión, fueron resortes inconscientes pero poderosos que hicieron avanzar la civilización moderna. Hoy en día, el minero de Rodesia, que vive con tres chelines a la semana, es otro engranaje más en una economía mundial que se tambalea y resulta tan antieconómico en el siglo XX como un esclavo desnudo en los campos de algodón de Alabama cien años antes. La emancipación negra se ha expandido con los siglos: lo que era local y nacional en Santo Domingo y EE. UU. se ha convertido en una cuestión internacional, que vincula el futuro de cien millones de africanos con los miedos y esperanzas de Europa Occidental. La conciencia política inherente al proceso histórico surge, aunque sea débilmente, en el África olvidada. Si entendemos que Toussaint utilizó el lenguaje revolucionario

del 89, entonces veremos el lenguaje grotesco de Watch Tower es un acercamiento primitivo a la dialéctica de Marx y Lenin. Y sirve para dar sentido a una serie casi interminable de fracasos. El africano se golpea contra los barrotes en aras de una mayor libertad.

EPÍLOGO.

HISTORIA DE LAS REVUELTAS PANAFRICANAS: UN RESUMEN (1939-1969)

Tengo que repasar los treinta años que van desde 1938, cuando se publicó este libro por primera vez, a 1969. Treinta años de actividad social, en el sentido más amplio de la palabra, y política: los éxitos y las derrotas de cientos de millones de personas en África, de decenas de millones de personas en EE. UU. y de unos cuantos millones más en las Antillas, que compensan su pequeño tamaño con intensidad y potencialidad. Además de la magnitud de material que esto supone, hay que tener en cuenta que pocos periodos de la historia son comparables a este en cantidad de logros, cambios, acontecimientos dramáticos y personalidades sorprendentes. En estas circunstancias, es necesario dejar claro lo que se puede y no se puede hacer, así como establecer el tono y el estado de ánimo de este repaso, aunque ello suponga unos cuantos cientos de palabras, tan valiosas.

Anatole France (ahora, por desgracia, poco apreciado por la crítica) hizo muchas observaciones ingeniosas y sabias: Un famoso gobernante, después de muchos éxitos y algunos fracasos, convocó a los sabios

de su reino y les dijo que quería que estudiaran los hechos y el significado de la Historia y luego se lo contarán. Los ancianos eruditos aceptaron tal responsabilidad, reunieron ayudantes y materiales y se retiraron durante veinte años. Luego regresaron con veinte volúmenes en los que habían resumido los hechos y el alcance de la Historia. Para entonces el monarca había envejecido y se quejó: «¿Cómo esperáis que a mi edad pueda hacer frente a todo eso, que lea o mucho menos estudie veinte grandes volúmenes? Marchad y resumid los veinte volúmenes para que pueda leerlos». Los historiadores se marcharon y, veinte años más tarde, un hombre muy anciano de larga barba volvió con un solo volumen. «Señor», dijo, «han muerto todos mis compañeros. Lo he resumido todo y aquí está, en un solo volumen». El monarca yacía en su lecho de muerte y se quejó con amargura: «¿Quieres decir que nunca conoceré los hechos ni el significado de la Historia? ¿Cómo voy a leer este enorme volumen que me traes, aunque sea solo uno?». El viejo historiador apartó el libro y le dijo: «Señor, puedo resumirle la historia de los hombres para que pueda comprenderla antes de morir: Nacieron, sufrieron y murieron».

Deseo que mis lectores comprendan la historia de las revueltas panafricanas en los últimos treinta años. Lucharon, sufrieron y siguen luchando. Una vez entendemos eso, podemos abordar nuestros problemas con el equilibrio mental necesario.

Primero, África: hablaré solo de dos de las casi cincuenta naciones africanas que han conseguido la independencia o un aumento de su poder. La primera es la que hoy conocemos como Ghana; la segunda, Kenia. Me resulta de gran ayuda el hecho de haber conocido personalmente a los líderes de ambas.

I. África

De Costa de Oro a Ghana

Vivía en Accra un subjefe llamado Nii Kwabena Bonne III. Era también un hombre de negocios. Hizo una breve campaña por el país para conseguir el apoyo de los jefes y, el 11 de enero de 1948, organizó un boicot a la compra de productos europeos importados. El boicot se llevó a cabo en la medida que era posible una empresa de este tipo. Fue general tanto en la colonia como en Ashanti y duró hasta el 24 de febrero.

Durante el boicot tuvieron lugar acontecimientos de una gran importancia simbólica. Las administraciones nativas, que eran hasta ese momento, al igual que los jefes, herramientas del gobierno, utilizaron su posición para multar a todos aquellos que no cooperasen con el boicot. Grupos de jóvenes recorrieron las ciudades para mantener el boicot a la fuerza si era necesario.

El gobierno no intervino hasta el 11 de febrero. Hubo una serie de reuniones entre la Cámara de comercio y Nii Bonne III, presididas por el Secretario Colonial. Se acordó bajar los precios durante un periodo de prueba de tres meses. Entonces, Nii Bonne III suspendió el boicot. Al mismo tiempo, el sindicato de militares retirados tenía planeado presentar el 24 de febrero de 1948 una petición al Gobernador exponiendo sus quejas, pero lo pospusieron al sábado 28. Ese día, el sindicato organizó una manifestación. Durante la misma, modificaron la ruta acordada y anunciaron su determinación de pasar junto al castillo de Christiansborg, la residencia del Gobernador. Se toparon con un escuadrón policial y, en el curso de la disputa, el superintendente de la policía, un hombre blanco, disparó contra los cabecillas: dos murieron y cuatro o cinco resultaron heridos. La noticia se difundió por el

distrito industrial de Accra, donde la gente, por primera vez en un mes, estaba comprando productos europeos. Estaban descontentos porque pensaban que el precio de los productos no era el acordado antes de la suspensión del boicot. Las noticias de los disparos hicieron que estallase la ira. La muchedumbre atacó y saqueó las tiendas europeas. Durante dos días, el sábado 28 y el domingo 29, la policía fue incapaz de restablecer el orden. Prendieron fuego a las propiedades y en dos días murieron quince personas y 115 resultaron heridas solo en Accra. También hubo disturbios en otras partes de la colonia. Los más importantes tuvieron lugar en Koforidua, donde el conflicto comenzó tras la llegada de un camión con hombres de Accra. En la ciudad y el distrito de Kumasi, los disturbios comenzaron el lunes 1 de marzo, una hora después de la llegada del tren de Accra.

Nkrumah dice que él y su partido, la United Gold Coast Convention, no tuvieron nada que ver con los disturbios y, como veremos, tenemos razones para creerle. Estos son los hechos resumidos. Pero un análisis en más detalle a la luz de los acontecimientos posteriores, resulta revelador. No fueron los disturbios habituales de una población hambrienta y furiosa por los altos precios. La primera etapa de una revolución está siempre marcada por un movimiento masivo de la población, generalmente dirigido por representantes del antiguo régimen. M. Georges Lefebvre, historiador de esa gran escuela de historiadores franceses de la Revolución francesa, ha demostrado que la revolución de 1789 en Francia estuvo precedida por disturbios masivos durante lo que él denomina la «crisis de la monarquía», que tuvo lugar en 1788, un año antes del estallido popular que culminó con la toma de la Bas-

tila el 14 de julio de 1789.⁵⁹ Ahora estamos en pleno siglo XX.

El primer estallido adoptó la forma de un boicot económico y duró un mes, pero estaba organizado por un jefe y apoyado por todos los jefes. La población de Accra sigue exactamente el mismo curso que han seguido las masas populares en todas las grandes revoluciones. La única organización existente era la de los militares y, cuando comenzó su manifestación, recibieron el apoyo de un gran número de seguidores y simpatizantes. Fuera cual fuera la intención original de los militares retirados, los simpatizantes les animaron a dirigirse hacia el castillo del Gobernador. Se oían a menudo gritos antirracistas.

Entre otras cosas, gritaban «¡este es el último gobernador europeo que ocupa el Castillo!» (no estaban muy equivocados, sería el penúltimo). La multitud lanzó piedras a la policía. Cuando intentaron detenerlos, insultaron a gritos a los policías europeos e invitaron a los africanos a abandonar las filas. Parece ser que lo consiguieron porque, cuando finalmente el superintendente dio la orden de disparar, los africanos no lo hicieron y él mismo tuvo que coger el rifle más cercano para efectuar los disparos que causaron las bajas. En ese momento solo había diez hombres con el superintendente Imray. Es ridículo pensar que una multitud de 2000 personas en la que se encontraban muchos hombres que habían luchado se acobardase por los disparos. Podrían haber acabado con los diez hombres en diez segundos y, dado que solo había dos oficiales y veinte hombres en Christiansborg, el castillo podría haber sido una nueva Bastilla. Ante situaciones como

59 Algunas de estas palabras se omitieron en ediciones anteriores. Véase el prólogo del editor.

esta hay que hacer deducciones en base a coyunturas similares observadas en situaciones históricas previas y dejando de lado los prejuicios hacia las multitudes y hacia los africanos. La muchedumbre se retiró porque se dio cuenta de que, si acababa con la resistencia insignificante que tenía delante, eso implicaría empezar una batalla para la que sabía que no estaba preparada. Por eso, como hacen las multitudes en esas circunstancias, prefirió retirarse.

Estoy usando aquí el informe de las investigaciones que llevaría a cabo más tarde la comisión de la Oficina Colonial y debemos recordar que, en momentos como estos, es difícil saber lo que la multitud pensaba en realidad y los motivos de sus acciones una vez ya han tenido lugar. Y, aunque no fuera así, una comisión gubernamental tampoco sabría a quién preguntar, cómo obtener las respuestas que importan ni cómo interpretar las pruebas que sí consiguiese recoger. La comisión dice que la muchedumbre era una «multitud anárquica». Eso es justo lo que no era. Actuaba de forma instintiva siguiendo ciertas leyes fundamentales de la revolución y veremos cómo obedeció esas leyes hasta el final.

Debemos observar con atención estas acciones incipientes porque se van a repetir en muchas zonas del África colonial, a menos que se produzca un gran cambio en la política del gobierno de Su Majestad. Lo que realmente ocurrió puede resumirse de la siguiente forma:

La población se movilizó y organizó a nivel nacional durante el boicot y esto les hizo conscientes de su poder. Ha sido un proceso rápido ya que este primer paso estaba liderado por sus líderes tradicionales, los jefes.

El llamamiento a que la policía africana no obedeciese a sus oficiales europeos no fue casualidad. Es algo que ocurre

al inicio de todas las revoluciones. Tampoco fue espontáneo. Ya durante el boicot, en el juicio de un jefe local acusado de organizarlo, habían aparecido en Accra carteles que convocaban a la policía a la huelga y a la desobediencia de las órdenes europeas.

La marcha hacia el castillo de Christiansborg y los gritos de que sería el último gobernador europeo demuestran que, gracias a la confianza generada durante el mes de boicot, el pueblo se sentía preparado para proclamar la consigna definitiva de la revolución: el final del dominio imperial.

Sabían lo que querían. Si no fueron directos al castillo y dudaron antes de acabar con la policía fue porque entendían las consecuencias de tales actos. Habían estado esperando un líder y lo encontraron en Nkrumah. Una multitud anárquica, nada más lejos. Dieciocho meses más tarde, Nkrumah convocaría la Asamblea legislativa de Ghana en Accra, en la que participarían 90 000 personas. En menos de dos años estas personas pondrían en marcha la campaña Acción Positiva [Positive Action] que paralizaría la vida de todo el país con la más absoluta disciplina y orden. Tres años después, Nkrumah conseguiría 22 780 votos de un total de 23 122.

Nkrumah fue excarcelado y elegido *Leader of Government Business* [Líder de asuntos gubernamentales]. Más adelante, en 1957, tras años de lucha, conseguiría por fin la independencia de Costa de Oro.

El mito de los Mau Mau

Al definir el carácter de la revuelta negra en Kenia lo decisivo no son las creencias africanas, ni las prácticas tribales, sino la tierra y los colonos blancos que la ocupaban. El ferrocarril hizo posible que los europeos que se habían asentado en las tierras fértiles y templadas de las zonas altas de Kenia exportasen sus cultivos. El Ministerio de Asuntos Exteriores no tardó

en dar su bendición oficial a una política que fomentaba el asentamiento blanco, algo nuevo en África. Como consecuencia, bajo supervisión de la Oficina Colonial, los asentamientos europeos se convirtieron rápidamente en el factor más influyente sobre el desarrollo social, económico y político del nuevo país.

Esta nueva Kenia se formó en la primera década del siglo XX. En abril de 1902, el *East Africa Syndicate*, una empresa estrechamente vinculada a Sudáfrica, solicitó por primera vez una gran superficie de tierra (500 millas cuadradas). A principios de 1903 solo había una docena de colonos y en agosto de ese año, el comisario Sir Charles Eliot envió a Sudáfrica a su administrador de aduanas, A. Marsden, para animar a otros colonos a emigrar al país. A finales de 1905, las autoridades del protectorado ya habían arrendado o vendido más de un millón de acres de tierra. En 1906 un gran grupo de bóeres conocidos como los «irreconciliables» fue caminando desde el Transvaal hasta Kenia; otros llegaron en barco desde Gran Bretaña y Sudáfrica.

De esta forma, comenzó un proceso nuevo para las colonias africanas: la lucha por convertirlas en un «país de blancos».

En ningún lugar de África ha habido una lucha como la que comenzó antes de 1914 y duró años y años, hasta culminar con la independencia de Kenia casi cinco décadas más tarde. Entre 1903 y 1906 se expropiaron importantes zonas de tierra kikuyu. Se pagaron unos 8000 chelines de compensación a unos 8000 kikuyu, pero hubo más de 3000 que no recibieron nada a cambio. El comisario Eliot escribiría que «nadie puede poner en duda que el distrito de Kikuyu, rico y excepcionalmente fértil, está destinado a ser uno de los principales centros de cultivo europeo y el proceso

de asentamiento se ve facilitado porque hay zonas sin población nativa».

Ya en 1914 la exclusividad de las «White Highlands» era una realidad y los europeos exigían el derecho habitual entre los colonos británicos a elegir sus propios representantes para el consejo legislativo del protectorado.

Fue una lucha continua. Finalmente, a principios de la década de 1950, los africanos (sobre todo kikuyu pero no solo) se levantaron en armas y, desde sus campamentos y escondrijos en los bosques, asaltaron los asentamientos y mataron a los granjeros blancos y a aquellos africanos que apoyaban al régimen británico. En general se considera que Dedan Kimathi y Waruhiu Itote («General China») eran los principales líderes de los ejércitos nacionalistas. Para asegurar alimentos, fondos, armas y medicamentos tenían que trabajar duro y correr muchos riesgos. En algunas zonas, la Guardia Nacional era fuerte, en otras, débil. En algunas zonas, el jefe simpatizaba con ellos, en otras, era completamente fiel al régimen. Hubo algunos líderes maravillosos cuyos nombres deben ser recordados: el propio Kimathi, Stanley Mathenge, China y Tanganyika en Nyeri, Matenjagwo, Kago y Mbaria Kaniu en Fort Hall y Kimbo, el ganadero, operando entre Nanyuki y Maivasha. La dificultad orográfica del terreno impedía una comunicación lateral dentro del propio bosque y la campaña pronto se convirtió en una serie de batallas locales de desgaste, cresta a cresta.

Aunque algunos fueron derrotados y otros se rindieron a las fuerzas británicas, muchos hombres y mujeres continuaron su resistencia en el bosque. Su objetivo, además de sobrevivir y continuar con su lucha por tierra y libertad, era atraer la atención internacio-

nal hacia su causa. No recibieron ayuda exterior y el Reino Unido tampoco creó una comisión de investigación política destacable.

Entre 1953 y 1955, Kimathi trató de ofrecer una perspectiva general de la resistencia en el bosque. En un momento dado, mientras estaba en el bosque, Kimathi dijo: «No lidero a rebeldes, lidero a africanos que quieren tierra y autogobierno. Mi gente quiere vivir en un mundo mejor que el que se encontró al nacer. Los lidero porque Dios nunca hizo una verdadera hermandad entre negros y blancos; para que se nos considere personas y seres humanos que pueden hacer todas las cosas».

A pesar de todo, la realidad es que el ejército nacionalista fue derrotado en los bosques por las enormes fuerzas enviadas por el Gobierno británico para mantener el régimen colonial. Unos 50 000 kikuyu y otros revolucionarios fueron detenidos en campos especiales para recibir un tratamiento que les curase de la enfermedad mental que, según las autoridades británicas, era la causa de que no se rindiesen. Jomo Kenyatta fue condenado a una larga pena de cárcel y, tras cumplirla, fue relegado lejos de la política keniana.

A pesar de que así consiguieron mantener su autoridad física y militar, los británicos se dieron cuenta de que ya no podían gobernar a la población de Kenia. Idearon maniobras constitucionales, acordadas por el Parlamento británico y sus expertos, que chocaron con el rechazo del pueblo y fracasaron. Al final, tuvieron que conceder a Kenia la independencia política. Las historias difundidas sobre los «Mau Mau» son mitos antiafricanos. No hay nada inherentemente africano en los «Mau Mau». Su organización social y las creencias correspondientes fueron desarticuladas

y perseguidas por los británicos y lo que los británicos denominaron Mau Mau era en realidad un conjunto *ad hoc* de creencias, juramentos y disciplinas creado con la intención específica de aunar la lucha contra el imperialismo británico, contra su dominación militar, política y económica y, en particular, contra el cristianismo que buscaba imponer.

Desde la independencia

En Costa del Oro y Kenia nos encontramos con los dos extremos de las luchas africanas por la independencia. No ha habido nada en la historia moderna más revelador que la rapidez con la que otros Estados africanos consiguieron la independencia política. En Argelia, los imperialistas franceses vivieron una experiencia similar a la de Kenia. Los militares franceses habían establecido lo que ellos consideraban un poder militar sobre las fuerzas nacionalistas argelinas, poco organizadas. Creían que tenían controlada la resistencia política. Llevaron al general de Gaulle al poder en Francia para demostrar por fin a los argelinos que eran franceses. Pero el general comprendió mejor que ellos la agitación revolucionaria. Se dio cuenta de que, independientemente de la eficacia de las armas y las cárceles, la mentalidad colonial que acepta la dominación estaba destruida y nunca podría restablecerse. Para indignación de los imperialistas y del ejército francés, elaboró un acuerdo de independencia con los nacionalistas argelinos, en el que protegió cuanto pudo las finanzas y el capital de los franceses. Fue tal la decepción y el enfado, sobre todo de los generales franceses, que estos intentaron asesinarle, de forma tan evidente que algunos tuvieron que ser juzgados e incluso encarcelados. Esto fue una prueba palpable de la vileza de esta pequeña parte de la población de una

civilización avanzada que se beneficiaba del imperia-
lismo. Además, miles de franceses que habían vivido a
costa de la población argelina se marcharon de Argelia
y regresaron a Francia.

Con el asesinato de Lumumba y los incansa-
bles esfuerzos del difunto Tshombe, el imperialismo
belga intentó seguir explotando las vastas riquezas mi-
nerales del Congo, al tiempo que reconocía de forma
simbólica el irrefrenable movimiento por la indepen-
dencia nacional.

La docena de años que han transcurrido desde
que Costa de Oro alcanzó su independencia en 1957
ha sido de las más agitadas e intensas políticamente
de la historia. Uno tras otro, los Estados africanos han
conseguido la independencia política a un ritmo verti-
ginoso, que no habría previsto ni el más optimista de
los primeros defensores de la independencia. Tras los
nombres de los líderes se esconde la realidad política.
Lo que hay que señalar es que tanto Kenyatta, como
Nkrumah o Banda (por mencionar a los más conocidos)
habían sido encarcelados por el Gobierno británico y
tuvieron que ser liberados para dirigir los Estados indepen-
dientes. El Gobierno británico, igual que el francés y el
belga, se dio cuenta de que, a pesar de sus soldados,
armas y aviones, no podía gobernar. Cuando se quebró
la mentalidad colonial, la única forma de restablecer
algún tipo de orden o (para evitar una palabra que ha
sido corrompida y resulta ofensiva) la única forma de
establecer una sociedad viable era convertir al hombre
encarcelado en jefe de Estado. Era la única manera de
que los pueblos africanos se integrasen de nuevo en
una estructura social.

Aceptaron al líder africano y a sus colegas afri-
canos. Pero, precisamente por eso, casi con la misma

rapidez con la que se consiguió la independencia, en un Estado africano tras otro ha llegado al poder una dictadura militar, lo que resulta especialmente deprimente en el caso del que parecía ser el más progresista y exitoso de los nuevos gobiernos africanos: el de Mali. ¿A qué se debe esta rápida decadencia del nacionalismo africano? La razón más conocida, que a menudo esgrimen los africanos y los defensores de la independencia africana, es que la explotación por parte del capital financiero e industrial de Europa y EE. UU. continúa. Incluso las personas poco informadas son conscientes de la bajada continua de los precios de los alimentos, muchas veces monocultivos, o de ciertos minerales que se producen y extraen en los países africanos, y la subida de los precios de los productos manufacturados, que los nuevos países independientes necesitan en sus frenéticos esfuerzos de modernización. Los bancos y las antiguas empresas con nuevos nombres africanos que trabajan por medio de agentes locales (como la Compañía de las Indias Orientales en Kenia) siguen controlando la vida en las nuevas comunidades africanas independientes. Ellos prescindirían de buena gana de las «ayudas» (tan pequeñas en cantidad pero tan publicitadas) si la independencia económica fuese un resultado automático de la independencia política. Sin embargo, y aunque no pretendo minimizar la subordinación económica de los nuevos Estados africanos independientes, hay otras razones objetivas que explican la aparente decadencia o, más bien, la desintegración repentina de todos estos Estados africanos y su transformación en crudas dictaduras militares.

Los Estados que heredaron los líderes nacionalistas africanos no eran en absoluto africanos. Con la desintegración del poder político de los Estados

imperialistas en África y el aumento de la militancia de la población africana, se configuró un patrón político determinado. Los líderes nacionalistas se granjearon partidarios, ellos o sus oponentes conseguían el apoyo de los funcionarios africanos que habían administrado el Estado imperialista y el nuevo Estado africano independiente se parecía mucho al viejo Estado imperialista, solo que ahora estaba controlado y administrado por nacionalistas negros. El difunto Frantz Fanon fue el que más claramente vio que estos hombres, educados en Occidente y orientados hacia Occidente, no tenían casi nada africano o nacionalista que aportar al establecimiento de un orden verdaderamente nuevo y verdaderamente africano. De hecho, su defensa absoluta de que la revuelta era el medio contra estos regímenes nacionalistas negros fue lo que contribuyó a afianzar su reputación. Fanon consideraba que la revuelta incondicional era el único medio de librar a África de la dominación económica y psicológica de la civilización occidental que, con independencia o sin ella, se aseguraría de que África y los africanos siguiesen siendo los leñadores y aguadores de la civilización occidental. Aparentemente, Sekou Toure de Guinea era el único líder africano que pretendía construir una sociedad que utilizara las técnicas europeas para fortalecer y desarrollar la herencia africana. Pero Guinea era un país muy pequeño y muy poco desarrollado y los asistentes de Moscú, de cuya ayuda dependía, conspiraron para derrocar su régimen y Guinea no pudo prosperar ni servir de ejemplo a África. Ese ejemplo, en cambio, vendría de Tanzania, con el liderazgo del Dr. Nyerere. El impacto que la política tanzana ha tenido en África y, con el tiempo, tendrá en el resto del mundo, desarrollado o en desarrollo, ha consolidado al Estado africano

de Tanzania como uno de los fenómenos políticos más destacados del siglo XX. Tanzania es la cima más alta que han alcanzado hasta ahora los negros rebeldes y es imprescindible aclarar, también a los negros de todo el mundo, esta nueva etapa de pensamiento político. Pero primero es necesario fijar algunas nociones sobre lo que está ocurriendo en otras zonas de la realidad política negra y sobre lo sucedido desde 1938.

II. Sudáfrica

Desde el final de la II Guerra Mundial, ningún régimen del mundo (es decir, ningún régimen histórico moderno) ha dejado tan claro como Sudáfrica cuál es su preocupación principal y permanente: la represión y contención del creciente rechazo revolucionario de los millones de negros a costa de los que vive. Esa es la historia que escribe a diario el régimen sudafricano blanco, apoyado por la neutralidad benevolente de Europa, EE. UU. y los Estados fronterizos que intenta construir y fortalecer frente a la destrucción política de un continente africano independiente y consciente.

Aquí se intentará mostrar algo que normalmente se pasa por alto, la presión (la presión social objetiva) que ejercen los negros sudafricanos, los más desarrollados de África, sobre algunos aspectos vitales del régimen sudafricano.

Un primer ministro de Sudáfrica, B. J. Vorster, dejó perfectamente claro que el régimen no tenía intención de conceder derechos políticos a los africanos de las ciudades. En un discurso en el Parlamento, el 24 de abril de 1968, dijo:

Se quedan allí porque no pueden generar su propio empleo. Pero el hecho de que les des trabajo no te obliga a otorgarles derechos políticos en tu Parlamento. Porque trabajar para alguien no te da derecho a meterte en sus asuntos,

¿verdad?... Es cierto que hay negros que trabajan para nosotros. Seguirán trabajando para nosotros durante generaciones, a pesar de que nuestro ideal sea separarlos del todo...

La realidad es que los necesitamos porque trabajan para nosotros pero, al fin y al cabo, les pagamos por su trabajo... Trabajar para nosotros no les da derechos políticos. Ni ahora, ni en el futuro... bajo ninguna circunstancia podemos concederles esos derechos políticos en nuestro propio territorio, ni ahora, ni nunca.

Esto refleja el miedo que los sudafricanos blancos les tienen a los negros.

Cualquier análisis de las leyes y políticas laborales de Sudáfrica mostrará las pretensiones y la realidad de las condiciones de los africanos en las zonas urbanas. En ellas viven más de cuatro millones de africanos. A pesar de las medidas desesperadas para limitar el flujo de africanos a las ciudades, la población urbana africana se duplicó entre 1945 y 1960, cuando el censo contabilizó 3 471 233. Durante doce de esos quince años notables, el gobierno nacionalista estuvo muy ocupado con su política de separación racial.

Para apreciar mejor la situación, habría que analizar la composición racial de las trece zonas urbanas principales, enumeradas en el siguiente cuadro. Estos centros de actividad industrial y comercial se consideran zonas «blancas», aunque la población blanca es mucho menor que el resto.

La mayor concentración industrial la encontramos en Witwatersrand, donde los blancos no llegan ni a la mitad del resto de razas juntas y hay medio millón más de africanos que de blancos (eso sin contar a las demás razas).

**Población de las principales zonas urbanas en 1960
aproximadamente**

	Africanos	Blancos	Mestizos	Asiáticos
Johannesburgo	650 912	413 153	59 467	28 993
Ciudad del Cabo	75 200	305 155	417 881	8975
Durban	221 535	196 398	27 082	236 477

El objetivo de la Ley de Áreas Urbanas es controlar la afluencia de africanos a estas zonas urbanas, establecer zonas separadas para su alojamiento, controlar su trabajo e imponer estrictas normas de control y movimiento. En resumen, busca proporcionar a los blancos mano de obra negra sin que los negros puedan por ello adquirir derechos residenciales, sociales o de otro tipo en las zonas en las que trabajan. Por mucho que lo intenten, los blancos sudafricanos no pueden aislar ni circunscribir a la población negra. La cruda realidad es que sin la participación de la población negra, la economía sudafricana se desmoronaría.

Estas son algunas cifras publicadas por el movimiento *antiapartheid* en febrero de 1969.

Población (mediados de 1967)

	Cantidad	Porcentaje
Africanos	12 ¾ millones	68 %
Blancos	3 ½ millones	19 %
Mestizos	1 ¾ millones	10 %
Indios	½ millón	3 %

El 88 por ciento de la población de color vive en el Cabo.

El 83 por ciento de la población india vive en Natal. Se les prohíbe vivir en el Estado Libre de Orange.

Distribución de la población por raza en cada una de las cuatro ciudades principales (porcentaje)

	Africanos	Blancos	Mestizos	Indios
Johannesburgo	36 %	56 %	5 %	3 %
Ciudad del Cabo	38 %	9 %	52 %	1 %
Durban	29 %	32 %	4 %	35 %
Pretoria	49 %	47 %	2 %	2 %

Se han creado tres Estados denominados africanos: Transkei, Ciskei y Tswanaland, y se han llamado «bantustanes» con la intención de desarrollar así un sentimiento de raza y nación al margen de la Sudáfrica blanca. Eso no cambia ni mitiga las presiones de los negros sudafricanos contra los blancos. A los encarcelamientos, las torturas y los fusilamientos se añade ahora una guerra de guerrillas. Una cosa está clara: el régimen actual en Sudáfrica solo puede seguir existiendo en base a una creciente persecución y una brutal represión de los negros. La historia en general y esta en particular apuntan a que este régimen acabará de forma violenta tarde o temprano, probablemente más temprano que tarde.

III. EE. UU.

Tras 71 años de linchamientos, 1952 fue el primer año en que no hubo ninguno. Pero eso no quiere decir que no aparecieran cuerpos de hombres negros

que habían ofendido a algún blanco flotando en aguas poco profundas, o que algunos desaparecieran sin que sus familias y amigos supieran si se habían ido al Norte o si los racistas blancos habían acabado con ellos. La Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, una organización predominantemente de clase media, formada sobre todo por negros pero en la que había también algunos simpatizantes blancos, se centró en la abolición de la discriminación legal contra los negros y tuvo éxitos notables. Las luchas legales y las acciones masivas tenían un efecto recíproco. El famoso boicot de los autobuses de Montgomery, Alabama, empezó el 5 de diciembre de 1955 y esta acción, de un alcance y una fuerza sin precedentes, fue una crecida que se convirtió en una riada. El 5 de junio de 1956, un tribunal federal dictaminó que la segregación racial de los autobuses de Montgomery era inconstitucional. Más tarde ese mismo año, la Corte Suprema de Justicia de EE. UU. confirmó el fallo del tribunal de distrito que prohibía la segregación en los autobuses de Montgomery. El 20 de diciembre notificó a los funcionarios municipales, estatales y de la compañía de autobuses las órdenes judiciales federales que prohibían la segregación. En unos encuentros masivos, los negros de Montgomery pusieron fin al boicot de autobuses que había durado más de un año y el 21 de diciembre finalmente se produjo la integración en los autobuses.

El Congreso aprobó la Ley de derechos civiles de 1957, la primera legislación federal sobre derechos civiles desde 1875. Ese mismo año, el presidente Eisenhower, con evidente reticencia, ordenó el envío de tropas federales a Little Rock, Arkansas, para evitar cualquier problema con la integración escolar del

instituto. Era el 24 de septiembre. Estos episodios podrían parecer formas inusuales de lucha, similares a otras que ya se habían planeado o incluso intentado a medias en el pasado. Pero enseguida demostraron ser los desencadenantes de la mayor crisis social en EE. UU. desde la Guerra de Secesión.

Fueron los estudiantes negros los que empezaron esta lucha. El 1 de febrero de 1960, cuatro estudiantes de Carolina del Norte organizaron una sentada en Greensboro, en una tienda de todo a diez centavos. El 10 de febrero el movimiento ya se había extendido a quince ciudades de cinco estados sureños. En marzo, mil estudiantes del estado de Alabama marcharon hacia el Capitolio y se manifestaron en protesta. En abril, se organizó el Comité Coordinador Estudiantil No Violento en el campus de la Universidad Shaw. En mayo, el presidente Eisenhower firmó la Ley de derechos civiles de 1960, pero eso fue algo insignificante en comparación con el tremendo movimiento negro que estaba en marcha: multitudes en una ciudad tras otra; grupos de viajeros de la libertad («Freedom riders»), jóvenes hombres y mujeres negros que se enfrentaban a las bombas, balas, látigos y prisiones del Sur, tanto oficiales como no oficiales; estudiantes negros en los campus; jóvenes negros en las escuelas. No debemos olvidar que tanto la Nueva Izquierda como el desafío revolucionario hacia las autoridades del campus por parte de los estudiantes blancos comenzaron a tomar forma como consecuencia directa del cambio en las protestas de los estudiantes negros, que pasaron de pedir reformas a optar por la acción revolucionaria.

Sería un error, llegados a este punto, intentar dar detalles de los eventos o personalidades. El

simple hecho de nombrar a algunos implica omitir, y por tanto discriminar, a otros. No obstante, se puede decir que nombres como LeRoi Jones, Stokely Carmichael, Eldridge Cleaver, Rap Brown, Malcolm X, Martin Luther King o los Panteras Negras son conocidos por los jóvenes de EE. UU., pero también por la población blanca de todo el mundo. Un verano tras otro, hemos visto las tremendas luchas de los muchedumbres negras, dirigidas por líderes locales, completamente desconocidos. Quizá la más significativa sea la que se produjo tras el asesinato del Dr. Martin Luther King, líder negro mundialmente conocido. El gobierno estadounidense acordonó la Casa Blanca y los edificios y zonas gubernamentales de Washington. Luego abandonó la ciudad, la capital de EE. UU., en manos de los negros insurrectos, que son la mayoría poblacional de Washington. La pregunta que debemos hacernos es: ¿qué otra cosa podría haber hecho el gobierno?

Reflejamos ahora la cuestión que se plantea más a menudo: ¿podría un gobierno movilizar a la población blanca, o la mayor parte de ella, en defensa del racismo blanco contra los negros militantes? La única respuesta legítima está en la población negra, en si continúa su militancia o se retracta. Esta población asciende por lo menos a treinta millones de personas que se encuentran estratégicamente en el corazón de muchas de las ciudades más importantes de EE. UU. Si la población negra sigue luchando contra el racismo (los militantes y jóvenes de forma activa, y las clases medias, como simpatizantes o neutrales), hará falta destruir los EE. UU., tal y como los conocemos desde 1776, para acabar, físicamente, con la lucha negra.

IV. El Caribe

El Caribe es una pequeña zona en la que durante siglos han gobernado los británicos y los franceses y, en la actualidad, a uno o dos territorios británicos se les ha concedido lo que conocemos como independencia. Hay que hacer algunas puntualizaciones sobre estos territorios extraordinariamente importantes pero diminutos a escala mundial.

En primer lugar, recientemente un académico británico, Sir Richard Pares, en una obra titulada *Merchants and Planters* [Comerciantes y colonos, dueños de las plantaciones], ha sido el primero en decir claramente que, ya a mediados del siglo XVIII, los que realmente gestionaban las plantaciones, esas plantaciones que fueron fuente de tanta riqueza, que contribuyó a su vez de manera determinante al desarrollo de los países desarrollados, eran los esclavos. *Merchants and Planters* es un estudio del Caribe y ha sido publicado por la sociedad de historia económica de la Cambridge University Press. Pares señala que

en todos los inventarios encontrados en los archivos de las Antillas es habitual que el molino, la caldera, el alambique y las construcciones supongan un sexto del capital total; en la mayor parte de las plantaciones suponían más bien un décimo. Las mayores partidas de capital eran, con diferencia, el valor de los esclavos y la superficie de caña plantada con su trabajo.

De modo que el mayor valor de capital (en torno a 1760) en las plantaciones de azúcar, eran los esclavos y las tierras que ellos mismos habían trabajado. Todo tipo de economistas hacen todo tipo de estudios sobre las Antillas sin saber que lo realmente valioso en esaspreciadas unidades económicas eran los esclavos y las

tierras cultivadas con su trabajo. Esto se les escapa a casi todos, menos a este académico inglés.

Pares continúa diciendo: «Sin embargo, si lo analizamos en detalle, vemos que el capital industrial necesario era mucho más que una sexta parte del total. Porque en el molino, la sala de calderas y el alambique había un equipo de especialistas, casi todos esclavos, pero no por ello menos especialistas».

Había un grupo de esclavos, pero eran especialistas. ¡Una formidable economía que generó tanta riqueza, sobre todo para la sociedad británica, y eran los esclavos los que gestionaban esas plantaciones! Pares insiste en ello: «Eran numerosos y muy valiosos por sus conocimientos. Si sumamos su valor al de los instrumentos y maquinaria que utilizaban, nos encontramos con que el capital industrial de las plantaciones, imprescindible para que fuesen plantaciones, probablemente casi llegaba a la mitad del capital total».

Evidentemente, Pares considera necesario señalar lo que no ha conseguido encontrar en los estudios previos: «Pero cuando miramos las descripciones de los negros, encontramos tantos caldereros, albañiles, carreteros, contra maestros de molino y demás, que genera desconfianza hacia nuestras categorías, sobre todo hacia algunas descripciones como esta: “excelente calderero y negro del campo”».

De modo que hacia 1766 eran los negros los que hacían que las plantaciones funcionaran. Se describe a un hombre como un excelente calderero y negro del campo, pero esto nos impide situar a esa persona en ambos lugares: no solo trabajaba en el campo, también hacía un trabajo técnico imprescindible. Se complica aún más por el hecho de que eran las personas enfermas las que solían hacer los trabajos técnicos. Si a los

enfermizos se les asignaban los trabajos técnicos, es necesario que reflexionemos de nuevo sobre la rápida difusión de conocimientos técnicos.

Esto nos ofrece una imagen totalmente diferente del tipo de civilización que existía en las Antillas mucho antes de la Revolución francesa de 1789. En EE. UU., en general, la mano de obra cualificada era blanca. Pero en el Caribe no había trabajadores blancos. Hay más evidencia que lo sustenta y parece legítimo decir que los esclavos hacían que la sociedad funcionase. Sin ellos, la sociedad habría colapsado. De hecho, esto queda perfectamente claro en ciertos escritos sobre Trinidad y Tobago.

Debido a este proceso, los habitantes de estas islas caribeñas han conseguido un asombroso dominio de las técnicas de la civilización occidental. A pesar de ello, los prejuicios raciales siguen siendo (sutil y no tan sutilmente) una característica dominante de la estructura social de las islas. Lo que ha ocurrido es que la población (que no es autóctona, porque los amerindios fueron exterminados) se ha visto obligada a dominar los lenguajes y las técnicas de la civilización occidental y lo ha hecho con una habilidad asombrosa. La lucha por la independencia de los africanos y los negros está salpicada de personalidades de origen caribeño: Rene Maran, ganador del Prix Goncourt en 1921 por la denuncia, en su novela *Batuala*, de la explotación francesa de los pueblos de África, donde trabajó como funcionario; Marcus Garvey, George Padmore, Frantz Fanon, Aime Cesaire, Stokely Carmichael... Pero este dominio de ciertos aspectos de la civilización occidental solo ha podido ejercerse plenamente en Europa occidental y en EE. UU. porque, como vienen haciendo desde un principio, los imperialistas controlan la economía

y las finanzas de los territorios. La única diferencia a día de hoy es que son hombres negros los que administran los intereses imperialistas. Es una situación explosiva. La economía sigue siendo una economía colonialista como la del siglo XVII, completamente dominada por las potencias extranjeras, pero la población es moderna, una población del siglo XX, instruida en los lenguajes y técnicas de la civilización occidental y muy desarrollada gracias al pequeño tamaño de las islas y la estrecha relación que existe entre lo que se conoce técnicamente como rural y urbano. En las islas británicas se intentó crear una federación, ya que los británicos estaban deseando librarse de la responsabilidad de esas islas, desde que el Caribe pasó a ser un mar estadounidense. Pero la federación se vino abajo. La razón es muy sencilla: una federación implicaba que la línea económica ya no iba desde cada isla a Londres, hasta entonces la capital económica y financiera de cada uno de los territorios. Las nuevas líneas irían de isla a isla. Lo que implicaba una ruptura con el antiguo sistema colonial. Los políticos antillanos prefirieron la disolución de la federación.

La revuelta iniciada en 1969 en Curazao, una isla dominada por los intereses petroleros holandeses, es un ejemplo de la situación en las islas, de lo inherente a ellas y de lo que puede suceder en cualquier momento.

Se trata de una revuelta de trabajadores y jóvenes desempleados, que incendiaron establecimientos comerciales por un valor estimado entre 15 y 40 millones (moneda holandesa). En apariencia, la revuelta era un proceso espontáneo contra Westcar, subcontratista de Shell Oil, que había bajado los salarios y despedido a trabajadores. Pero la huelga subsiguiente se expan-

dió también a Shell, que representa más del noventa por ciento de la renta nacional. Los trabajadores se dirigieron hacia el Parlamento y, al encontrarse con una columna de policías armados, estalló la revuelta.

Actualmente, hay 300 prisioneros políticos en las cárceles. Según la ley local pueden permanecer allí hasta dos años si fuera necesario, mientras se investigan sus casos.

Se suponía que la «paz» se iba a restablecer con la llegada de 600 marines holandeses, pero esto no ocurriría en 1969. En realidad, con la dimisión del gobierno democrático que había estado en el poder durante los últimos catorce años se consiguió una paz inestable. Cuando tuvo que enfrentarse a una revolución, dicho gobierno aceptó celebrar elecciones. Los líderes al frente de la clase obrera afirman abiertamente que, si ese gobierno democrático es reelegido, los acontecimientos de mayo se repetirán con estragos aún mayores.

Herbert Specer, presidente de la federación de trabajadores del petróleo, señala lo que es una verdad evidente: «En última instancia, la revuelta de mayo demuestra que la gente quiere cambios y, si no los hay, puede ocurrir cualquier cosa». Aunque sean pequeñas, su origen histórico y su desarrollo han sido tales que estas islas caribeñas pueden hacer contribuciones muy importantes a la economía y política de un mundo de tortura. Eso es exactamente lo que ha hecho la Cuba de Castro.

V. «Fuera de África para siempre»

Desde hace cientos de años, prácticamente desde el comienzo (aunque no del todo) del contacto entre la civilización occidental y África, ha sido una

práctica casi universal el tratar los logros, creaciones y descubrimientos africanos como si la civilización occidental fuera la norma y los pueblos africanos estuvieran siempre imitando al mundo occidental, intentando alcanzarlo o, peor aún, pasando por sus etapas primitivas. Por ello, antes de situarlos históricamente, expondremos de la forma más directa posible los logros históricos que se pueden ver a día de hoy en uno de los Estados africanos.

Para empezar, el gobierno de Tanzania ha nacionalizado los principales centros de vida económica del territorio. Aunque sea un gesto importante y necesario, no basta para crear una nueva sociedad. De hecho, la nacionalización ya no es necesariamente una señal de una nueva sociedad, ya que hoy en día los dictadores de derechas (Perú) y la jerarquía católica (con la bendición del Papa) también están dispuestos a nacionalizar e incluso confiscar. Pero el gobierno de Tanzania ha ido más lejos. En la declaración de Arusha del 29 de enero de 1967 se apunta hacia un nuevo tipo de funcionario del gobierno:

PARTE 5: LA RESOLUCIÓN DE ARUSHA

Por lo tanto, el Comité Ejecutivo Nacional, reunido en el centro comunitario de Arusha entre el 26 y el 29 de enero de 1967, resuelve

El liderazgo

Todos los dirigentes del TANU y del gobierno deben ser o campesinos u obreros y no estarán ligados de ningún modo a las prácticas del capitalismo ni del feudalismo.

Ningún dirigente del TANU o del gobierno tendrá acciones en ninguna empresa.

Ningún dirigente del TANU o del gobierno será director de una empresa privada.

Ningún dirigente del TANU o del gobierno recibirá dos salarios o más.

Ningún dirigente del TANU o del gobierno será el propietario de casas que alquile a otros.

A efectos de esta resolución, el término «dirigente» incluye a los miembros del Comité Ejecutivo Nacional de TANU, los ministros, los parlamentarios, los altos funcionarios de las organizaciones afiliadas a TANU, los altos funcionarios de las organizaciones paraestatales, todos los nombrados o elegidos en virtud de cualquier cláusula de la Constitución de TANU, los consejeros y los funcionarios de los cuadros superiores y medios. (En este contexto, «dirigente» significa un hombre, o un hombre y su esposa; una mujer, o una mujer y su marido).

Una resolución como esta probablemente excluye al 90 por ciento de las personas que gobiernan y administran otras partes del mundo, tanto en países desarrollados como subdesarrollados. El gobierno pretende crear un nuevo tipo de sociedad, que no se base en teorías occidentales sino en las circunstancias concretas de la vida africana y su pasado histórico.

Tal vez el cambio más revolucionario de todos sea la reconstrucción del sistema educativo, para que prepare a los niños y a los jóvenes, y en particular a los jóvenes de la educación secundaria, para esa nueva sociedad que el gobierno de Tanzania quiere construir. La sencillez con la que el Dr. Nyerere expone los propósitos de su gobierno disimula el hecho de que ni en Platón, ni en Aristóteles, ni en Rousseau, ni en Karl Marx encontramos unas desviaciones tan radicales, tan revolucionarias, del orden educativo establecido.

Junto a este cambio de enfoque en los planes de estudio, debe producirse un cambio paralelo e integrado en la forma de gestión de nuestras escuelas, para que ellas y sus ocupantes se conviertan en una parte real de nuestra sociedad y nuestra economía. Las escuelas deben convertirse, de hecho, en comunidades, en comunidades autosuficientes. Los profesores, los trabajadores y los alumnos deben ser miembros de una

unidad social, igual que los padres, los parientes y los hijos son la unidad social familiar. Debe existir el mismo tipo de relación entre profesores y alumnos en la comunidad escolar que entre padres e hijos en los pueblos. Y la primera comunidad debe darse cuenta, al igual que la segunda, de que su vida y su bienestar dependen de la producción de riqueza, ya sea a través de la agricultura o de otras actividades.

Esto implica que todas las escuelas, pero sobre todo las escuelas secundarias y otras formas de educación superior, deben contribuir a su sustento, deben ser comunidades económicas, además de sociales y educativas. Cada escuela debe tener, como parte integrante, una granja que proporcione los alimentos de la comunidad y que contribuya de algún modo a la renta nacional.

No se trata de una sugerencia para que cada escuela tenga una granja con una finalidad educativa, sino de que cada escuela sea también una granja, que la comunidad escolar esté formada por personas que sean a la vez profesores y agricultores, alumnos y agricultores. Obviamente, si hay una granja escolar, los alumnos que trabajen en ella deberían aprender las técnicas y tareas agrícolas. Pero la granja sería parte integral de la escuela y el bienestar de los alumnos dependería de su rendimiento, igual que el bienestar de un agricultor depende del rendimiento de sus tierras. Por consiguiente, cuando este sistema esté en funcionamiento, el apartado de ingresos de las cuentas de una escuela no se limitará a anotar: «subvención gubernamental» o «subvención de una agencia u organización benéfica». Se podrá leer: «Ingresos por la venta de algodón (o cualquier otro cultivo adecuado a la zona), Valor de los alimentos cultivados y consumidos, Valor del trabajo realizado por los alumnos en construcción o mantenimiento de edificios, equipamiento..., Subvención gubernamental, Subvención de...».

Pocas cosas muestran tan claramente una ruptura radical, revolucionaria y absoluta con los hábitos y pensamientos occidentales que la nueva actitud hacia el agricultor tanzano. Algunos agricultores habían seguido los consejos recibidos oficial y extraoficialmente

de los occidentales: deseándole lo mejor a él y a su país, le han animado a esforzarse individualmente, de una forma en esencia capitalista. Siguiendo este consejo, los agricultores de ciertos distritos de Tanzania (sobre todo de las laderas de la montaña Kavirondo) han tenido éxito con este tipo occidental de agricultura. Fijémonos en la actitud económica (que es en realidad política) del gobierno tanzano hacia este tipo de agricultor. Al analizar la Tanzania «tras la declaración de Arusha», el Dr. Nyerere describe la comunidad socialista cooperativa a la que aspira el país y a continuación dice:

Este es el objetivo. Se expone claramente, y con más detalle, en el documento político. Debemos entenderlo para saber a dónde queremos llegar. Pero no es algo que vayamos a conseguir de la noche a la mañana. Tenemos un largo camino por delante.

Porque lo que ha sucedido durante los últimos años es algo muy diferente. No hemos ampliado y modernizado nuestra unidad familiar tradicional, sino que la hemos abandonado, sustituyéndola por una agricultura capitalista a pequeña escala. Muchos de nuestros agricultores más dinámicos, sobre todo los que tienen más iniciativa e interés por aprender nuevas técnicas, se han asentado individualmente. No han ampliado sus explotaciones, uniéndose a otros en un espíritu de igualdad, sino empleando mano de obra. Así pues, nos encontramos en los comienzos del desarrollo de una clase trabajadora agrícola, por un lado, y una clase empleadora más rica, por otro. Afortunadamente, este desarrollo no ha ido muy lejos, podemos revertir la tendencia sin dificultad. Pero no debemos hacerlo persiguiendo a los agricultores progresistas, ¡al fin y al cabo les hemos animado a ir en esa dirección! Por el contrario, debemos buscar su cooperación e integrarlos en la nueva agricultura socialista demostrándoles que este desarrollo redundará en beneficio de sus intereses. Porque la energía e iniciativa que han demostrado estos agricultores son muy importantes para nuestro éxito. Necesitamos a estas personas.

Esto es algo nuevo en la historia del pensamiento político. Las aldeas cooperativas a las que se aspira se denominan *Ujamaa* y el Dr. Nyerere ha llamado socialismo a este intento de crear una nueva sociedad. En nuestra opinión, está en su derecho, pues si respetamos lo que está haciendo debemos relacionarlo con los conceptos tradicionales y contemporáneos del socialismo.

En primer lugar, hoy en día nadie cree que lo que hay en Rusia y Europa del Este sea, en algún sentido, socialista, es decir, sociedades que hayan alcanzado y aspiren a estadios más amplios de libertad, igualdad y fraternidad, así como a relaciones sociales más elevadas que las conseguidas por las democracias parlamentarias más avanzadas. Eso es el socialismo porque, en caso contrario, sería un fraude deliberado y consciente, incluso peor que la decadencia capitalista. Lo que es peor, más lamentable, es que algunos de los nuevos Estados africanos, deseosos de librarse del estigma capitalista, hayan inventado una nueva categoría denominada socialismo africano. Merece la pena mostrar aquí la descripción que hace uno de los nuevos Estados independientes de ese socialismo africano:

Adaptabilidad

15. El socialismo africano debe ser flexible porque los problemas a los que se enfrentará y los deseos de la población cambiarán con el tiempo, a menudo de forma rápida y significativa. Un sistema rígido y dogmático tendrá pocas posibilidades de sobrevivir. El sistema debe:

(i) avanzar hacia los objetivos últimos; y

(ii) resolver con eficacia los problemas más inmediatos.

16. Por muy acuciantes que sean los problemas inmediatos, la principal consideración será el progreso hacia los objetivos últimos. En especial, la igualdad política, la justicia social y la dignidad humana no se sacrificarán para alcanzar más rápidamente los objetivos materiales. Tampoco se com-

prometerán estos objetivos hoy con una vaga esperanza de que, al hacerlo, puedan restablecerse más plenamente en un futuro desconocido y lejano.

¿Cuándo ha habido un Estado, empezando por el de Adán y Eva, que no haya proclamado, o hubiera podido proclamar, que tenía en mente los objetivos últimos mientras atendía a las necesidades inmediatas? Eso no es socialismo. Es un sinsentido. No es africano. Es una palabrería burocrática a la que estamos acostumbrados tanto en los países avanzados como en los subdesarrollados, un audaz intento de los recién llegados de disfrazar la vieja realidad.

Mucho más importante que esta farsa es el hecho de que el presidente Kaunda de Zambia reconociera que no hay que imitar sin más las formas europeas, que han sido tan desastrosas para África, sino que hay nuevas vías africanas por explorar. En su «Humanismo en Zambia», una denominación muy significativa, el presidente Kaunda dice:

Se trata de un punto clave ya que, si la riqueza no se distribuye adecuadamente, puede llevar a la creación de clases en la sociedad, lo que acabaría con el enfoque humanista, tradicional e inherente a nuestra sociedad africana. Si esto ocurriera, el mundo en general, y África en particular, se verían empobrecidos por ello. Porque entonces habría una división entre los que tienen y los que no tienen. Políticamente, se crearía un espacio para partidos opuestos basados en los conceptos de «los oprimidos» y «los opresores», lo que tampoco estaría en consonancia con la sociedad descrita previamente: una sociedad en la que el jefe, como líder elegido o designado por el pueblo, tiene la propiedad nacional (la tierra, por ejemplo) en custodia para el pueblo y es plenamente consciente de su responsabilidad ante dicho pueblo. Y sabe, también, que para continuar siendo jefe depende de la voluntad del pueblo.

El presidente Kaunda quiere mostrar la importancia de que los africanos se aparten definitivamente de las ideas de los bienhechores europeos, según las cuales el desarrollo africano pasa por educar primero a una pequeña cantidad de africanos e ir aumentando gradualmente ese número para que, a su vez, y sin excesiva prisa, instruya a más nativos africanos en las dinámicas capitalistas y en un moderado dominio de la democracia parlamentaria. Él rechaza este concepto de pleno.

Debemos preguntarnos de nuevo qué efectos tendría un incremento constante de los niveles de especialización en la valiosa sociedad tradicional de nuestro país. La especialización lleva a las personas a buscar a nuevos grupos sociales. Dicho de otro modo, las personas con intereses comunes se juntan, en parte por dichos intereses comunes y en parte como forma de promover y proteger el bienestar de su grupo. Por ejemplo, los intereses de un carpintero no serán los mismos que los de un agricultor. Los intereses de un profesor diferirán de los de un minero. Y así se puede esbozar una lista de intereses diferentes. La cuestión es que todo esto genera una tendencia desintegradora. Esto, como se puede observar, rompe con la sociedad tradicional descrita previamente como una sociedad de ayuda mutua y una comunidad inclusiva.

A pesar del bajo nivel de desarrollo económico de los Estados africanos, esta nueva concepción africana del futuro de África reivindica no solo un futuro, sino también sus profundas raíces en el pasado.

El presidente Kaunda insiste en ello:

La comunidad tradicional era una sociedad de ayuda mutua. Estaba organizada para satisfacer las necesidades humanas básicas de todos sus miembros y, por tanto, se evitaba el individualismo. La mayor parte de los recursos, como las tierras, eran de propiedad comunal y estaban adminis-

trados por los jefes de la aldea para el beneficio de todos. Si, por ejemplo, un aldeano necesitaba una nueva cabaña, todos los hombres iban al bosque a buscar palos para levantar la estructura y traían hierba para el techado. Las mujeres se encargaban de preparar el revoco de barro de las paredes y dos o tres de ellas se encargarían de preparar la cerveza para que todos los trabajadores se refrescaran después de un día caluroso, pero satisfactorio. De forma similar, las personas sanas aceptarían la responsabilidad de cuidar y cosechar los huertos de los enfermos.

Esta nueva percepción tan característica primero de Tanzania y ahora también de Zambia no le da la espalda a la modernización necesaria en el mundo moderno. Una vez más, dejemos que hable el presidente africano: de lo dicho anteriormente se desprende que, para alcanzar de nuevo una sociedad centrada en el ser humano, es necesaria una cuidadosa planificación. Y para ello no hay nada más importante que las instituciones de enseñanza.

Aquí el modelo es o tendrá que ser el detallado por el Dr. Nyerere. Esa es la esencia de la cuestión. Con las crisis que están viviendo los nuevos Estados independientes africanos, el éxito de Tanzania y los avances en Zambia pueden servir para abrir un nuevo camino para África: la movilización de los africanos para construir una sociedad africana a la manera africana.

Sería un grave error no dejar claro que la realidad se corresponde con los estadios más avanzados alcanzados hasta el momento por el pensamiento político occidental, y de hecho va aún más lejos. Lenin no se hacía ilusiones sobre la Revolución rusa. Sabía que el socialismo en el sentido marxista era imposible en la Rusia que él conocía y que en 1923 dejó atrás. En sus últimos días, insistió en llamar la atención sobre dos aspectos importantes de esa Rusia que él seguía lla-

mando socialista, a pesar de que la mayor parte de su población eran campesinos analfabetos. El Estado soviético, insistía en esos últimos días, no era nuevo. Tras la terminología marxista y la proyección proletaria se encontraba el mismo antiguo Estado zarista, no un Estado burgués, sino un «Estado burocrático de siervos». No es necesario que detallemos aquí sus propuestas para cambiarlo. Basta con saber que el Dr. Nyerere ha sido capaz de ver el Estado colonialista, burocrático y reaccionario que heredó y ha ido más lejos que nadie en su determinación de acabar con él y construir un nuevo tipo de Estado.

Lenin también sabía mejor que nadie que el funcionario soviético tenía que dejar de teorizar y trabajar mano a mano con los atrasados campesinos rusos. En la que quizá sea la más conmovedora de sus muchas declaraciones sobre lo que el pueblo necesitaba de los miembros marxistas del gobierno, dice:

¡Menos discusiones sobre las palabras! Sigue habiendo demasiadas. ¡Más variedad de experiencia práctica y un mayor análisis de esta experiencia! En determinadas condiciones, la organización ejemplar del trabajo local, aunque sea a pequeña escala, tiene una importancia a nivel nacional mucho mayor que muchas ramas del trabajo estatal central. Y estas son precisamente las condiciones en las que nos encontramos en este momento en lo que respecta a la agricultura campesina en general y al intercambio de los productos excedentes de la agricultura con la industria en particular. Una organización ejemplar a este respecto, aunque sea en un solo vólost, tiene una importancia mayor a nivel nacional que el perfeccionamiento «ejemplar» del aparato central de cualquier Comisariado del pueblo; desde hace tres años y medio esto ha generado una inercia perjudicial; no podemos mejorarlo rápidamente, no sabemos cómo. Una mejora radical, un nuevo flujo de fuerzas renovadas, la ayuda en la lucha exitosa contra la burocracia, en la lucha para superar esta inercia dañina,

debe venir de las localidades, de los rangos inferiores, de la organización ejemplar de un pequeño «todo», precisamente, un «todo», es decir, no una granja, ni una rama de la economía, ni una empresa, sino la suma total del intercambio económico, aunque sea en una pequeña localidad.

Los que estamos condenados a seguir trabajando en el centro seguiremos con la tarea de mejorar el aparato y eliminar su burocracia, aunque sea en dimensiones modestas e inmediatamente realizables. Pero para esta tarea, la ayuda principal viene, y vendrá, de las localidades.

Cabe destacar una de las últimas frases: «los que estamos condenados». Lenin quería ir a trabajar con los campesinos. El gran marxista habría entendido la concepción profundamente socialista y humana que ha llevado al Dr. Nyerere a romper en pedazos el viejo sistema educativo y a sustituirlo por un método genuinamente socialista y humanista para la juventud de Tanzania. En una conversación mantenida con el Dr. Nyerere, el autor (tras haber leído sus escritos) llamó su atención sobre este pasaje de Lenin y lo que Lenin estaba intentando enseñar ya en 1923. El líder africano dijo que no lo conocía: él había llegado a su conclusión por sí mismo y con su pueblo.

Basta con decir que el pensamiento socialista no ha visto nada parecido desde la muerte de Lenin en 1924 y su profundidad, alcance y repercusiones van mucho más allá del África donde se originó. Podría fecundar y reanimar la moribunda teoría y práctica socialista de los países desarrollados. «El marxismo es un humanismo» es justamente lo opuesto a la verdad. Los constructores africanos de una sociedad humanista demuestran que hoy en día todo humanismo se encuentra en estrecha armonía con las concepciones y objetivos originales del marxismo.

